

M. CALANDRELLI

La sociedad

y sus víctimas

(ESCENAS BONAERENSES)



Buenos Aires

IMPRENTA Y LITOGRAFIA «LA BUENOS AIRES»

260 — CALLE BOLIVAR — 260

1902

CAPÍTULO PRIMERO

EL conde Estanislao Peteroff era el único descendiente de una familia rusa antigua y noble. Había fijado su residencia en una ciudad mediterránea de la Rusia meridional, después de varios viajes por el viejo mundo. Un casamiento feliz con Isabel Sobieski, de familia polaca, le había determinado á gozar de las delicias domésticas. Tenía á la sazón treinta y cinco años. Joven, rico y de salud perfecta, todo sonreía á sus deseos de vida tranquila y reposada. La condesa Isabel, educada esmeradamente, de inteligencia elevada y corazón tierno y noble, contribuía á la consecución de los anhelos del esposo. Y, si la felicidad completa no se consigue en la tierra,

los esposos Peteroff habían alcanzado, por lo menos, los últimos límites asignados á la especie humana. El camino de su vida estaba cubierto de flores é irradiado por grandes raudales de luz.

La única nube que algún tiempo después empezó á vislumbrarse en aquel horizonte luminoso, fué la falta de hijos. A los dos años de matrimonio, la condesa Isabel había quedado estéril. Pero, el año siguiente, los deseos del conde fueron colmados. La condesa dió á luz una niña que fué bautizada con el nombre de Elena. Y, aunque las aspiraciones del esposo tendían á perpetuar la familia de los Peteroff en un varón, no por eso fué menos contento con su hija, á quien inundó del afecto paternal, acumulado en su alma, durante los tres años de matrimonio. La condesa, por su parte, se vió en la cima de la felicidad y trasfundió en su hija la ternura maternal de que rebosaba.

*
* *

El conde Peteroff tenía aspecto majestuoso. Alto, rubio, robusto, de fuerzas hercúleas, anunciaba una vida larga y feliz.

Era de carácter un tanto desigual. Tan pronto se entregaba á las más francas expansiones, como se reconcentraba en un mutismo extraño que tenía visos de misantropía desdeñosa. Era tenaz en sus propósitos, obstinado, enemigo de que le contradijeran. Cuando había adoptado una opinión, después de maduro examen, la llevaba á efecto contra todo obstáculo, contra todo evento. Era inútil observarle nada respecto á lo que él creía necesario poner por obra. Ni las cariñosas insinuaciones de la esposa eran capaces de hacerle retroceder del camino emprendido. Se irritaba, se excitaba en modo extraordinario, se enfermaba. La condesa, por el contrario, de carácter débil y sumiso, evitaba todo incidente que pudiera contrariarle. Era la bondad, la ternura, el amor personificados. Más de una vez desarmó la voluntariedad del esposo mediante su actitud humilde y cariñosa.

El conde traía la desigualdad de carácter desde su niñez. Hijo único y heredero de una fortuna muy cuantiosa, había subyugado á sus padres por el cariño y á sus preceptores por las dádivas desmedidas. No fué nunca sometido al rigor de la disciplina y todas sus facultades, buenas y

malas, sus tendencias ordenadas y desordenadas se habían desarrollado sin freno ni rumbo.

El contacto con la sociedad alisó asperezas, modificó inclinaciones aviesas, suavizó costumbres que no prosperan en ciertas esferas de elevada cultura y, aunque en el fondo la existencia del conde tenía todas las pasiones traídas de la naturaleza y de los primeros años de su vida, era correcta en la forma, educada en los modales, severa en las costumbres.

La naturaleza había sido vencida por el arte: el roce social había pulimentado la estatua, sacada del molde con los defectos que en él imprime el metal en fusión.

Cuando se daba á su naturaleza toda la libertad de manifestarse, aparecía el conde en su verdadera forma: irascible, impetuoso, apasionado, irresistible.

*
* *

Como es costumbre entre rusos de elevada categoría social, los esposos Peteroff educaron esmeradamente á su hija. La dotaron de vasta instrucción general en ciencias y letras, se empeñaron en hacerle pro-

fundizar el idioma y la literatura de su patria, á la vez que los idiomas europeos más importantes, el francés, el inglés y el alemán, y completaron su cultura mediante varias artes liberales, entre ellas el dibujo y la música, el bordado y demás adornos propios de la mujer. En una palabra, Elena fué educada é instruida con amor, con empeño, con verdadera pasión. La condesa Isabel, por su parte, le inculcó gota á gota en su regazo esa moral elevada y noble que, sin ser fanatismo, raya en los lindes de la verdadera religión, que constituye la aureola del bello sexo.

A tantas cualidades y adornos del espíritu se agregaban los que la naturaleza había sembrado profusamente en la persona de Elena. La descendiente de los Peteroff unía á la hermosura que la distinguía del común de las mujeres, ese algo indefinible que escapa á toda descripción, irradiaba el semblante de las jóvenes y les comunica ese don especial que atrae irresistiblemente: ese imán inponderable, etéreo, indeterminado, mezcla de simpatía, fascinación, belleza, educación, encanto.

De tez rosada que solía cambiar de matiz de acuerdo con los sentimientos que con-

movían su alma, tenía cara de corte griego, nariz ligeramente aguileña, labios purpúreos y plegados en una sonrisa apenas esbozada, ojos esmeralda, frente amplia y serena. Era de un tipo que á primera vista cautivaba por la feliz armonía que reinaba en su semblante y especialmente por su mirada, en que se trasparentaba toda la belleza de un alma que suele desarrollarse en la oculta y lenta gestación de las facultades intelectuales que eleva á regiones superiores, donde se cierne el ideal puro, lejos de los dominios del instinto, de la sensualidad y la materia.

*
* *

Larga y laboriosa fué la educación de Elena, en su propio domicilio, y con el auxilio de profesores é institutrices de experimentada habilidad y costumbres intachables.

A los diecisiete años, su educación é instrucción podían considerarse completas. Y fué fortuna, pues una insidiosa enfermedad había minado la existencia de la condesa y, cuando Elena tocaba apenas en los 18 años, sucedió la catástrofe. No obstante los

cuidados más empeñosos y la asistencia de médicos de gran fama, la madre de Elena pagó su prematuro tributo á la muerte. Este suceso infundió verdadera consternación tanto al conde que amaba con delirio á su esposa, como á Elena que adoraba á la cariñosa autora de sus días, compañera inseparable, consejera, maestra, educadora de sus años juveniles. Fué una montaña desplomada en la casa Peteroff, una desgracia irreparable que empañó la felicidad que reinaba entre sus paredes, una supresión de luz repentina, que dejaba en la mayor confusión al esposo y á la hija, cual si perdieran en un instante la brújula, el rumbo, la meta de la vida.

*
* *

La muerte de la condesa produjo efectos contrarios en el esposo y en la hija. El conde se volvió taciturno, irritable, concentrado en sí mismo, casi misántropo: Elena fué más sociable, resignada, sumisa, expansiva. El conde cortó de un solo golpe todas las relaciones sociales y se encerró en su palacio: Elena buscó alivio á su tristeza en la conversación, en la compa-

ña de sus amigas de infancia, en el cultivo de sus relaciones juveniles. Su ama que le tenía cariño de madre, sus institutrices que seguían con empeño su tarea educadora é instructiva y sus jóvenes compañeras formaban el pequeño mundo en que pasaba sus días. En esa reducida sociedad, llegó á cumplir veinte años, edad en que las jóvenes tienden sus alas á nuevas regiones de esperanzas y ensueños.

. . .
* * *

La resolución del conde fué juzgada de varias maneras en la alta sociedad en que había desempeñado papel tan deslumbrador. Algunos veían en el modo de proceder del conde una alteración de sus facultades mentales; otros, más benignos, medían la intensidad del dolor y perdonaban su aislamiento, para ellos momentáneo, ocasionado por circunstancia tan cruelmente fatal.

Pero, ni unos ni otros acertaban en el estado en que se hallaba el alma del conde.

Había convivido con la condesa 21 años, en una armonía rara entre esposos de la alta sociedad. El cariño acendrado de la

condesa había triunfado casi siempre de la naturaleza desigual de su esposo, y éste la consideraba parte integrante de su existencia, complemento indispensable de su vida, algo así como norma y regla de sus actos. En ella había depositado el conde casi todos sus secretos. Sólo veía por sus ojos, pensaba por sus equilibradas y siempre tranquilas facultades intelectuales, sentía por sus propios sentimientos.

Esta doble existencia, fundida en el mismo molde, esta comunidad de pensamientos y afectos, vaciados en dos cuerpos que formaban uno solo — según la expresión feliz de la Biblia: *et erunt duo in carne una* — al separarse violentamente y para siempre, produjeron una especie de anonadamiento en el conde.

Sólo hallándose en esta circunstancia, se pueden medir las sensaciones del vacío que rodea la vida del viudo; las mordeduras del sentimiento cálido que abrasa su alma profunda y extensamente desgarrada, sin hallar en los que accidentalmente le rodean el ambiente cariñoso sepultado para siempre en el silencio de la tumba; el fantasma de una tristeza infinita que aparta los rayos de luz que emanan de la natura-

leza sensible, siempre envuelta en la gloria de su eterna belleza, y convierten en odio á la existencia todo placer que inunda el alma del que no ha regado aún sus mejillas con las lágrimas que le arrancan el dolor y la muerte.

Elena, por el contrario, de carácter dulce, suave, continuamente perfumado por la esencia de su candor virginal, vió en la pérdida de su cariñosa madre una disposición divina, que no es menester discutir, y resignóse á la fatalidad, siempre cruel con los buenos, siempre llena de angustias para los resignados, para los que le confían su vida, sin resentimiento y sin quejas.

*
* *

Sobre todas sus compañeras de infancia, Elena tenía predilección por Luisa Walmiki, hija de un noble y honrado oficial del ejército ruso, estimado por sus prendas morales y la brillante foja de servicios prestados á su patria. Luisa era de la misma edad y tenía aproximadamente la misma educación é instrucción que Elena. Después de la muerte de la condesa, los vínculos amistosos entre ellas se estrecha-

ron más y más, hasta formar dos cuerpos con un alma.

La joven Walmiki era acompañada diariamente al palacio de los Peteroff por su hermano único, Ernesto, de veinticuatro años, de carácter noble, elevado, altivo, de educación fina é instrucción suficiente para figurar entre personas de alto rango social. Después de las varias ocasiones en que conversó con Elena, Ernesto se convenció de que la heredera de los Peteroff era una alhaja de mérito raro y de valor inestimable. Elena, por su parte, quedó prendada del carácter, de los dotes intelectuales y del corazón noble y afectuoso de Ernesto.

Pronto se estableció entre ellos una corriente de cálida simpatía, vigorizada por la acción persistente y calculada de Luisa que deseaba ardientemente el matrimonio de su hermano con su íntima amiga. Luisa había escudriñado todas las fibras del corazón de Elena, todos los escondites de su alma y tenía aquilatada la riqueza de las virtudes atesoradas en ellos.

La distancia entra ambas familias no era mucha en punto á nobleza, pero era inmensa respecto á favores de la fortuna.

Los Peteroff representaban una de las mayores opulencias de la Rusia meridional; Los Walmiki poseían apenas lo necesario para una regular figuración entre las familias acomodadas de la ciudad.

*
* *

El retraimiento de la vida de Elena y las pocas oportunidades de encontrarse con jóvenes de cierta posición social y familias relacionadas con el conde Estanislao, habían contribuido á formar en ella ese estado especial de ánimo que tiende á fijar propósitos y á formular planes para el porvenir, sin consultar conveniencias, ni temer obstáculos y dando por resueltos los puntos más importantes de la vida, que se presentan como problemas de difícil solución, como puntos interrogantes de grandes proporciones, dignos de largo y meditado estudio. En el alma de Elena estaba fija la persuasión de que bastaba un acto de su voluntad para que Ernesto fuera su esposo. No vislumbraba ninguna nube en el horizonte. Las relaciones entre los Walmiki y los Peteroff eran para ella razón suficiente para estrecharlas más aún, me-

diante el vínculo del matrimonio. Estas ideas que se presentaban á menudo á la inteligencia de Elena, habían formado cauce en su cerebro. Abrigaba el convencimiento de que, al simple anuncio de sus deseos, el conde Estanislao hubiera dispuesto la fecha de las bodas. Esta opinión infundada la impulsó á descuidar el paso previo, el de comunicar al conde la trama que el roce diario con Ernesto había tejido en su corazón. Abandonóse á la brillantez de sus ensueños y dejó correr suavemente las horas en idilio platónico, avivado por la familiaridad con que pasaba el tiempo en coloquios con Ernesto é interrumpido de vez en cuando por la risa cristalina de Luisa, que, dicho sea de paso, no miraba sin sobresaltos la posible intromisión de un extraño entre su hermano y Elena, codiciada por su belleza, carácter, educación, nobleza y opulencia por cuantos se interesaban en aumentar el caudal de su prestigio y fortuna en la sociedad.

— Es necesario — solía decir Luisa á su hermano — que apresures el momento. Elena está prendada de tí. En muchas ocasiones me lo ha manifestado y tú mismo has podido notar el aprecio con que te

trata. Pero, tu indolencia me irrita. Resuélvete á pedir su mano al conde. Nuestro padre verá coronados así sus deseos de asegurar tu posición, antes que la hoz del tiempo corte el hilo de su debil y ya larga existencia.

— No, hermana. ¿Creés tú que el conde accedería á mis pretensiones? ¿Qué dotes extraordinarios tengo yo para aspirar á la mano, al título y á la fortuna de la heredera de los Peteroff? El haberme honrado Elena con su benévola y cortés amistad, no es razón bastante para que me aventure á considerarme su prometido.

— Te aseguro, Ernesto, que Elena no desea otra cosa. Hará todo lo que de ella dependa para que consigas tu objeto. La voluntad de Elena representa cuando menos la mitad del camino á recorrer.

— Sea. Pero ¿quién me libra del criterio humano que juzgará mi matrimonio como instigado por la baja pasión de la codicia del título y del dinero del conde?

— No, Ernesto. Nuestra familia no está en la miseria. Somos nobles y descendientes de ilustre abolengo. Tú tienes méritos que te enaltecen ante el mundo. No debes confundirte con los aventureros que van en

busca de herederas opulentas. Por otra parte, la sociedad está perpetuamente en contradicción consigo misma. Desea la justa distribución de la riqueza y deja que las grandes fortunas, los latifundios, los tesoros acumulados de generación en generación queden en poder de las mismas familias que constituyen una especie de casta selecta, que sobrenada siempre en los trastornos sociales y en el mar de las miserias que afligen á la humanidad, solamente porque no es decoroso pedir en matrimonio á las ricas herederas, no teniendo igual ó mayor fortuna que ellas. Sería éste uno de los medios de que la riqueza buscarse su nivel, corriendo hacia los gremios más bajos, hasta que se equilibrase en la sociedad y no hubiese ni familias extremadamente ricas ni otras sumamente pobres. No tienes razón, Ernesto, de cavilar sobre una preocupación social hondamente errada. Créeme: no te hallas tú en condiciones que te prohiban emparentar con la familia Peteroff. Además, ¿no estás locamente enamorado de Elena?

— Sí, lo estoy ; pero esto no es título suficiente para pedir su mano.

— Te equivocas. Si te casaras por di-

nero, sería horrible: pero, desde que el amor santifica el matrimonio, la circunstancia de ser rica tu bien amada no obsta á que aspire á ser feliz y á crear la felicidad de tu futura esposa. ¿No te casarías con ella si fuera la más pobre de las criaturas humanas?

— Entonces sí: no habría vacilado un sólo instante.

— Pues, habrías sido cruel; habrías abusado indignamente del amor de Elena, para mantenerla poco menos que en la misma pobreza, siendo acreedora á un trono por sus prendas morales, su educación y su hermosura. Y como la joven pobre y bien criada aspira á casarse con hombre rico, ignoro por qué un jóven, que no es pobre, deba tener escrúpulos en ligar su suerte con la de una mujer rica, á quien ama entrañablemente y no la ama por rica, sino por buena, inteligente, instruida, hermosa.

— Me has enredado, hermana mia, en tantas sutilezas que casi estás á punto de convencerme. Pero, es necesario esperar. En asuntos de tanta importancia, conviene meditar seriamente. Veremos.....

*
* *

Estas y análogas conversaciones entre los hermanos Walmiki eran llevadas punto por punto al oído de Elena por su amiga Luisa, con las agregaciones que convenían á ésta para el logro de su objeto. De suerte que Elena conocía íntimamente el corazón de Ernesto y leía en él como en un libro abierto todos los sentimientos que afectaban su alma.

En uno de los varios momentos de expansión que se sucedían entre los dos jóvenes, Elena hizo alusión á la desgracia de las herederas ricas que no pueden contar con el cariño de los jóvenes relativamente escasos de fortuna, por las preocupaciones humanas que no se sabe si nacen de altivez ó de envidia.

—Yo también, contestó Ernesto, pago tributo á esta preocupación social, pues nadie cree en el amor, cuando la novia es rica y poderosa. Todos juzgan que el móvil del matrimonio es el interés y desgraciadamente el mayor número de los casos da razón á esta malevolencia. La sociedad moderna, entre las muchas virtudes adquiridas á fuerza de trabajos y penalidades,

tiene vicios nuevos que ha contraído intencionalmente ó por el natural desarrollo de las costumbres sociales. Si el hombre es hoy más perfecto por haber profundizado más íntimamente las letras, las artes y las ciencias, es también más vicioso, por haber agregado á los vicios antiguos, otros modernos, tanto ó más peligrosos que aquellos. Nuestros padres tenían por caballero á un hombre, mientras no diese pruebas de ser un malvado; hoy nosotros creemos que todos los hombres son malvados, mientras no den pruebas de ser caballeros.

— Es que antes, contestó Elena, todos los hombres procedían de buena fe.

— Esto quiere decir que el engaño sirve de base á los actos humanos.

— No tanto, Ernesto. Yo estoy íntimamente convencida de que la sociedad es buena y que, es claro, entre los buenos ha de haber algunos malos para que resalte más y más la virtud, como entre los días de sol hay días brumosos que nos obligan á apreciar con más amor los rayos tibios del astro-rey.

— Eres muy buena, Elena. Tienes un alma de angel y un corazón de oro.

— ¿Sí? Pues toda esta alma de angel y

este corazón de oro son de tu exclusiva propiedad, á pesar de tu repugnancia por la fortuna de los Peteroff.



Ernesto cayó á los piés de Elena,... (pág. 19)

Ante esta confesión, Ernesto cayó á los piés de Elena, deshecho en lágrimas de gratitud y admiración, llena el alma de un amor profundo y el corazón de una alegría desbordante. En esa actitud le encontró

Luisa que hizo irrupción repentina en el aposento en que conversaban los dos amantes.

— ¡Bien! ¡muy bien! — gritó Luisa. — Así os quiero.

Ante la estatua de la Belleza, ningún artista puede quedar indiferente: sería un gusto detestable. Y tú, hermano mio, eres el más poeta de los artistas, porque sabes adorar la belleza con pasión.

*
* *

..

Con el propósito de acercar la hora del matrimonio, Ernesto, ya convencido de la inconsistencia del prejuicio social y del intenso amor de Elena, se determinó á exponer á su novia el propósito de pedir su mano al conde Estanislao.

— No, creo llegado el momento todavía, contestó Elena. Mi padre siente sangrar aún la herida profunda que le produjo la muerte de mi madre. Sería un golpe en falso que es conveniente evitar. Te expondrías á perderme para siempre. Yo conozco su carácter.

— Pero han pasado tres años....

— Es cierto. Ignoras, sin embargo, cuán.

intenso fuera el dolor de mi padre por una pérdida tan irreparable como aquella. Y sabes que en su aislamiento, el tiempo ha ahondado sus pesares, sumiéndole en una melancolía y tristeza que han trabajado su existencia. Conviene que aceche la ocasión propicia para obtener de él todo lo que yo quiera. En sus momentos de tristeza es totalmente inútil hablarle de asuntos tan importantes. La imagen de mi madre está hoy fija en su memoria con contornos tan vivaces, como en los primeros días de la catástrofe.

— ¿Qué me aconsejas, entonces?

— Conviene esperar la ocasión oportuna. Cuando esta se presente, sondearé los propósitos de mi padre, cuya voluntad no ha de oponerse á la mía, á juzgar por las pruebas de cariño que me prodiga.

— En este terreno eres árbitra y soberana. Pero no puedo menos que expresarte un presentimiento clavado en mi alma. Páreceme tan difícil que el conde acceda á mis pretensiones, se me antoja tan árduo el problema, veo tan lejano el día de nuestra unión, que el asunto casi raya en lo imposible, no obstante tu amor y tu decidida voluntad, de que me das pruebas cons-

tantes y dignas de mi eterno agradecimiento.

— No temas, Ernesto. Yo velaré por nuestra felicidad y nuestro porvenir.

— ¿Confío en tu palabra?

— Confía en mi palabra.

— ¿Para siempre? . . .

— Para siempre.

Pero ignoraban los dos amantes que la eternidad de propósitos no tiene cabida en la tierra y que el hombre es víctima perpetua de las circunstancias que modifican sus actos y les dan un giro inesperado. Basta un incidente insignificante, un hecho nimio, un suceso sin importancia, una nada para desviar los actos humanos de la meta á que están dirigidos y llevarlos á un punto totalmente contrario é imprevisto. La voluntad individual es llevada por el camino que de antemano le trazan las costumbres sociales, la educación, la instrucción, los casos extraordinarios y los mil acontecimientos independientes del individuo obligado á amoldarse á la sociedad en que vive.

*
* *

— ¿Ernesto Walmiki?

— Sí, papá.

— ¿El hijo del oficial del ejército?

— El mismo.

— ¿Y ese mozalvete pretende la mano de la única heredera de una corona condal y de la opulenta fortuna de los Peteroff, cuatro veces secular, envidia de los magnates de toda la Rusia, de la más encumbrada aristocracia del imperio?

— Pero, papá....

— ¿Y tú has alimentado esa esperanza en el ánimo de él?

— ¿Porqué no?

— ¿Sin consultar á tu padre que, si vive aún en esta tierra de maldiciones, cuyas espinas están clavadas en las fibras más profundas de su corazón desde hace tres años, es debido á tí que eres la única cadena que le tiene amarrado á la existencia, la única esperanza de una luz lejana para sus días sombríos?

-- Pero á eso vengo. Vengo á abrirte mi alma y á confesarte que amo á Ernesto Walmiki y que soy correspondida por él, seguramente con amor más intenso que el mío.

— ¿Y que deseas casarte con él?

— Sí. Espero que tu voluntad no sea contraria á la mía.

— Te engañas. Un Walmiki no será nunca el que insuma en sus pobrezas el nombre, el abolengo y la fortuna de los Peteroff.

— Pero, papá...

— Está dicho.

* * *

Desde el día en que pasó esta rápida escena entre el conde Estanislao y su hija, Luisa y Ernesto Walmiki fueron alejados del palacio de los Peteroff y Elena, sumida en las mayores angustias, abrumada por el mayor de los pesares, se concentró en una obediencia pasiva, en una actitud de humilde resignación, esperando que el tiempo con sus sorpresas, ni previstas ni soñadas, le facilitara el camino de la felicidad, obstruido entonces por la brusca negativa de su padre.

CAPÍTULO II

LA breve escena anterior, sucedida con rapidez extraordinaria, dado el humor del conde Estanislao, produjo una verdadera revolución en la Familia Peteroff: la interrupción de las relaciones entre los hermanos Walmiki y Elena ; el idilio destruido para siempre ó, cuando menos, aplazado indefinidamente entre ésta y Ernesto ; la vigilancia especial sobre la conducta de Elena y, finalmente, la preocupación del conde por el casamiento de su hija.

Hasta el momento de producirse la escena indicada, el conde no había pensado siquiera en que Elena tenía edad suficiente para aspirar á formar familia aparte. Como suele suceder á padres que dispensan ca-

riño excesivo á sus hijos menores ó, en nuestro caso, á hijas únicas, el conde Estanislao trataba á Elena como á niña de pocos años, incapaz de pensar ni en esposo, ni en bodas. La sencillez con que Elena comunicó á su padre el propósito de casarse con Ernesto y la firmeza con que respondía á las interrogaciones irónicas que le eran dirigidas, probaron al conde que ya había sonado la hora de pensar seriamente en los destinos de su hija. Esta, por su parte, educada en la obediencia pasiva á sus padres, al ser obstaculizada en sus planes, que creía llevar á fin con llaneza y sencillez, vino á dar en una especie de resignación taciturna é indiferente. Aceptó el suceso como una fatalidad, como un mal irreparable, como un hecho necesario y esperó.

Ernesto intentó forzar la consigna impuesta á las damas que cuidaban de la educación de Elena, pero sus esfuerzos no tuvieron resultado. Nadie quiso aceptar la responsabilidad que pesaba en todo el personal de la casa Peteroff y ninguna carta fué recibida por Elena. De manera que, el aislamiento de los novios fué completo. El pasado pareció muy pronto convertirse

en un sueño, en una ráfaga pasajera, en una pequeña nube disipada á impulsos de una brisa primaveral, en un recuerdo lejano de un incidente como hay muchos en la vida de la juventud.

Sólo el conde Estanislao, visiblemente conmovido, trabajaba con ahinco para resolver el problema que se había cruzado en su quietud melancólica y contemplativa.

*
* *

Era el mes de octubre.

Como el invierno iba acercándose á grandes pasos, el conde dispuso el arreglo de sus salones, para reanudar los recibos suspendidos por el luto que había durado tres años. Los amigos de los Peteroff celebraron la determinación del conde, recordando las suntuosas fiestas de años anteriores, en que toda la nobleza de la ciudad hacía gala de su opulencia y en que el palacio se convertía en una mansión encantada, ostentándose en él toda la belleza femenina y el lujo de palacios orientales. En el ánimo del conde persistía fija la idea de que Elena, olvidando los ligeros y pueriles amores con Ernesto, cortejada por lo

más selecto de la juventud aristocrática de la ciudad, acertase con un esposo, que al esplendor de un título reuniese juventud, riqueza y figuración social, á fin de no interrumpir el renombre de la casa Peteroff que había sido heredado de ilustre abolengo.

Estos propósitos, seriamente madurados, no dejaban de tener un fondo racional, abonado por el amor paterno que deseaba la mayor felicidad y el más brillante porvenir para Elena y sus descendientes.

El conde, fundado en la virtud, los atractivos y la belleza de su hija, estaba seguro de que su ideal sería realizado sin esfuerzo y con presentarla sencillamente á las relaciones amplias y selectas de la juventud que acudiría á los suntuosos festines. Por otra parte, Elena era conocida como el mejor partido para la aristocracia y todo el raciocinio de su padre tenía bases inmovibles. Pocas familias la habían tratado. Se esperaba su presentación oficial á la sociedad rusa, para apreciarla y comprobar si su fama correspondía á la realidad de sus prendas físicas y morales.

*
* *

El 7 de diciembre era el natalicio de Elena : cumplía 21 años.

El conde había resuelto dar en ese día el primer recibo para festejar el cumpleaños dignamente y en consonancia con el rango que ocupaba en la sociedad. Con algunos días de anticipación fueron enviadas á las familias más nobles de la ciudad las invitaciones respectivas. La fiesta era esperada con ánsias, tanto por la novedad, atendido el largo lapso de tiempo en que los salones de los Peteroff habían permanecido cerrados, como por ser el día de la presentación en sociedad de la opulenta heredera del conde Estanislao.

La aristocracia extremó su lujo en joyas y vestidos. En aquella noche memorable, los ámplios salones resplandecían á la luz de las mil bujías que colgaban de techos y paredes. La atmósfera cargada de esencias embriagaba á los invitados. Había profusión de flores traídas de las partes más lejanas de Rusia. Tapices, cuadros, espejos, muebles de lujo oriental, obras de arte, oro, plata, bronce, maderas preciosas, labra-

das por artistas de fama del viejo mundo, deslumbraban y excitaban la admiración de los concurrentes. El servicio era abundante y ricamente ataviado: las damas adictas al cuidado de Elena lucían joyas y vestidos suntuosos. Todo respondía á la opulencia del conde que tenía fama de ser uno de los principales personajes del imperio. Y en medio de todo ese esplendor, de tanta riqueza, de un lujo tan deslumbrante, aparecía la hija del conde, la bella y encantadora Elena, reina de la fiesta, hada de tanta aparición fantástica que trasportaba la imaginación á los cuentos orientales.

El conde presentó á Elena. Todas las antiguas relaciones de familia y los nuevos invitados admiraron la simpática y atractiva belleza de la joven, su modestia y virtud, á la vez que ese algo indefinible que vagaba en su semblante y la volvía fascinadora al primer encuentro. Pero notaron los tintes de tristeza que velaban misteriosamente los rasgos de su cara, la mirada lánguida, cierto abandono y un tanto de melancolía que traspiraban sus actitudes y sus palabras. Todo esto, en vez de aminorar los atractivos de la joven, sirvieron de mayor seducción, hasta el punto que en

pocos momentos llegó á dominar todos los corazones de la juventud y á imponerse á la concurrencia de su sexo, no siempre contenta con las prendas ajenas y á menudo investigadora de defectos que contribuyan á no considerar perfecta la persona que pueda hacerles sombra.

Elena se impuso y triunfó, sin esforzar sus naturales seducciones, con sólo ponerlas en muestra, cándida y sencillamente. Todos los ojos se fijaron en ella, admirándola y contemplándola con cierto afecto y cariño brotados espontáneamente de la sensibilidad bien dispuesta de las nuevas relaciones que serían, desde aquella noche, un nuevo mundo para las expansiones de sus anhelos y las distracciones de su vida joven y poco divertida hasta entonces.



Entre los muchos adoradores de Elena, distinguióse desde el primer momento el marqués Severaïne, que buscó en aquella noche todas las ocasiones para acercársele y expresarle su admiración, cortejarla, alabarla, adorarla. No descuidó tampoco el asiduo acercamiento y las muestras de fino

respeto al conde por quien eran correspondidos en forma cumplidamente exquisita.

Severaïne era miembro de una familia muy ilustre y muy rica de la ciudad. Sus padres tenían antigua amistad con la familia Peteroff. Había hasta un vínculo, aunque lejano, de parentesco entre las dos familias. Las pretensiones formuladas, desde el primer momento, por el marqués, no eran ajenas á las concebidas por el conde Estanislao, á quien halagaba el matrimonio de su hija con un descendiente de los Severaïne.

Pero, aunque joven, rico y noble, tenía cierto aire de salvaje altanería que, si bien ante los hombres enaltecía su figuración, á Elena produjo, desde el primer instante, la más desagradable de las impresiones. Una miopía acentuada y cierto tartamudeo que podía interpretarse como producto de la emoción, colmaron en aquella noche el desagrado de Elena. Y, como las primeras impresiones son persistentes y duraderas, hasta convertirse en franca aversión, el marqués Severaïne fué desde aquella noche el más antipático de los adoradores de la cándida y sencilla Elena, la cual empezó á sentir en su alma instintiva repugnancia

por él. No sucedió lo mismo con el conde, que fué fascinado por el descendiente de los Severaïne.

A los acordes de una orquesta de los mejores músicos de la ciudad, comenzó el baile. Elena, solicitada por la nube de sus admiradores, se desempeñó con gracia y benevolencia, concediendo á buena parte de ellos el favor de las varias danzas. El marqués Severaïne fué el más favorecido, por su insistente petulancia y contra la voluntad de Elena. En uno de los intermedios del baile, acompañó á su pareja hasta el *buffet*, con el propósito de expresarle su admiración con más calma y lejos del bullicio de los invitados.

*
* * *

— Ignoro, señorita, cómo un tesoro de tanta gracia y belleza haya podido ser ocultado á la vista de los mortales, por tan largo tiempo. ¿No se dá cuenta del efecto que ha producido en todos los concurrentes á la hermosa fiesta? Y ante todo, le debo mis felicitaciones, deseándole la vuelta de este día por todos los años que su corazón ambiciona.

— Gracias por sus cumplidos. Ya sabe usted la causa de nuestro retraimiento.

— Es cierto, pero ha habido excesivo rigor.

— No crea. La herida fué muy profunda.

— Pues ahora es menester que la diosa de tanta belleza no se esconda á sus humildes adoradores.

— Haré la voluntad de mi padre.

— El conde quiere repetir fiestas y recibos como en tiempos felices. Tendremos la dicha de verla brillar á usted como soberana de la belleza y de la juventud, como la joya más preciosa, como la flor...

Continuaba el marqués sembrando sus metáforas, cuando se acercó el conde, seguido de un grupo de invitados. Elena se levantó requiriendo el brazo de su padre, quien presentó los nuevos llegados á la reina de la fiesta. El conde siguió luego con su hija por los espaciosos salones.

— Y bien, ¿qué te parece la fiesta?

— Maravillosa, contestó Elena.

— Es apenas un remedo de lo que fuera en otra época, cuando tenías poca edad aún para apreciar nuestros recibos.

— Recuerdo el pasado y esta noche creo que ha superado todas mis esperanzas.

— Estoy satisfecho. Ha venido toda la flor de la nobleza y he visto que tú has sido la admiración de los nobles concurren-



— Y bien, ¿ que te parece la fiesta ? (pág. 34).

tes. Es necesario extremar la benevolencia para que seas admirada y querida á la vez.

— Es lo que hago, papá. No cabe en mí ni orgullo ni falta de conveniencias sociales.

— Lo celebro. ¿Qué te ha parecido el marqués de Severaïne?

— Un caballero.

— ¿Nada más?

— No sé qué otra cosa pueda parecerme. Es un hombre de sociedad, elegante y correcto.

— Sin duda. Es el más noble, el más elegante y el más rico de cuantos jóvenes han respondido á mis invitaciones.

*
* *

La fiesta llegaba á su fin. Los invitados, después de la cena suntuosa, empezaron á retirarse. Último en despedirse del conde y de Elena fué el marqués Severaïne. Elena retiróse en su apartamento y estalló en lágrimas. La compresión de sus sentimientos había sido demasiado prolongada para no afectarla profundamente. Leía claro en la mente de su padre. Los elogios tributados sin medida al marqués Severaïne, la corte asidua y el homenaje que éste le había arrojado á los piés como verdadero vasallaje, la insistencia en hacerse notar como único adorador de la opulenta hija del conde, todo esto hablaba á la mente de Ele-

na con elocuencia asaz manifiesta. Ya no cabía dudar. El día menos pensado, sin que mediara explicación ni requerimiento de su anuencia, el conde dispondría el casamiento con Severaïne, y ella, sumisa á la voluntad del padre, como buena hija, educada en la obediencia pasiva, sin voluntad propia y condescendiente hasta el sacrificio de todo su porvenir, sería ligada para siempre á la persona á quien ella aborrecía de gana.

*
* *

Por otra parte, comparando la nobleza de carácter y la apuesta figura de Ernesto, su candidez y sencillez de alma y la simpatía que había sembrado á manos llenas en su corazón, con la altanería de Severaïne, su balbuceo que le daba cierta figuración desairada, su miopía y el interés quizás por aumentar su fortuna, mediante el matrimonio, más que por responder al afecto y al amor intenso por su persona, que no habían tenido tiempo de prosperar, le ocasionaban cierta desazón de que no podía consolarse.

Las damas que cuidaban de Elena, fueron hondamente afectadas por el estado de

ánimo en que la habían dejado los sucesos recientes. Todas ellas amaban á su pupila, con amor entrañable. Habían visto abrir aquel botón de rosa y habían asistido á su maravillosa trasformación. Sentían que tanto esfuerzo fuera entregado á quien no supiese apreciar su valor: Todas á una se apresuraron á consolar á Elena, manifestándole con palabras tiernas y suaves la precoz aprensión que la desazonaba.

— Todavía estamos muy lejos de esa nube que oscurece el cielo de tu esperanza, le decía la vieja ama, que le hablaba con la confianza y ternura de una madre.

— ¡Oh! no. Veo la tormenta. Se cierne encima de mi cabeza. Sólo el alma bendita de mi madre podrá desviarla. Sólo un milagro podrá apartarla de mí.

Y cayó nuevamente en su primer estado de desesperación.

Arrodillóse ante una imágen de la Virgen y oró durante horas y horas. Tarde ya, cuando el cansancio habíase apoderado de ella, pidió á la tranquilidad del sueño el bálsamo á sus pesares.



Las visitas del marqués de Severaïne fueron repetidas y familiares. El conde estaba fascinado. Sólo veía en él prendas inestimables de carácter y de alma. Algunas veces Severaïne solía conversar con Elena, usando del lenguaje hiperbólico que le era característico. Ella procuraba todos los medios para manifestarle el poco agrado que recibía de sus homenajes.

Esta conducta de Elena, en vez de acobardar al marqués, le estimulaba á redoblar sus esfuerzos, convencido de la estimación que le profesaba el conde y de que la actitud displicente de la joven fuera efecto de la educación severa, recibida bajo la dirección de sus padres. No podía concebir otras causas, en la alta estimación que tenía de sí mismo.

En los recibos posteriores que dió el conde, se afirmó la creencia general de que Severaïne era el prometido de Elena, quien le trataba, por otra parte, con la indiferencia que había manifestado por él en los primeros momentos, mientras en su interior, alimentaba contra él un odio que

iba creciendo á medida que aumentaban los homenajes del marqués.



A fines de enero del año siguiente, lo que era simple suposición, tomó el carácter de evidencia. El conde anunció á sus relaciones el próximo casamiento de su hija con Severaïne. Elena no tenía parte alguna en la elección del esposo. El padre había determinado por sí y ante sí el desgraçiado matrimonio. Ernesto que supo, como todos los habitantes de la ciudad, el sacrificio de su antigua novia, intentó un último esfuerzo, apelando á la entereza de ánimo de Elena y á sus juramentos de amor eterno, en una carta llena de sentimiento, que le hizo llegar por medio de una joven amiga de su hermana que frecuentaba la casa de los Peteroff.

« No es posible, decía en ella, que sacrifi-
« ques nuestro amor, para echarte en brazos
« del más aborrecido de los mortales. Co-
« nozco tu alma y el espíritu avieso de
« Severaïne. Resiste á las imposiciones
« del conde. No debes prestarte al sacrifi-
« cio que tu padre te impone, fascinado

« por las falsas apariencias de un hombre
« perverso que sólo pide tu mano para
« heredar la fortuna de los Peteroff. Co-
« rren sobre la conducta del marqués aven-
« turas siniestras que están en contradic-
« ción con la candidez de tu alma. Si
« alguna vez has sido sincera en tus pro-
« mesas, haz un esfuerzo supremo : resiste
« heroicamente á las imposiciones de tu
« padre. Y, cuando no podamos unirnos en
« la tierra, para vivir amándonos, prefiere
« la muerte que yo estoy acariciando des-
« de el día en que me fué negado el ac-
« ceso á tu palacio, para volar juntos á
« una región de paz, adonde no llegan las
« persecuciones de los vivos. »

*
* *

Esta carta produjo en Elena una de esas crisis que solía sufrir en los momentos de supremo disgusto. Y lloró. Lloró tanto que á duras penas pudo ser consolada por las damas de compañía, impuestas del duro trance á que Elena era llevada por su propio padre, quien estaba convencido de que Severaïne era el mejor partido para ella y que las niñerías pasadas con Ernesto, se

olvidarían tan pronto como se verificara el matrimonio con el marqués. ¡ A este resultado llega el desconocimiento del alma de las jóvenes que no son consultadas sobre puntos tan importantes como el amor y las tendencias de simpatía hacia el que debe compartir todos los días de su vida en una unión indisoluble, que sólo puede romper el sepulcro !...

Pero Elena no reaccionó. Sentía las punturas de su desgracia, pero su carácter sumiso y obediente, su educación que la doblegaba al sufrimiento, la mantuvieron en el estado de resignación, aceptando como una calamidad necesaria, como una verdadera fatalidad, contra la cual todo esfuerzo fuera inútil, toda la tormenta que se cernía sobre su cabeza. Ni protestó, ni se opuso á la resolución de su padre. Sólo desahogaba su corazón comprimido por el dolor, con derramar torrentes de lágrimas y orar ante la imagen de su madre, á quien pedía de rodillas le ahorrase el cáliz amargo cuyo contenido estaba próxima á apurar.

CAPÍTULO III

CORREN sobre la conducta del marqués aventuras siniestras, que están en contradicción con la candidez de tu alma, — decía Ernesto en la carta que hemos transcripto en el capítulo anterior. La frase había sido intencionalmente recargada por su antiguo novio. Las *aventuras siniestras* se reducían á calaveradas de juventud. El marqués había contraído compromiso de casamiento con una joven huérfana, pobre, pero de distinguida familia, culta y altiva y había obtenido de ella cuatro hijos. Llamábase Ida Seiner y era hija de un noble militar, caído valerosamente en los campos de batalla. Había heredado el espíritu de su pa-

dre. Seducida muy joven, tenía en el momento de que tratamos, veinticuatro años. Severaïne iba postergando el compromiso y si no lo llevaba á cabo, por la pobreza de su amante, daba á entender que se cristalizaba en un voluntario celibato para no abandonar á Ida que, en caso contrario, no se habría dejado engañar, dotada como estaba de carácter varonil y capaz de llegar á todos los extremos. Perteneía, además, á una secta secreta, cuyos miembros se ayudaban recíprocamente, á la par que tomaban venganzas rápidas y terribles. Severaïne estaba al tanto de todo. Pero, confiando en sus energías, en sus riquezas, en su juventud y en la pobreza de Ida que, según pensaba, llegaría fácilmente á una transacción, no se cuidó gran cosa de las consecuencias posibles del paso que iba á dar.

*
* *

Cuando la noticia del casamiento de Severaïne se hizo pública, Ida se presentó en su palacio. A pesar de haberse prohibido la entrada á ciertas horas, Ida era considerada por la servidumbre como parte de la familia: no encontró obstáculo alguno

é hizo irrupción en el aposento del marqués. Ante el arrojó y la ira de Ida, Severaïne palideció:

— ¿Qué es esto? — gritó.

— Es lo que debe ser — contestó Ida — Las malas noticias llegan siempre á deshoras. Acabo de saber que te casas con Elena Peteroff. ¿Es cierto esto?

— Es cierto.

— ¡Cómo, miserable! Y tus promesas, tus juramentos, tu palabra de honor empeñada, mi honra arrastrada por el suelo, mi juventud sacrificada, mi persona ajada con una condición terminante de casamiento, las cuatro criaturas que preguntan en vano por su padre, la deshonor de la noble familia Seiner, mis sufrimientos, mis horas de angustia, mis dolores, mis esperanzas y martirios ¿no son nada para tí? ¿Todo esto y algo más que tu debes comprender, ha sido un juguete, un puro pasatiempo, una nube de verano, una nada para una joven que se ve arrastrada por el fango? ¿Y tienes el coraje de romper en un momento todas las cuerdas de una lira que han vibrado durante años al unísono con tus promesas, cantadas con un lirismo que prometía todas las felicidades que una jo-

ven de mi condición y de mi edad anhelaba desde el momento en que tendistes la red de engaños ante mis pasos? Habla desgraciado. No temo nada. Mi vida acabará en este trance. No deseo prolongarla en condiciones tan contrarias á mis aspiraciones.

— Cálmate, Ída. Sé razonable. No llegues á tales excesos.

— ¿Calma? ¿Y tu me pides calma, cuando te apercibes á hacerme la más negra de las traiciones?

— Pero, vamos. Tu eres joven todavía. Yo te daré todo el oro que pidas. Serás rica. Déjame celebrar el matrimonio con la hija del conde. No te faltará nada ¿comprendes?

— ¿Oro? No pido oro, desgraciado. Pido un padre para mis hijos, pido una reparación á mi deshonra, pido el cumplimiento de tu promesa que fué la única causa que me hizo caer en el abismo.

— Pero, esto... ya no es posible. Cuando cometí la inconsulta calaverada, no tenía el juicio muy sano. ¡Cosas de la juventud! Ya sabes. A tí te sucedió lo mismo. Éramos muy jóvenes.

— ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

¿Te desdices ahora? ¿No me reconoces ya en mi cabal juicio? ¿No te consideras responsable de lo hecho? ¿No es posible casarte conmigo y quieres comprar mi deshonra?

— Pero, Ida..

— Nunca. ¿Quieres la lucha? Lucharemos.

— ¡Bueno!... Sal de mi casa. Haz lo que quieras. Ya me tienes cansado y aburrido.

— Salgo, pero ten presente, marqués Severaïne, que Ida Seiner no permitirá tu casamiento con Elena Peteroff.

E Ida salió del domicilio del marqués, después de echarle una mirada de profundo desprecio. Severaïne quiso detenerla, pero se contuvo.



Esta conversación rápida y violenta puso al marqués en un estado nervioso que le tuvo desazonado durante todo el día. Conocía perfectamente el carácter de Ida y los vínculos que la ligaban á la sociedad secreta, capaz de todos los excesos. Pero, no por eso desistió de su casamiento con Elena. Pensaba que, pasados los primeros

momentos, Ida hubiera aceptado la propuesta que acababa de hacerle y que con una suma crecida, hubiera podido apartar de su camino esa piedra que le impedía marchar adelante.

— ¡Qué diablos! pensaba. El oro puede más que el amor. Todo es cuestión de tiempo y de oportunidad. Ensayaremos el mejor medio para conseguir este fin.

Pero el marqués se engañaba. Ida no entendía de componendas. O el casamiento con Severaïne ó la muerte. Estaba decidida.

Para preparar el camino, determinó presentarse al conde Peteroff ó á Elena y exponerle toda la verdad, el compromiso sagrado contraído por Severaïne y la condición en que este la dejaría, dado el caso de celebrarse el proyectado matrimonio. Hizo y deshizo mil veces este proyecto. Por un lado le pareció el camino más corto para desbaratar el casamiento; por otro temió que una escena violenta en el palacio de los Peteroff, le hiciera perder una causa tan favorable para ella.

Por fin, adoptó el temperamento de escribir á Elena una carta en que le revelaría los hechos de la vida pasada de su fu-

turo esposo y las cadenas que le tenían vinculado á ella, con cuatro hijos y un juramento solemne de matrimonio. Esta idea prevaleció.

La carta estaba escrita en la forma siguiente :

« Señorita Elena Peteroff.

« Soy madre de cuatro hijos. El padre
« de estos desdichados es el marqués Se-
« veraïne, el prometido esposo de V., quien
« se adueñó de mi honra mediante formal
« promesa de matrimonio. Ante Dios, el
« marqués Severaïne es mi esposo. Falta
« legalizar el juramento y la promesa, para
« que el acto sea llevado á fin ante la so-
« ciedad, siéndolo desde mucho tiempo
« ante nuestras conciencias. Espero que V.
« se abstenga de ser causa de mi desesperación,
« al aceptar por esposo al padre
« de mis hijos. V. es noble, joven, rica y
« hermosa. No le faltarán partidos iguales
« ó mejores. Yo soy pobre y he llegado á
« una edad en que no me será posible, en
« las condiciones en que me ha colocado
« el marqués Severaïne, hallar al hombre
« que quiera compartir conmigo las pen-
« lidades de la vida. Medite V. antes de
« dar un paso decisivo. Mi desesperación

« podrá llevarme á excesos de que V. pu-
« diera arrepentirse. Estoy resuelta á todo.
« Espero una línea de contestación. »
Calle.. número...

IDA SEINER.

* * *

La lectura de esta carta produjo dos efectos contrarios. Por una parte suscitó en Elena una conmiseración profunda, una piedad infinita por la joven llevada á tales condiciones por su prometido ; por otra le infundió inesperada alegría, creyendo tener en sus manos el medio de deshacer el aborrecido casamiento y alejar de sí al hombre que tantos sinsabores le ocasionara y cuyo recuerdo le daba escalofríos. Tenía, finalmente, un arma poderosa contra el marqués y no quiso demorar en esgrimirla. Se fué directamente al conde y, deshecha en lágrimas, le presentó la carta.

— ¿Qué es esto Elena? ¿Qué carta es esa que te trae tan afligida?

— Lee, papá, y verás.

El conde leyó.

Contra las esperanzas de Elena, al acabar la lectura, su padre estalló en una ruidosa carcajada. Elena se estremeció, cre-

yendo que se hubiera vuelto repentinamente loco.

— Oye, hija mía — dijo el conde al doblar la carta y echarla en uno de sus bolsillos. — Todos los jóvenes pasan por aventuras de esta naturaleza. Es raro que un joven llegue al matrimonio sin haber tenido relaciones con mujeres de esta ó de igual naturaleza. No te compete á tí, inocente criatura, ir averiguando estas cosas. Desbes dejar á tu padre la entera responsabilidad de sus actos. Hago lo que debo á mi hija única. Todo el resto, todo lo que digan y hagan personas ajenas á nuestra familia, no te dé cuidado alguno.

— Pero es horrible, papá, lo que está escrito en esa carta.

— ¿Estás segura de que sea cierto, ante todo? ¿Podemos condenar al marqués Sevraine, que es la nobleza, la educación, la honradez personificadas, sin haberle antes oído? Se me antoja que esto sea una de las tantas tretas para explotar á hombres de fortuna.

Déjame el cuidado de ello. No vuelvas á afligirte ni á desazonarte por estas fruslerías. No lo quiero, ante todo.

— Pero ¿cómo quieres que no me pre-

ocupe de mi porvenir, de un vínculo que solamente podrá desatar la muerte? Yo no tengo por el marqués Severaïne ningún cariño: yo no le amo, papá: yo...

— Basta, Elena. Me estás amargando la existencia. Severaïne es el único hombre que pueda convenirte. ¿Que no le amas? Pues bien, el amor vendrá cuando menos pienses en él. Severaïne tiene todas las fascinaciones para cautivar el corazón de una joven como tú. El día que te cases con él, será el principio de un idilio eterno. Severaïne y tú formareis una pareja envidiable. Basta, hija mía. No toques más este argumento. Deja á tu padre el cuidado de tu porvenir. Vuelve á tu aposento y atiende tus ocupaciones ordinarias. Un beso en la frente, hija mía.

*
* *

Fué la última batalla perdida. Elena se retiró abatida y pesarosa, habiéndola ya abandonado el último rayo de esperanza que pudiera venirle de los hombres. Solamente esperaba una ayuda extraordinaria, algo así como un milagro de Dios ó de su madre, cuya imagen tenía perpetuamente fija en su memoria.

Por la noche, fué el marqués Severaïne á visitar al conde, como solía hacerlo casi diariamente. Después de los saludos de costumbre, el conde le entregó la carta, esperando ver en la sorpresa la verdad de las aserciones y acusaciones contenidas en ella. El marqués Severaïne supo conservar tal dominio de sí mismo, que ni un músculo de su cara se movió durante la lectura de la carta, que él recorría con la sonrisa en los labios. Cuando hubo acabado, dobló la carta y la devolvió al conde, diciendo, con estudiada y refinada calma :

— Es la segunda escena de un acto único, señor conde. Esa mujer ha venido á mi casa varias veces para que la indemnizara de no sé qué daños y perjuicios inferidos por mi intervención á los dominios de su honra. Es una mujer, cuya conducta no me es dable caracterizar. Dice que tiene cuatro hijos que buscan su paternidad en la familia Severaïne. Ignoro con qué fundamento pueda ella afirmarlo. Sus hijos deben indagar la paternidad en la conducta de la madre. Usted sabe, señor conde, cuál es la condición de la juventud. Es probable que haya usado alguna vez de la condescendencia fácil de una mujer que

tiene hijos, sin poderles indicar la procedencia ; pero ¿quién me acusaría de lo que esa mujer me culpa, y quién podría condenarme por haber cometido delitos tan propios de la juventud que pasan siempre inadvertidos á los ojos de las personas sensatas? Lo único procedente para desatar este nudo mujeril, es el desembolso de algunos rublos. Este incidente no vale un minuto de cuidado. ¿No cree usted lo mismo, señor conde?

— Es lo que yo he pensado.

— Lo único sensible para mí es que la carta haya sido dirigida á Elena, y que ella haya recibido amenazas que han de producirle momentos de aflicción. Siento en lo íntimo de mi alma este paso atrevido de una mujer sin corazón. El resto no vale un ardite.

—Elena ha sido consolada con suma ternura. Creo que á estas horas no piensa más en el asunto.

— Dios lo quiera. Sentiría que su afecto por mí disminuyera por la atrevida intromisión de una mujer sin alma.

— No hablemos más del incidente — concluyó el conde. — No vale la pena. Y

la conversación tomó otro giro, quedando completamente olvidada la carta de Ida.

El marqués, sin embargo, quedó profundamente afectado, aunque el conde no advirtiera su desazón, por el estudio especial de aquel en conservar la calma habitual.

Ida esperó en vano el efecto de sus gestiones. Comó pasara mucho tiempo sin recibir contestación alguna de Elena, creyó que su carta había sido desatendida y su petición despreciada. Y el odio que había concentrado en su alma contra Severaïne, fué extendido también á Elena, contra la cual juró tomar la más cruel de las venganzas.

Severaïne no dejó de propiciarse la voluntad de Ida. Por medio de amigos de confianza hizole diferentes propuestas. Le ofreció todo lo que puede envanecer á una mujer. Pero fué inútil. «O el cumplimiento de la promesa ó la muerte» había sido la primera y fué la última contestación de Ida. Y Severaïne, fastidiado y herido en su altivez, dejó caer en el más profundo desprecio las amenazas de su amante.

*
* *

Llegó el mes de febrero, designado para el matrimonio de Elena:

Los preparativos fueron extraordinarios. Severaïne hizo traer de París lo más nuevo, la última voluntad de la moda para regalar á su novia.

El conde puso á contribución su opulencia, sus medios regios para que el casamiento tuviese esplendor inusitado. A las riquezas artísticas de su palacio agregó otras nuevas.

Las relaciones de ambas familias prepararon lo más selecto para regalos de boda y lo más lujoso para lucirlo en el día del casamiento. Toda la nobleza extremó sus preparativos para el día designado. Nada faltaba para que la celebración de una solemnidad única en los anales de la aristocracia, consiguiera toda su magnificencia.

El 27 de Febrero, día del casamiento, amaneció gris y melancólico, ligeramente entibiado por los rayos del sol invernal. La nieve brillaba en las calles con resplandores de plata bruñida. El pueblo preparóse á gozar de un espectáculo raro y

único, pues la familia Peteroff no tenía rivales en nobleza y opulencia. Desde las últimas horas de aquel día, cuando los crepúsculos reflejaban aún sus tintes rosáceos en la blanca superficie de la nieve, una compacta muchedumbre ocupaba los alrededores del palacio Peteroff y de la catedral, donde debía solemnizarse el casamiento de Elena con el marqués Severaïne. En todos los labios estaba el nombre de la hija única del conde. Todos alababan sus virtudes, encarecían su belleza, admiraban su carácter, elogiaban su fina educación. Era la niña mimada de la sociedad, la maravilla de la aristocracia, la joya de la belleza femenina. La muchedumbre manifestaba sus homenajes á la descendiente de los Peteroff, con cierto respeto religioso, cual si se tratara de una diosa que debía bajar del cielo á la tierra para la felicidad de los mortales. La sumisión del pueblo ruso brillaba en ese momento con el carácter de una virtud misteriosa nacida del templo y del altar. Era la sumisión del creyente, del sacerdote, del mártir.

Por insinuación de Severaïne, la policía colocó en varios puntos agentes secretos, sin tomar, no obstante, grandes precau-

nes que, para un acto tan inocente, creyó inútiles.

* * *

Llegó la hora. Los novios bajaron la vasta y rica escalinata de mármol del palacio Peteroff. Al asomar en el umbral de la puerta, la pareja fué saludada con una salva de aplausos.

Elena vaciló un momento. Su tez rosada cambióse repentinamente en un tinte pálido muy subido. El conde dió el brazo á su hija y entró en el carruaje designado para el acto.

Todos los coches siguieron en fila hasta la catedral, entre dos cordones apiñados de pueblo que aplaudía. La profusión de luces amarillentas irradiaba con fulgores de incendio las calles blanqueadas por la nieve.

Todos los semblantes despedían chispas de alegría. La noble comitiva fué recibida por el prelado y sus acompañantes en el umbral de la basílica. Cruzó con paso hierático por entre dos hileras de cirios. El templo lucía sus paramentos de fiesta, los paramentos de las grandes solemnidades. Al frente, el altar mayor, cuajado de cirios, presentaba el aspecto de un castillo

encantado, visto á la lontananza, con sus mil ventanas iluminadas *a giorno*. Al paso de la noble pareja, hizo irrupción en las bóvedas del templo una ráfaga de ondas sonoras lanzadas en tropel armonioso por el más artístico de los órganos del imperio, entre las cuales cabrilleaban las voces argentinas de un coro de vírgenes. Las nubes de incienso ascendían en densas espirales hacia el cielo y perfumaban el ambiente con el acre aroma suavizado por la frescura de las paredes y el olor de los cirios. Todos los ojos se dirigían al altar mayor, donde se solemnizaba la imponente ceremonia, y en tanta solemnidad, ningún ruido, ningún murmullo, ninguna palabra enturbiaba la armonía de los cánticos y de las graves y prolongadas notas del órgano. Cuando la ceremonia tocó á su fin, la pareja, seguida de la comitiva, dirigióse á la puerta del templo.

De pronto se produjo un extraño torbellino y un grito de angustia se dejó oír en medio de la concurrencia. Y se vió la extraña figura de una mujer que levantaba en alto un cuchillo ensangrentado. Era Ida que había herido á Elena. Sujetada, arrastrada por los personajes próximos á la

victima, se oyó un grito sarcástico y agudo:

— « ¡ Estoy vengada ! »



De pronto se produjo un extraño torbellino (pág. 59)

Elena cayó en brazos del conde. Desmayada y bañada en sangre, fué rápidamente llevada al coche, en medio de un tumulto y una confusión indescriptibles.

La solemne y alegre ceremonia tuvo este trágico y lúgubre desenlace.

CAPÍTULO IV

ERNESTO Walmiki había apurado hasta la última gota de amargura. El desengaño padecido, cuando esperaba llegar á la cumbre de la felicidad, la rápida interrupción de un idilio tierno y prolongado, su alejamiento repentino del palacio Peteroff, la convicción de que Elena era víctima inocente de una presión paterna que le avasallaba la libertad, sin esperanza de reacción, el triunfo de Severaïne en la caza á la opulenta sucesión de los Peteroff, el celebrado casamiento y, por fin, la trágica escena, en que su antigua novia resultaba bañada en sangre, habían sido causas suficientes para engendrar el desorden y la

confusión en su alma, Quedaba anonadado, sin esperanzas en el porvenir y con el recuerdo de horas felices pasadas al lado de Elena, cuyo candor y nobleza de carácter le habían cautivado. En sus adentros disculpaba á Elena, á quien consideraba mártir del capricho del conde. Y el grato perfume del recuerdo de aquella tierna criatura le suavizaba las punturas que sentía en su corazón. Tenía por Elena una especie de adoración sumisa y religiosa. Amaba su alma, su carácter, su inocencia, su martirio: llevaba grabada en su memoria la imágen pura de la que había sido su ídolo, su entrañable cariño. Todo el resto en el mundo era para él indiferente. Vivía por el recuerdo, por la reminiscencia de aquellos momentos incomparables de afecto y de ternura pasados al lado de Elena.

*
* *

Cuando todo concluyó para él, una sola idea se clavó en su mente: viajar, salir de su patria, donde su juventud había padecido tan duras pruebas.

A mediados de marzo de aquel año memorable, se decidió á partir. Uno de los

puntos de la tierra que más le seducían, era la República Argentina, por la distancia y las condiciones desahogadas de la vida de que los viajeros hacían elogios innumerables. Recogidos los mayores recursos á su alcance, se despidió de los suyos, pretextando un breve viaje por Europa. Después de vagar algunos días en París, se dirigió á Marsella y el 6 de abril se embarcó en uno de los trasatlánticos, con rumbo á Buenos Aires. Adoptó el nombre de Alfredo Miller, para despistar á los suyos y evitarles sinsabores, en los casos posibles de futuros contratiempos.

El viaje, el aire del mar, la multitud de pasajeros de varias condiciones y nacionalidades, fueron una especie de bálsamo para sus heridas morales. Los nuevos horizontes alejaron en cierta manera la nube de pensamientos sombríos que le torturaban el alma.

Durante los primeros días de navegación, se mantuvo circunspecto y solitario, desconfiando de personas á quienes no le ligaba ningún vínculo de amistosas relaciones. Pero, poco á poco, empezó á sentirse más sociable: gustaba de la conversación de los pasajeros, se aproximaba á los gru-

pos y nuevos alientos renacían en su organismo.

Su espíritu se regeneraba, se transformaba. Renacía en él un nuevo ser que infundía aliento á las ya gastadas fibras de su alma.

*
* * .

Entre los pasajeros de primera clase, en que viajaba Ernesto, se destacaba don Bonifacio Antera, argentino. Hombre de sesenta años, de mucha residencia en París, estanciero, rico, de no escasa cultura, era la jovialidad personificada. Como todos los estancieros ricos, don Bonifacio era desprendido y hasta derrochador, en los momentos de expansión. Franco, altivo, bonachón, sus palabras eran recibidas con profundo respeto. Su conversación era amena, salpicada de mil incidentes, anécdotas, sentencias graves, reflexiones filosóficas que revelaban larga meditación, mucho conocimiento de hombres y cosas, y no poca experiencia de la vida. Hacía contraste con tan simpático personaje un pasajero llamado Jean Mentier que, después de haber vivido un tiempo en Buenos Aires, había vuelto á Europa y hacía nuevamente el

viaje á América. Parecía hombre de algunos recursos, pero no se le conocía ni profesión ni procedencia de su fortuna. Mentier era jóven, de treinta años aproximadamente, reservado, desconfiado de todos, hasta de sus íntimos amigos, de pocas palabras y de costumbres sospechosas.

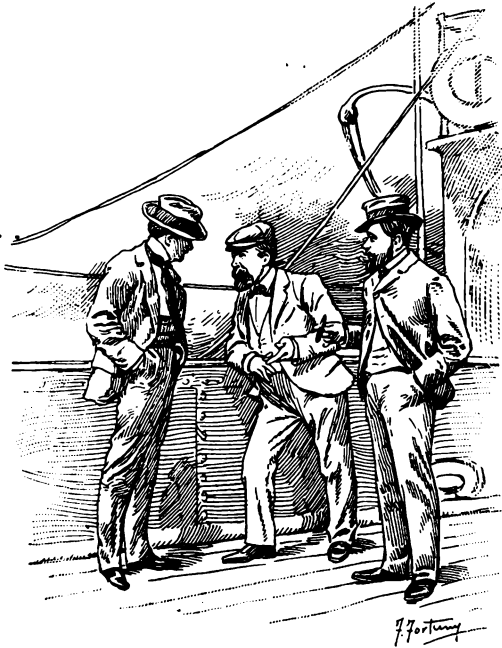
Ernesto sé halló entre estos dos compañeros de viaje, de carácter y sentimientos opuestos. Y — ¡cosa extraña! — mientras admiraba la bondadosa y noble naturaleza de don Bonifacio, tendía hacia los gustos y las reservas de Mentier.

*
*
*

La mirada sagaz de don Bonifacio descubrió prontamente el carácter de ambos compañeros de viaje y ajustaba su conducta al criterio que se formara de ellos. En uno de tantos ratos de ocio que abundan á bordo, en las horas vespertinas, Ernesto, que ya tenía el ánimo más sereno y bastante dominio de sí mismo, pidió á don Bonifacio algunos datos sobre la suerte de los inmigrantes en la Argentina.

— En mi país, dijo don Bonifacio, todos los que trabajan y ahorran, se vuelven

ricos á la vuelta de algunos años. Solamente los que carecen de arte, profesión y capacidad para el trabajo, padecen privaciones, contratiempos y hasta miseria.



Ernesto, D. Bonifacio y Mentier (pág. 65)

Ahí están — dijo — dirigiéndose á los cientos de operarios que yacían en la cubierta del buque, hacinados y en una promiscuidad abigarrada — los que han contribuido al progreso industrial de mi país,

y especialmente al desarrollo de la agricultura.

Esta es la inmigración que necesitamos.

Los bachilleres, los filósofos y los literatos tienen poca aceptación en la Argentina. Hay abundancia de ellos ya. Sería mejor que quedaran en su país, para no verse en trances apurados y quizás en las garras de la policía.

— Pero, un joven instruido y educado, respondió Ernesto, podrá ser profesor de idiomas extranjeros, tenedor de libros en alguna casa de comercio, empleado en algún banco, en alguna de las tantas sociedades de seguros...

— No se forje usted ilusiones. En esa clase de jóvenes abunda mi país. Hay en él más empleados que empleos, más profesores que alumnos.

— ¿Y el corretaje? aventuró Mentier.

— Es cierto; pero los corredores que trabajan hoy, son muy pocos. Corren mucho, corren todo el día y es raro el que gane lo suficiente para la vida.

— Estoy perdido, pensó Ernesto.

— No crea, señor, replicó Mentier. — Yo he vivido algunos años en la Argentina y he alcanzado á ganar lo suficiente para

darme buena vida y hasta para ahorrar una pequeña fortuna.

— Según la clase de ocupaciones que usted tuviera.

— Una agencia de cambio y lotería.

— No le arriendo la ganancia. He conocido á muchos dueños de agencias que han recogido los pesos que les confiaran los inocentes operarios, y, tomando las de Villadiego, se han ido con los sudores de los pobres á sus respectivos países.

Mentier palideció. El sesgo que tomaba la conversación, le desazonaba. Seguramente pertenecía á la clase de los que sueñan en ganancias fáciles, aprovechándose de la credulidad humana.

El tema de la conversación cambió, y desde aquel momento, ni Ernesto ni Mentier lo resucitaron.

*
* *

Mentier tenía su plan. Para ponerlo en obra necesitaba el auxilio de un hombre de las condiciones de Ernesto: educado, instruido, de apariencia insospechable.

Llegado el trasatlántico á Río de Janeiro, los pasajeros de primera clase bajaron

á tierra para disfrutar de los dos días de estadía en aquel puerto. Mentier, como viejo de América, se apoderó de Ernesto y le sirvió de *cicerone* en la capital del Brasil. Libre de testigos molestos, pudo dar rienda suelta á su lengua y trazar rumbos á la vida que llevarían en la República Argentina.

— Todo lo que ha dicho don Bonifacio, es un tejido de embustes, dijo Mentier.

— No creo, replicó Ernesto. Es un hombre íntegro, á quien aprecio. No tendría objeto en engañarme, ni en forjar embustes.

— Pero yo conozco el país, he vivido en él, estoy al corriente de todo. ¿Qué me va á enseñar él á mí? El es estanciero que casi nunca vive en la capital, y no ha podido darse cuenta de la vida de los inmigrantes de cierta categoría, como nosotros. ¿Tiene usted confianza en mis palabras?

— No tengo motivos para desconfiar de Vd., pero tampoco lo tengo para no creer á don Bonifacio.

— ¿En qué quedamos? ¿Le cree á él ó me cree á mí?

— ¡Hombre! Me pone usted en aprie-

tos. Pero veamos. Pienso que hay un medio de conciliar las dos opiniones. Puedo creer en las apreciaciones de don Bonifacio y en los medios especiales que usted emplee, para poder llevar una vida holgada en la ciudad de Buenos Aires.

— ¡En hora buena! Es usted hábil, sin duda, y ha encontrado perfectamente la fórmula que le mantiene á igual distancia de las dos opiniones que parecían encontradas.

— Todo consiste ahora en que me exponga usted su plan, para ver hasta qué punto pueda serme favorable, pues creo que esta también es su opinión.

— Seguramente, pero estamos todavía muy lejos de Buenos Aires y si le expongo á usted mi plan en Río de Janeiro, puede suceder que uno de nosotros no llegue á su destino y el secreto correrá riesgos de producir efectos contrarios á mi deseo. Tenga paciencia, pues, hasta que desembarquemos en Buenos Aires. Allí ocuparemos la misma habitación, tendremos tiempo de conversar y usted verá por sus propios ojos lo que le expondré en palabras. Todo esto en el supuesto de que usted quiera trabajar conmigo.

— Es claro y acepto gustoso su ofrecimiento, siempre que la ocupación que usted me brinde, esté en mis conveniencias.

— No hay duda: usted verá. ¿Acepta pues la alianza?

— Aceptada.

— Venga su mano.

Y la conversación vino á concluir en un largo y efusivo apretón de manos.

*
* *

Seis días después, los pasajeros del trasatlántico estuvieron á la vista de Buenos Aires. Los que por primera vez llegaban al Río de la Plata, fueron sorprendidos por la magnitud del *mar dulce*, por sus aguas turbulentas y terrosas y por una indefinida línea de edificios que limitaban el horizonte, esfumados entre una ligera neblina que atajaba los rayos del sol naciente, al caer en línea oblicua sobre la lejana ciudad, desde las alturas de un cielo límpido y azul. Para muchos, allá en la lejana capital de la República Argentina se escondía el tesoro que los había determinado á abandonar el suelo natal y las caras reliquias de sus familias, nuevos argo-

náutas á la conquista del vellocino de oro. Y su alma palpitaba de alegría, viendo próxima á realizarse la quimera que habían acariciado en sueños. En sus pensamientos persistentes y multiformes se perfilaban los varios proyectos forjados para el porvenir, su fortuna aumentada, su regreso al cálido ambiente de los hogares abandonados, una vejez feliz y ajena á sombríos momentos de miseria padecidos con heroísmo en su juventud: toda una vasta trama de dolores, alegrías, riquezas y miserias, hacinados en una laboriosa gestación de inteligencia, imaginación y fantasía, con contornos en que cambiaban rápidamente los tintes, más ó menos subidos, según las esperanzas y los desengaños anhelados ó previstos respectivamente.

*
* *

Las aguas del río estaban excepcionalmente bajas.

La entrada en el puerto era difícil. Mil doscientos pasajeros de tercera clase se arremolinaban, vociferaban, discurrían, reñían y soltaban carcajadas de momento en momento. El desembarque no era posible

á mucha distancia del puerto. Como la llegada de don Bonifacio había sido anunciada, su familia fué al trasatlántico en un vaporcito. Allí, previas las diligencias del caso, el rico estanciero se trasbordó para



Las aguas del rio estaban excepcionalmente bajas (pág. 72)

unirse con los suyos. Obedeciendo á los impulsos de su noble corazón, invitó á Ernesto y á Mentier á que se acomodaran en el mismo vaporcito, para llegar á la playa, mucho antes que la muchedumbre de inmigrantes, detenida en el buque por

la manguante del río. Los dos compañeros de viaje aceptaron complacidos y fueron presentados por don Bonifacio á los miembros de su familia, quienes, haciendo gala de la proverbial y bondadosa naturaleza de los porteños, los recibieron con muestras de simpatía, ofreciéndoles gentilmente sus domicilios. Cuando llegaron al puerto y antes de separarse, don Bonifacio ofreció á Ernesto su protección, en vista de que era la primera vez que tocaba tierra argentina.

— Si á usted le va mal en mi país, acuérdesse de Bonifacio Antera, que se complace en ser su amigo— dijo á Ernesto. El señor Mentier, que es viejo americano, no tendrá necesidad de mí.

Y los tres se separaron en los términos cordiales de una franca y expansiva amistad.

Ernesto y Mentier fueron á ocupar uno de los buenos hoteles de la ciudad de Buenos Aires.

CAPÍTULO V

LA herida de Elena no era ni profunda ni peligrosa, sino un simple desgarramiento de la piel, desde el cuello hasta el pecho. El cuchillo de que Ida se había servido para asesinar á Elena, detenido en su impulso por Severaïne, había llegado sin fuerza al blanco, produciendo una herida superficial, por el desvío de la mano que lo esgrimía. Pero, bastó el golpe inesperado y la vista de la sangre para llevar la alarma y el espanto á los presentes, á la vez que impresionar el alma delicada de Elena y el cariño paternal del conde. Llevada rápidamente al palacio Peteroff, fué entregada á los solícitos cuidados de los

médicos más afamados de la ciudad, quienes, todos á una, aseguraron que la herida se curaría en pocos días. Pero el conde fué acometido por un acceso de locura y hubo necesidad de sujetarle, para prevenir desgracias mayores.

A fines de marzo, la herida de Elena estaba cicatrizada, pero su alma profundamente abatida y desgarrada, ante la injusticia de la agresión de una mujer que pretendiera hacerle expiar delitos de su esposo, y ante el estado del conde que no había recuperado aún el uso de sus facultades intelectuales.

Era mártir inocente por faltas no cometidas, por el inexorable destino que la llenaba de desgracias que no merecía, por el encadenamiento de sucesos, independientes de su voluntad, que iban hiriéndola sin tregua, con una saña implacable. Y su corazón se rompía; estallaba en lágrimas, en suspiros profundos, pero con resignación de víctima inocente que contempla sin ira ni rencor el cuchillo que ha de sacrificarla.

*
* *

Pasada la convalecencia y en aparente

estado de salud, el marqués Severaïne exigió que su esposa dejara el palacio Peteroff y fuera á instalarse en su domicilio. Y Elena manifestó al esposo la misma sumisión, la propia obediencia pasiva que había manifestado á su padre. Dejaba que el destino se cumpliese en todas sus partes. Creía que toda rebelión contra los sucesos fuera abreviar sus días, sin ninguna esperanza de mejorar su suerte.

La vida conyugal fué otro desengaño para Elena. El terror que le infundió la agresión, los días de enfermedad que sucedieron á la herida, los padecimientos morales anteriores y la insania de su padre, habían alterado notablemente los nobles y hermosos rasgos del rostro de Elena y debilitado su tierno organismo hasta un grado extremo. Esto bastó para que Severaïne la mirara con cierto menosprecio, ó, cuando menos, con deliberada indiferencia. Esta conducta tan reprochable de su esposo, la sumió en una inmensa tristeza, sabiendo que ella no sería modificada por influjo del conde, dada la enfermedad de que padecía.

A esta nueva desgracia conyugal agregóse otra de carácter alarmante.

Ida había sido encerrada en una cárcel

de la ciudad y estaba próxima á sufrir la condena por homicidio premeditado. La sociedad secreta de que formaba parte, la auxiliaba con tódo su empeño, y, creyendo que el perdón de la víctima pudiera aminsonar el castigo, escribió una carta á Elena pidiendo, sin más trámite, el perdón para Ida, bajo amenazas de muerte. Hostigada por la conducta de Severaine, amenazada por personas que se escondían en la sombra, abandonada por su padre á causa de la locura que seguía su curso, Elena se consideró totalmente perdida. Vió en toda esta máquina de fatales sucesos, la mano de un ser superior á quien no puede resistirse con fuerzas humanas. Cayó de rodillas ante la única imágen grata á su memoria, ante la imágen de su madre y lloró.

Cuando hubo desahogado sus ánsias y sus padecimientos, se irguió con fuerzas nuevas, con brios anteriormente desconocidos, con coraje de que no se consideraba capaz. Creyó en el milagro al sentir vigorizado su organismo desfallecido y, al notar nuevos alientos en su espíritu, sintió que le anunciaban una verdadera resurrección.



¡Extraños misterios del alma de una mujer !

Aquel ser débil y delicado, sin voluntad propia, sumiso y obediente á las imposiciones del padre, blando y flexible ante todos los impulsos de los sucesos y capaz de amoldarse á las más violentas formas que le dieran las circunstancias de la vida, en un instante tomó posesión de sí mismo, levantó enérgicamente la frente, se orientó y se apercibió á la lucha, desafiando al destino. Había soportado todos los sufrimientos, todas las angustias, sin protestas y sin quejas. Habíase encogido bajo el peso de las penas, entre las apreturas de las desgracias, pero no pudo tolerar el menosprecio de Severaïne, su esposo impuesto por la voluntad del conde, considerando ese acto como el más vergonzoso que pudiera infligirse á una descendiente de los Peteroff, desde que ella tenía al marqués en concepto del más degradado de los hombres y del más indigno de sus pretendientes.

Retirada en su aposento, interrumpió toda relación con Severaïne, el cual, á su

vez, manifestóse apenas sensible á la actitud asumida por su esposa. Hizo desfilár ante su memoria todo el pasado, y por fin, dueña ya de sí misma, tomó la resolución irrevocable de huir de la casa conyugal, abandonar la ciudad, viajar, ver mundo, tomar posesión de una libertad que le habían arrebatado cruelmente, de una vida que le habían amargado con refinamiento hipócrita y casi con intenciones malvadas, de un porvenir que le habían cerrado con cadenas que siempre había rechazado, roto, quebrado en trozos en lo íntimo de su conciencia.

Pero, ¿adonde ir?

No tenía rumbo fijo. Lo principal era abandonar el infierno en que sufría los crueles martirios. Era inútil acudir al padre. No la reconocía ya, en el desorden de las facultades intelectuales en que yacía. El mundo no concluía en los lindes de su ciudad natal. Volar libre como los pájaros del aire, como la brisa que juega entre las copas de los árboles, lejos de los verdugos, sin la visión constante de caras antipáticas, de seres odiosos y maldecidos, eso, eso era vida, eso era felicidad para ella.

— ¡Oh madre de mi alma! — gritó en

un arranque de entusiasmo — protéjeme en esta hora en que la oruga se convierte en mariposa, en que mi alma se regenera, renace de las cenizas ardientes á que la han reducido todos los tormentos que puede sufrir una joven de mi clase. Guíame en la nueva senda que elijo para el resto de mi vida. No más amos indignos de un noble corazón de mujer. Libre, libre quiero ser, como el aire, como la luz, como el viento. Y que la responsabilidad de todos los actos futuros de mi vida caiga en los verdugos que han abusado de mi inocencia, que han obligado, torcido, torturado mi voluntad, mi conciencia, todo mi ser!

*
* *

Pero ¿era esta exaltación de Elena una momentánea reacción contra el exceso de opresión sufrida hasta aquel momento, una válvula al sufrimiento de varios años comprimido en su joven corazón? — ¿Tendría el mismo grado de energía en el porvenir, cuando debiera apelar á sus fuerzas para triunfar de los obstáculos que se le opusieran en el nuevo género de vida que había-se propuesto? Las costumbres, la educa-

ción, los dotes naturales de su alma, su cultura, su vida arreglada á la más refinada cortesanía y nobleza de pensamiento y acción, la sangre azul que corría por sus venas, como descendiente de los Peteroff, ¿no mitigaría sus impulsos, no la devolverían á la mansedumbre, á la docilidad, á la actitud sumisa y pasiva de los días pasados en el seno de su familia?

El tiempo y los acontecimientos contestarán á estas preguntas que salen espontáneas de la nueva actitud de Elena.

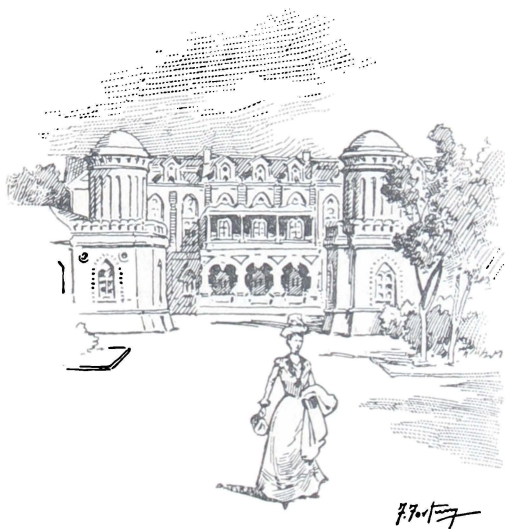
*
* *

Resuelto el abandono de la casa conyugal, la esposa de Severaïne recogió todas sus alhajas, preparó vestidos especiales para el viaje, reunió todo el dinero que pudo y, cuando nadie pensaba en un hecho ni previsto ni soñado, Elena dejó el palacio del marqués y tomó pasaje para la inmediata salida del tren, poniendo así por obra el proyecto madurado, analizado y aprobado por su libre voluntad, que por primera vez ejercía las funciones de independencia para las cuales había sido creada.

Grande fué el escándalo que produjo la

desaparición de Elena. Hubiérase atribuido á algún crimen, si dos líneas dejadas á su esposo no hubieran aclarado el misterio.

— « Te abandono, decía en ellas, por-
« que eres indigno de mí. No me busques,



Elena abandona el palacio de Severaïne (pág. 82)

« porque he resuelto no volver á tu lado.
« Si lo intentas, recogerás la deshonra ».

Y mientras las murmuraciones tomaban cuerpo en las familias aristocráticas de la ciudad, la más favorable de las suposiciones era « que Elena había abandonado el

« techo conyugal para reunirse con Ernes-
« to Walmiki, su antiguo novio, á quien
« el conde desahuciara en sus pretensiones,
« expulsándole de su palacio ».

Y el juicio humano condenaba como « adúltera » á una mujer totalmente ajena á este delito, que hasta ignoraba el paradero de Ernesto y había resuelto el viaje, sin pensar siquiera en el novio de sus ensueños.

Ante un hecho tan extraordinario, el marqués Severaïne quedó afrentado y anonadado, pero se abstuvo de hacer diligencias para descubrir el paradero de su mujer que lo abandonaba, colmándole del más concentrado desprecio, y protestando no volver á su casa, sino acompañada de la deshonra, en el caso en que intentara obligarla á ello.

CAPÍTULO VI

PASADAS las primeras impresiones que Ernesto recibiera de la ciudad de Buenos Aires y deseando conocer el plan de Mentier para ajustar á él su conducta, en el caso de convenirle, se apresuró á pedir las explicaciones que le fueron prometidas en Río de Janeiro.

— Es tiempo ya, amigo Mentier, de que nos entendamos. He venido con V., seguro de su palabra empeñada conmigo. ¿Puedo saber cuál será mi lote en el trabajo que va V. á emprender y las ganancias que podré sacar de él?

— Es justo. Nuestro negocio será una agencia de lotería y cambio de moneda. Yo me haré cargo de arreglarlo todo y

V. estará al frente de ella, con el único objeto de cuidar nuestros intereses, pues la persona que se encargará del despacho, conoce el idioma del país y la clase de negocios que emprenderemos, por ser antiguo agente de cambio de esta ciudad.

— De manera que yo seré una especie de guardián, de tesorero, de...

— Precisamente.

— Es poco trabajo y no creo que pueda convenirme.

— ¿Porqué?

— Por lo mismo que el trabajo es insignificante y no podré pretender ganancias que no estén en relación con mi escasas ocupaciones.

— Se equivoca V., mi buen amigo. Como debo apelar á la ayuda de tres socios más para conseguir el capital necesario, nuestra sociedad se compondrá de cinco personas y V. tendrá el quinto de las ganancias líquidas. Ya ve que estará V. en la mismas condiciones en que me coloco yo con los tres socios que me son indispensables para llevar adelante el negocio.

El desprendimiento de Mentier llamó la atención de Ernesto, quien en un arranque

de sentimentalismo, le tendió la mano y le dijo con efusiva expansión:

— Gracias, amigo. Veo que tiene V. un corazón de oro y, desde este momento, pongo á su disposición toda mi aptitud para el logro del objeto á que nos dirigimos.

— V. debe confiar en mí: todo el resto va por mi cuenta, pues conozco suficientemente los negocios del país.

*
* *

Ganada de esta manera la voluntad de Ernesto, empezó Mentier á disponer lo necesario para la instalación de la agencia.

A los pocos días, todo quedó en su punto y la casa de negocio fué abierta con ostensible lujo, en una de las calles principales de esta ciudad, bajo nombre y apellido supuestos de Ernesto, *Alfredo Miller y Cía.* Jean Mentier quedaba así colocado en la sombra.

El negocio empezó bajo favorables auspicios. La agencia operaba mucho. Los tres socios de que hablara Mentier, y que fueron presentados á Ernesto con cierta reserva, entraban y salían del negocio. Era un continuo movimiento, una actividad fe-

bril. Los papeles se transformaban rápidamente en oro y el oro en papel. Los billetes de banco volaban de mano en mano. Las piezas de moneda iban aumentando en los escaparates á ojos vistas. Los nuevos clientes se presentaban á cada instante, solicitando servicios de la agencia. Todo era movimiento, trabajo, actividad, negocios, dinero.

Ernesto miraba estupefacto las operaciones rápidas y prósperas de la agencia. No entendía absolutamente nada de tanta ganancia y tantas operaciones comerciales, que se desarrollaban bajo sus ojos. Recogía la moneda y la cuidaba en la caja de hierro. De cuando en cuando, Mentier le hacía firmar cheques, letras, pagarés, recibos, circulares, correspondencias y cartas.

Entregado á la total confianza de su socio, Miller firmada los papeles sin averiguar su contenido.

Y las cosas prosperaban, el dinero entraba en caja con una facilidad asombrosa, la agencia operaba en vasta escala, los clientes aumentaban.

*
* *

— Si esto marcha así por seis meses solamente, dijo Ernesto un día á Mentier, mi quinto de ganancia bastará para hacer la felicidad mía y la de mi familia.

— ¿Cómo si marcha así? contestó Mentier. ¡Si apenas hemos empezado!... V. verá dentro de poco tiempo lo que no soñara en todos los días de su vida. Verá maravillas, algo extraordinario, sólo comparable con las antiguas minas del Perú, con la fortuna de Creso—que, entre paréntesis, no creo que fuera tan cuantiosa como los griegos quisieron dar á entender — con una nueva California. Déjeme V. trabajar. Llegado el semestre, haremos balance y verá si mis palabras están ó no fundadas en la verdad.

*
* *

Aunque Mentier exageraba mucho los negocios de la agencia, para halagar los deseos de Ernesto, no andaba del todo descaminado en cuanto al producto de sus operaciones. Las ganancias eran realmente

fabulosas: todo contribuía á aumentarlas, á duplicarlas, á triplicarlas en un futuro más ó menos próximo.

A los tres meses de instalada la agencia, se le agregó una sección nueva: la expedición de dinero á todos los puntos de Europa, mediante una módica comisión. Los obreros acudieron en gran número para enviar sus ahorros á las respectivas familias. Cientos de miles de francos acudían á las cajas de la agencia. Era una especie de banco para las pequeñas cantidades, que los operarios entregaban á la muy reputada firma *Alfredo Miller y Cía.*: reputada en la Bolsa de Buenos Aires, en todos los bancos de la ciudad, en las casas de comercio, de vastos capitales y de envidiable reputación adquirida durante varios años de trabajo honrado y fructuoso.

Ernesto se quedó estupefacto.

— ¿Qué le decía yo, amigo Miller? ¿Está V. convencido de mi actividad é inteligencia comerciales?

— Completamente. Yo no entiendo nada de estos negocios tan nuevos para mí, ni de la facilidad con que se gana el dinero en Buenos Aires. Esto es asombroso. Razon tenía V. en no hacer caso de la opi-

nión de D. Bonifacio Antera. Aquí el dinero brota de los adoquines de la calle.

— Esa es la palabra — repuso Mentier — y me complazco en que esté V. completamente convencido de mi actividad y de la verdad de mis aserciones. Seis meses de trabajo y volveremos á nuestros países, ricos y felices para no ver más tierra americana. ¿Qué dice V.?

— Pienso lo mismo. Deseos tengo de estrechar en mis brazos á mi anciano padre y á mis hermanas, á quienes quiero entrañablemente.

— Pues, valor y adelante. Todo marcha á las mil maravillas. Un poco más de paciencia y pronto veremos realizados nuestros ensueños, irradiados por el brillo del oro que está acumulándose en la caja social de nuestra agencia.

*
* *

A tantas ganancias fáciles se agregaron otras no menos importantes. En dos operaciones felices de bolsa, la agencia obtuvo ganancias verdaderamente colosales, en relación al capital con que operaba Mentier.

La baja y suba del oro daba lugar á un juego desenfrenado de que no había precedentes en ninguna de las bolsas del viejo mundo. El oro subía en un día solo ó bajaba repentinamente, hasta cincuenta puntos, mediante noticias sensacionales sobre política interna ó externa, circuladas con el propósito de conmover los ánimos y llevarlos al delirio del juego.

Era una especie de fiebre que calentaba los cerebros y los llevaba á excesos inconcebibles. Millones de pesos oro se apuntaban en las pizarras. Comerciantes que habían ganado fortunas con el trabajo honrado de años y años, iban á exponerlos en una operación de bolsa, en un momento, con una palabra. La locura había invadido todas las inteligencias, hasta las más equilibradas. No había ejemplo anterior en la República Argentina de tanto desenfreno, de tanto delirio, de tanta locura.

Por esta fiebre de operaciones fué dominado también Mentier. Arriesgó todo su capital, todo su crédito, toda su capacidad en operaciones comerciales y la suerte le fué propicia. En dos operaciones ganó una fortuna que, agregada á las ganancias anteriores, colocó la agencia en condiciones

inmejorables. La fama de Miller, como agente rico y afortunado, reflujo en beneficio de la agencia ALFREDO MILLER Y CÍA. Ya no hubo quien dejara de confiar sus capitales á una casa tan próspera y rica. Los operarios europeos entregaban á ojos cerrados sus pequeños ahorros para que fueran enviados á sus familias.

Aprovechando la benevolencia de sus clientes, Mentier abrió otra sección de la agencia: una *caja de ahorros* para las pequeñas sumas, con un interés muy superior al que pagaban los bancos oficiales y particulares. Fué este el último toque al plan ideado, desarrollado y aplicado por Mentier.

La agencia no era ya una casa de pequeñas operaciones: era un banco, una institución bancaria de primera magnitud, un tesoro privado, en que se encerraban fortunas particulares cuantiosas, importantes, colosales: era el tesoro de Cresco, la California soñada por el activo y astuto Mentier.

*
* *

Ernesto gozaba en medio de la estupe-

facción que le produjáñ tantas operaciones felices que colocaban la agencia en las condiciones más prósperas y envidiables de la gran capital de la República Argentina. Y gozaba tanto más, cuanto que su trabajo se reducía á guardar el dinero en la caja social y á firmar documentos comerciales, no comprendiendo absolutamente nada de tanta afluencia de dinero á la agencia que él representaba, con su nombre supuesto.

— ¡Qué admirable país! — solía exclamar de vez en cuando, en la conversación que entablaba con su socio y amigo. — Aquí parece que no hay obstáculo á la fortuna. Todo corre como sobre un mar de leche. Basta moverse para ver brotar el dinero bajo los pies. ¡Y aquel Don Bonifacio!... Ja, ja, ja. Ahora comprendo todo el valor de sus palabras de V., mi buen amigo Mentier.

— ¡Por fin! exclamó éste. Más vale tarde que nunca. Dentro de poco llegará el momento del balance y verá V. por sus propios ojos, el montón de oro que le tocará en lote, con sólo haber cuidado de la agencia.

— Gracias, amigo Mentier. Nunca me

olvidaré del beneficio que V. me ha hecho. Somos jóvenes y tendremos tiempo de apreciarnos mutuamente. Conocerá por experiencia el agradecimiento eterno que conservaré por usted.

— Basta de agradecimientos, Miller.

Solo deseo que seamos amigos hasta los últimos días de nuestra vida.

— Para siempre, exclamó Ernesto en un momento de verdadera expansión amistosa.

*
* *

Era el mes de Octubre.

A los 15 días de la conversación anterior, llegó el momento del balance semestral, que debía durar dos ó tres días.

Mientras se practicaba la indicada operación, Ernesto, totalmente confiado en la bondad, honradez y laboriosidad de su socio, quiso aprovechar esos momentos, para distraerse á sus anchas.

¡Había estado tanto tiempo encerrado! Era necesaria la distracción por higiene, como le había dado á entender su socio y amigo Mentier. A los dos días, el balance

estaba concluido. Había empezado el lunes.

El martes á la noche de la misma semana, Mentier comunicó á Ernesto el término de la liquidación.

— Vamos á la agencia — le dijo — para que V. mismo aprecie el monto de la operación y la parte que le toca á V.

En la agencia, Ernesto notó que los billetes de crédito y el papel moneda estaban colocados en los escaparates, como en los días anteriores, pero que no había ni una pieza de oro. Hizo notar la circunstancia á su socio.

— Lo hemos cambiado en papel, contestó Mentier, aprovechando la baja de hoy.

Aquí tiene V. en caja, todo en papel, la parte de las ganancias que le ha tocado á V. Revise el balance y cuente la plata.

Hecha la revisión, todo se encontró en forma correcta y Ernesto, cerrando la caja de fierro, se echó la llave en el bolsillo y dió á Mentier el más efusivo abrazo que amigo alguno haya dado jamás á otro amigo.

— ¡A divertirnos! — dijo Mentier. V. queda

ahora solo al frente de la agencia por unos cuantos días. Estoy cansado de trabajar. Necesito distraerme por quince, por veinte días, por no sé cuantos. Usted es aquí el dueño. La casa marcha sola. No hay nada que variar. Solo falta atender con esmero á nuestros clientes habituales.

A raíz de esta conversación, Mentier se despidió para emprender su largo viaje de recreo y, después de hacerle firmar algunos documentos importantes, le constituyó dueño de la agencia, durante su *villeggiatura* y poseedor del montón de papel moneda que tenía religiosa y sigilosamente guardado en la segura é incommovible caja de fierro de la sociedad.

*
* *

El sueño de Ernesto se había convertido en realidad. ¡Cuán bueno había sido para él Jean Mentier! Pero ¡cómo engañan las apariencias! Nadie se hubiera confiado á él llevado por la primera impresión desagradable que inspiraba su persona. Y sin embargo, le debía la fortuna, la felicidad, la riqueza. ¡Así son los juicios humanos!

En alas de estos pensamientos, Ernesto

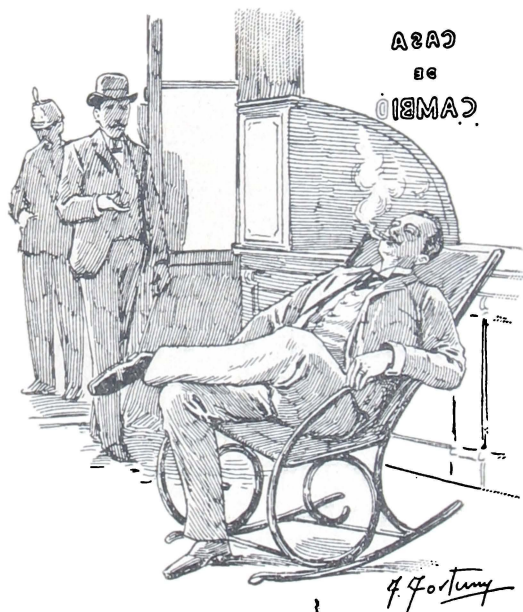
sentía que la tierra se estremecía de gozo bajo sus pies, que el cielo era más azul que en los días anteriores, que el sol hacía gala de su esplendor para sonreír junto con Ernesto, en la atmósfera de luz y perfume en que vagaba su alma, totalmente desligada de las miserias mundanas.

Y balanceado entre sonrisa y sonrisa, entre gozo y gozo, entre ensueño y ensueño, estuvo sólo al frente de la casa hasta el domingo de la semana siguiente. Llegado el lunes, abrió la puerta de la agencia, entró en ella, cantando un aire del *Barbero de Sevilla*, y se sentó en el sillón que le había dado descanso durante seis meses, mientras su querido socio Mentier, se movía febrilmente en medio de su apiñada clientela y ante los montones de esterlinas que brillaban con chispas de luz.

Sacó tranquilamente su cigarrera y encendió un cigarrillo, aspirando con nuevo deleite el humo azul que, al salir de sus labios más apretado y más blanco, subía al cielo en voluminosas espirales que luego se iban desflocando como fibras sutiles de immaculado algodón.

Ernesto contemplaba extasiado el humo que cabrilleaba en el aire, formando capri-

chosas volutas y fantásticos arabescos, en armonía con los dorados pensamientos del que lo despedía con tanto placer, cuando puso el pie en el umbral de la agencia el



Ernesto contemplaba extasiado el humo. . . . (98)

comisario de la sección, acompañado de dos agentes del orden público.

Y se oyó una voz gruesa que sonaba como la trompeta del juicio final:

— Es V. *Alfredo Miller* ?

— Si señor. ¿En qué puedo servir á V?

— En nombre de la justicia, dese Vd. preso.

— Pero es un atropello injustificable. Soy un honesto comerciante, un hombre de bien...

— Esto no me compete. Lea V. la orden del juez del crimen.

Ernesto vió que la tierra se abría bajo sus pies, que la luz del sol se convertía en un instante, en la más densa de las noches lunares, que el mundo se le cerraba delante.

Dió una triste mirada á las paredes de la agencia, apretó en su bolsillo las llaves de la caja de fierro y siguió al comisario, quien ordenó que fuera cerrada la agencia y sellada su puerta.

CAPÍTULO VII

LA condesa Elena Peteroff había abandonado su domicilio conyugal casi en los mismos días en que Ernesto abandonaba la agencia.

Pero, las condiciones de ambos eran muy diversas : Elena dejaba la jaula para correr el mundo, libre como el viento ; Ernesto dejaba la agencia para ser encerrado en la jaula policial. Y mientras las murmuraciones hacían presumir la reunión de los dos antiguos novios, la suerte les tenía destinados dos países colocados á distancia de miles de leguas, dos ambientes totalmente diversos, dos estados de ánimo diametralmente opuestos, dos géneros de vida completamente contrarios : Ernesto se consu-

mía en una estrecha prisión ; Elena corría libre por las principales ciudades de Europa.

*
* *

Su viaje tenía visos de una carrera continua.

Ápenas se detenía en las ciudades más importantes el tiempo necesario para visitar templos, teatros, museos.... Parecía que el aire la sofocara y quería cambiarlo por el de nuevos parajes.

En un mes — el de noviembre — visitó á Berlín, Viena, Roma, Nápoles y Venecia. Tenía hambre y sed de ver mundo, de conocer nuevos pueblos y nuevas ciudades. Su última etapa fué Paris, en los postreros días de noviembre. La capital de Francia la sedujo, la fascinó, pero no tuvo el poder de cautivarla.

Deseaba pasar á Londres, recorrer toda Inglaterra, volar á Estados Unidos, que se yo....

Todo esto era el efecto de una libertad sin límites, después de un cautiverio forzado de varios años.

Sin trabas físicas ni morales, Elena quería desquitarse de cuanto había sufrido por

disposición de la fatalidad y por determinado arbitrio de los hombres.

Joven, rica, libre, podía dar rienda á todos sus deseos y hasta á sus caprichos. Las condiciones sociales la habían colocado en ese ambiente. Si hubiera vivido su tierna y adorada madre, nada de eso le habria acontecido. Ligada por el afecto materno, aconsejada, amparada, dirigida, ni se habría llevado á fin el aborrecido casamiento con Severaïne, ni habría tenido las infinitas desgracias que había visto caer sobre su existencia.

Es la condición de toda joven que carece de madre, ese angel tutelar de la hija lanzada en los vaivenes del mundo, ese sostén de las debilidades juveniles, esa consoladora en las grandes aflicciones que la sociedad arroja malignamente en el corazón de una mujer, ese titan poderoso, heroico, sublime en su heroismo, capaz de luchar contra ejércitos para defender á la hija de sus entrañas, para sacarla triunfante de las garras de la maledicencia, para guiarla por el camino sembrado de rosas, iluminado por la luz de la religión, de la piedad, del bien, de la moral.

Pobre pájaro caído del nido y confiado

á las débiles fuerzas de sus alas, contra aves de presa que acechan al ser tierno y sin experienciá; Elena había sido juguete de la voluntad ajena, después de la muerte de la condesa Sobieski. Y ahora, librada á sus propias fuerzas, ¿podría resistir á las insinuaciones que la maldad humana esconde en los pliegues de su depravación, á los contratiempos tan comunes en la vida, tan propios de personas no acostumbradas á la hipocresía y á los engaños sociales?

*
* *

Un incidente de poca importancia á primera vista, pero decisivo en el fondo, vino á interrumpir los proyectos de viajes de la condesa Elena.

Al entrar en el carruaje que debía llevarla al hotel, desde la estación de Paris en que había bajado, notó la pérdida de la balija en que llevaba todos sus valores. Volvió á la estación, registró, hizo la reclamación correspondiente, pero el resultado fué nulo. La balija había sido robada. Llevaba joyas de valor; pero no eran suficientes para los gastos á que estaría obligada, en una ciudad como París, ni mu-

cho menos para los viajes en que había soñado. El contratiempo era visible. Volver á Rusia, después de un mes de haberla abandonado y mientras hervían la cólera de su esposo y las murmuraciones del público, ni soñarlo.

Le ocurrió quedarse un tiempo en Paris, mientras el producto de la venta de sus joyas lo permitiese y entre tanto arbitrar algún medio, pensar en algo que la pusiese á flote, en medio de las olas borrascosas en que había caído, por puro descuido, por confianza en la honradez humana, por creer demasiado en la educación y bondad sociales.

No era para ella, según pensaba, el mayor de los males, después de haber recuperado el supremo bien de su vida, la libertad. Con estos pensamientos llegó al hotel, se instaló confortablemente y dió al bullicio, á la novedad del panorama, á la fascinadora seducción de Paris el cuidado de disipar las nubes que momentaneamente habían oscurecido su horizonte.

*
* * *

Al lado del departamento destinado á

Elena ocupaba otro una señora, de edad bastante avanzada, bien parecida, de modales finos y rica, según daban á entender su vestido, sus joyas y el lujo que ostentaba. En dos ó tres ocasiones, en que Elena se encontró con ella, se saludaron y trabaron relación. La desconocida manifestó sumo interés por la persona de Elena.

Pareció prendada de la bella condesa que, por su parte, en las circunstancias en que se hallaba, y llevada por el deseo de desahogar su alma, no desdeñó la conversación y el trato con aquella mujer bien dispuesta en su favor. Como suele acontecer entre mujeres, en la primera ocasión en que se encontraron solas, hablaron de todo y de todos, durante una hora ó dos, no se sabe cuantas, pues el tiempo no tiene limites, cuando dos mujeres sueltan la lengua.

A medida que hablaban, la desconocida se interesaba más y más por Elena y momentos hubo en que le tendió los brazos como si fuera una madre, una persona querida de familia, una protectora, una amiga íntima, de muchos años, desde la infancia.

La naturaleza angelical de Elena, su edu-

cación, su inocencia no le sugirieron ninguna idea contraria á las caricias exageradas de la desconocida y más bien la impulsaron á volcar en su corazón todo el



Habla, hija mia, dímelo todo. . . . (pág. 108)

relato de su vida pasada, cual si fuera su misma madre que volvía del otro mundo, en una conversación larga, minuciosa, impregnada de afecto, de sentimiento, de candor.

— Habla, hija mia; dímelo todo—y permíteme que te tutee. Considérame como á otra madre.

Desde el primer momento me has seducido con tu belleza, tus modales, tu conversación.

No eres francesa ¿es verdad?

— No señora: soy rusa y noble: casada y separada de mi esposo, por mi sola voluntad.

— Bien decía yo al verte. La nobleza asoma á tu hermosa cara. ¡Hija de mi alma! Y ¿porqué te has separado de tu esposo?

— Porque no podía sufrir su carácter. Cuestión de temperamento.

— Has hecho bien. El que no ha sabido apreciar un tesoro como tu, bien merece que se le deje en hora mala. ¿Qué necesidad tendrás de él?

— ¡Quién sabe! El contratiempo sufrido al llegar á París, me obligará á regresar pronto á mi ciudad natal, pero (agregó con cierta altivez) no á casa de mi esposo.

— ¿Contratiempo? ¿Qué te ha sucedido? Cuéntamelo. Si yo puedo, me ofrezco á repararlo.

— No señora. V. no deberá repararlo.

— ¿Cómo? ¿De qué se trata? Habla hija mía. Confía en mí, confía en tu madre. ¿No me has dicho que eres huérfana de madre? Pues yo voy á ocupar esa plaza que la muerte ha dejado vacante. ¿No tienes confianza en mí? Dime, pues, lo que te ha pasado.

—Lo que me ha pasado es muy sencillo y muy grave á la vez. Me han sustraído la balija en que había guardado todo el dinero para mis viajes y mi estadía en París.

— Pues ¡hombre! — exclamó la desconocida, soltando una sonora carcajada. ¿Y esto es materia de aflicción para tí? ¿Esto te va á impedir la permanencia en París y la continuación de tus viajes?

— Pues ¡señora! — continuó Elena, riéndose á su vez — ¿cómo podré yo vivir en París y viajar sin recursos?

— No te dé pena, hija mía. Estarás aquí en mi compañía y, si quieres viajar, vendrás conmigo. Yo estoy sola por el momento y deseo una compañera tan hermosa, tan educada, tan simpática y perfecta como tú ¿Quieres conocer la América del Sud? ¿Quieres venir conmigo á Buenos Aires, á la gran capital de la República Argentina?

— ¿La América del Sud, Buenos Aires, la República Argentina? Ganas tendría de conocer todo eso ¿pero cómo? ¿Qué haré yo tan lejos de mi país y sin recursos?

— ¿Pero no te he dicho, criatura, que yo pensaré en todo?

— No: no puedo aceptar.

— ¿Por qué?

— Porque no debo servir de carga tan pesada para una señora á quien apenas conozco de vista. Y además ¿qué haría yo en Buenos Aires?

— Nada. Me ayudarías como hija en mis quehaceres.

— No señora. No puedo aceptar. Si pudiera ganar con mi trabajo lo necesario para vivir bien, como estoy acostumbrada en mi familia, no sería difícil resolverme á ir; pero, en las condiciones que V. me propone, no podré nunca aceptar.

— Vamos. Tienes razón. Escúchame un momento y estoy segura de que ganaré el pleito. Yo tengo en Buenos Aires un gran negocio de sederías, en el cual empleo muchas jóvenes para el despacho. Las pago bien, porque el negocio da mucho. Su trabajo ~~consiste~~ ^{consiste} en atender la clientela. Poca cosa, como puedes suponer. Mi espo-

so está actualmente en Alemania, buscando muchachas para el negocio. Dentro de una semana estará aquí. Tu podrás servir de directora de las demás, atendida tu educación y tu bello carácter. El negocio tiene la firma social *Jacob Scheirer y Cia.*, nombre y apellido de mi esposo. Yo, de origen alemana, me llamo Margarita Niemen de Scheirer. Sobre mí pesa la casa comercial: yo la dirijo y la sostengo. Mi esposo viaja continuamente. Tu tendrás en mí la protectora, la guía, la madre que necesitas. Trabajarás poco ó nada y serás dueña y no sirvienta en mi negocio, cual conviene á una real moza como tú, y á tu aristocrático nacimiento. ¿Te conviene esto? ¿Estás convencida ahora del papel que vas á representar en la capital de la República Argentina? ¿Está esto en la corriente de tus gustos y de las circunstancias en que te encuentras? Yo haré todos los gastos, todos.

No debes pensar en nada, desde este momento. ¿Aceptas ahora? ¿Te conviene esto? Habla, hija mía; resuélvete.

—Es un paso muy aventurado. Sin embargo, esa perspectiva me seduce. Déjeme V. pensarlo. Le contestaré dentro de unos días.

— Sí, hijita. Piénselo bien. Tienes tiempo hasta la vuelta de mi esposo. Volverá dentro de ocho ó diez días. Mientras tanto, pídemelo todo el dinero que necesites.

— No señora. No necesito nada por ahora. Tengo joyas suficientes para vivir mucho tiempo en París.

— Pero no te deshagas de ellas. No hay necesidad de recurrir á casos tan extremos.

— Gracias, señora. Nada me hace falta por el momento.

El discurso tomó otro giro. Pero en la mente de Elena, estaba fija la idea del viaje á Buenos Aires. Y la trampa de Margarita Niemen estaba tan bien tendida, que la inocente Elena sólo podía evitarla por la intervención de una potencia superior protectora. Las circunstancias y el estado de ánimo de la descendiente de los Peteroff contribuían poderosamente á echarla en las profundidades del abismo.

*
* *

En los días que mediaron entre esta conversación y la llegada de Jacob Scheirer, la dama Margarita no dejó un sólo mo-

mento á Elena. Paseos, teatros, diversiones, comidas abundantes: todo contribuía á cautivar su alma, que muy pronto se entregó de lleno á las seducciones, á la voluntad, á los gustos de su protectora.

En los primeros días de diciembre, Jacob Scheirer volvió de Alemania. Era un viejo de setenta años, de maneras distinguidas. Traía consigo seis muchachas, de quince á veinte años, rubias, simpáticas, bellas, de aspecto tímido, hijas del pueblo, de escasa educación, con rastros recientes de sufrimiento y hasta de miseria, arrancadas quizás á las penurias de sus familias, bajo promesas halagüeñas de un porvenir de felicidad para ellas y los suyos, que quedaban en sus hogares, sumidos en la más profunda tristeza, al pensar en el largo viaje á que estaban destinadas y al azar de los acontecimientos.

Scheirer había hecho á los padres de las infelices jóvenes la más formal promesa de colocarlas en Buenos Aires en su negocio de sederías, cual si fueran sus mismas hijas y de devolverlas á sus hogares, si el nuevo género de vida, el trabajo y el clima de Buenos Aires no fuesen de su

agrado. Invocó hasta el nombre de Jehováh como testigo de su palabra, para corroborar las promesas hechas y el trato estipulado con los padres de las jóvenes, cuando entre lágrimas y suspiros, las miserables madres abrazaban por última vez, quizás, á las hijas de sus entrañas.

Margarita recibió en sus brazos á las seis jóvenes, afirmando que sería desde aquel momento la madre cariñosa de todas ellas y que nunca se arrepentirían de su nueva situación, siempre que la obedeciesen como hijas sumisas y educadas.

Jacob fué presentado á Elena. Admiró su belleza y felicitó á su esposa por la seductora conquista que indudablemente cooperaría al acrecentamiento y á la prosperidad de su negocio en Buenos Aires.

Pocas palabras bastaron para que Elena fuera totalmente cautivada y decidida para el largo viaje.

Fué fijado el 6 de diciembre para el embarque, en Marsella, de toda la comitiva, compuesta de los esposos Scheirer, las seis jóvenes alemanas y la condesa Elena.

Y, á fijarse en la alegría que iluminaba todos los rostros, nadie hubiera creído que

sobre la faz de la tierra hubiese gente más feliz que los próximos viajeros.

El día establecido, se embarcaron todos en un vapor que desde mucho tiempo hacía la carrera entre Marsella y Buenos Aires.



CAPÍTULO VIII

CUANDO la justicia hizo sellar la puerta de la agencia *Alfredo Miller y Cia.*, una ola humana se apiñó en la calle, hasta llegar á las esquinas inmediatas. Todos levantaban los puños, vociferaban, gritaban, blasfemaban.

Las palabras *ladrón, estafador, pillo, bandido*, sonaban en el ambiente con fragor de trueno.

Nadie sabía á ciencia cierta lo ocurrido, pero todos suponían la bancarrota de Miller y la pérdida de los capitales confiados á la agencia. Lo diarios de la tarde, que eran arrebatados con furia febril, se ocuparon en desentrañar el misterio. Según ellos, el agente Miller, que había gozado

de la confianza universal, era falsificador y circulador de moneda falsa; ladrón de todas las sumas depositadas en la agencia á rédito y de las que debían ser enviadas á Europa, por cuenta de los operarios, que habían creído en la honorabilidad del agente; estafador matriculado, verdadero salteador de caminos. Era una montaña desplomada sobre *Alfredo Miller y Cía.*, un cúmulo inmenso de acusaciones muy graves, de delitos capaces de aplastar á un titán.

Y ese *Alfredo Miller* era Ernesto Walmiki, el pobre Ernesto, bueno, educado, condescendiente y miembro de una familia noble y honrada.

*
* *

Entre tanto, el verdadero autor del robo, de la estafa y de la falsificación, *Jean Mentier*, había fugado, después de haber convertido en oro todos los valores cotizables y los papeles falsos que pudo hacer circular, y de haber enviado á su familia ó llevado consigo toda la cantidad que estuvo al alcance de su mano. El resto de los papeles falsos, que no pudo poner en circulación, había sido depositado por él en la caja social, como parte de ganancias de Er-

nesto, custodiado por éste con tanto cuidado, como si fuera real y verdaderamente moneda legítima y tesoro efectivo para asegurar su porvenir y la felicidad de su familia.

Cuando la justicia abrió la caja de fierro, encontró ciento cincuenta mil pesos de moneda nacional, en billetes falsificados.

De esta cantidad pudo deducirse el monto de la falsificación, que probablemente pasaría de un millón de pesos. Como el trabajo estaba habilmente llevado á la perfección, Mentier pudo con todo descaro hacer circular los billetes en la bolsa, en los bancos y en el público. Cuando se notó la falsificación era demasiado tarde. El pájaro había volado.

*
* *

Los tres socios misteriosos, cuyo nombre no pudo nunca conocer el titulado *Adolfo Miller*, ó sea Ernesto Walmiki, habían instalado su taller de falsificación de moneda en una casa perdida entre las huertas de Barracas al Sud, bajo la única dirección de Mentier. Como el negocio prosperaba y la parte de ganancias era re-

ligiosamente entregada á cada uno de los socios, el asunto quedó en el mayor secreto. Pero, al hacer balance, los socios notaron un desfalco importante y Mentier se comprometió á repararlo dentro de pocos días.

En vez de cumplir su palabra, cosa que le daba siempre náuseas, recogió el resto de los fondos de la agencia, echó la responsabilidad á Ernesto y desapareció. Uno de los socios, picado por la conducta desleal de Mentier, denunció la falsificación, indicando la agencia *Miller*, como el foco de las operaciones tenebrosas. Por indicios seguros, la policía cayó inopinadamente sobre Ernesto, como autor del delito.

El paso dado contra Mentier, era sin embargo muy peligroso para el denunciante quien al darse cuenta del error, se escondió en la sombra, después de haber borrado todo rastro del taller que había servido para la falsificación.

Quedaba *Alfredo Miller*, como único autor de la falsificación y lo que era más grave todavía, con 150.000 pesos de moneda falsa en la caja de la agencia dirigida por él.

..
*
* *
..

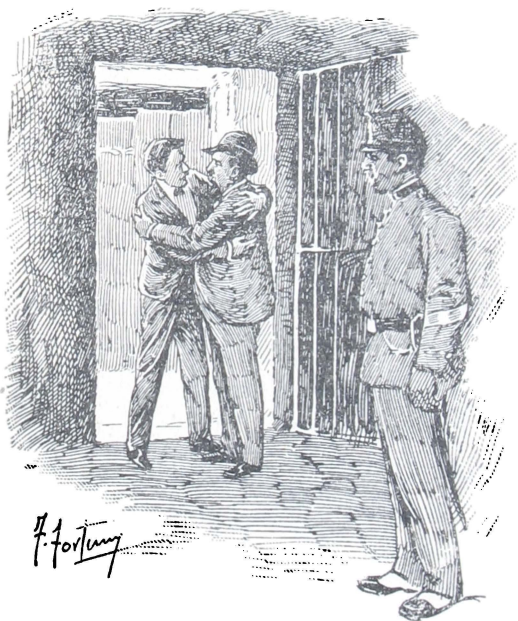
En medio de tanta perversidad humana, hay, sin embargo, hombres que protegen al inocente con desprendimientos que son timbre de honor, digno de perpetua alabanza. En la angustiosa situación en que se hallaba, Ernesto se acordó de don Bonifacio Antera. Le escribió una carta llena de sentimiento, que llevaba manchas de lágrimas caídas en el papel, por la angustia que le tenía afligido y atribulado. D. Bonifacio voló á la carcel y se hizo introducir en la pieza que la policía había destinado á Ernesto, mientras se levantara el sumario, en el cual intervenía directamente el juez del crimen. El encuentro fué sumamente cordial.

— Hola — gritó don Bonifacio, con la expansión criolla, muy rara ya, de nuestros estancieros acaudalados, bondadosa y jovial. Ya está V. entre rejas. Me lo había imaginado.

Y ¿dónde está su compañero? ¡El gran pillo! Yo sé todo, amigo. Le acusan á V. de estafador, falsificador de papel moneda, que se yo... la mar. Pero no tenga V. cui-

dato. Yo voy á desenredar la madeja. Ya buscaremos á Mentier, que es el causante de todo. No se aflija V. Todo se arreglará.

Ernesto, muy conmovido, sentía que las



El encuentro fué sumamente cordial (pág. 120)

lágrimas asomaban y que iba á prorrumpir en llanto.

Don Bonifacio lo notó y, antes que esto sucediese :

— ¡Qué! ¿Va á llorar V?.. Pues, ¡amigo!

Solo á los niños y á las mujeres se permite llorar.

Déjese de bromas. Espere V. un momento. Ya vuelvo. Hasta luego. Voy á hablar con el jefe, con el juez, con el diablo... Pero bajo una condición: que V. inmediatamente se ponga alegre. No faltaba más. ¡Llorar !... Pues ¡ amigo !... Ya vuelvo...

..* * *

Para Ernesto fué un consuelo. Tenía ya un protector que buscaría el cabo de la madeja. Y don Bonifacio no era hombre para dormirse. Activo, servicial, convencidísimo de la inocencia de Ernesto y de la trampa en que le habia echado intencionalmente, con refinada malicia, su socio y capitalista, el ya famoso Mentier, que tan desagradable impresión produjera á todos y especialmente á él, al señor Antera, durante el viaje de Marsella á Buenos Aires, no descansaría, no daría reposo á su espíritu, no comería pan á manteles, según la frase consagrada, antes de poner en claro el asunto de la agencia y de su protegido Ernesto Walmiki, ó de Alfredo Miller, con cuyo nombre le conocía él.

Amigo del jefe de policía desde luengos años, quien le tenía en el concepto de lo más honorable del país y relacionado estrechamente con el juez del crimen, don Bonifacio hizo su exposición, sin ser llamado ni solicitado.

— Ese joven, señor, decía al jefe de policía, ha caído en una trampa: es un mozo *muy bien*. Me consta, por haber viajado junto con él desde Marsella. El único responsable, el gran pillastre, es Jean Mentier. Me consta también. Y sino, pregunte V. á todo el comercio de Buenos Aires, á los corredores de bolsa, á los agentes de negocios, quién ha manejado los asuntos de la agencia, quién ha comprado y vendido papeles, oro, acciones; quién ha recibido y expedido dinero á Europa, ha hecho giros, ha cobrado, ha pagado, ha jugado... la mar.

Aquí todos nos conocemos. Busquen á Mentier. El es el único culpable. Se lo *garanto* yo. El es el falsificador, el embustero, el ladrón, el estafador.

Este mismo lenguaje tuvo con el juez. Ni uno ni otro, ni el jefe ni el juez extrañaron la actitud y la locuacidad descomunal de don Bonifacio. Conocían su co-

razón de oro, su acrisolada y rarísima honradez, su desprendimiento y filantropía, á la par que apreciaban su empeño sin límites por el inocente y el desvalido, á quien no dejaba nunca, antes de haberle proporcionado libertad y medios de vida.

El juicio de don Bonifacio sobre Ernesto fué confirmado en todas sus partes por los numerosos testigos que, estimulados por D. Bonifacio, se presentaron espontáneamente á defender á su protegido. Resultaba de las amplias informaciones que obraban en poder del juez, que *Adolfo Miller* había sido un muñeco en manos de Mentier, quien se había servido de él como de cabeza de turco para sus tiros hábiles y certeros: que si bien la agencia estaba á nombre de Miller, nunca se le habían permitido operaciones comerciales, que eran llevadas á cabo directamente por Jean Mentier; que los bancos, las casas comerciales, los corredores de bolsa no conocían á Miller sino á Mentier y que los documentos firmados por aquél, por insinuación de éste, habían sido cobrados, pagados y chancelados por Jean Mentier; que Miller firmaba casi siempre en barbecho los documentos comerciales que habían sido tramitados por

Mentier ; que nunca se le había visto fuera de la agencia tratar de negocios y que era solamente una especie de guardián de la casa, de mayordomo sin voluntad propia y sin ingerencia en los asuntos comerciales.

*
* *

La evidente inocencia de Ernesto le valió la libertad alcanzada á fines de diciembre y todos los rigores de la justicia, todas las investigaciones y pesquisas se dirigieron contra Jean Mentier y sus socios.

El héroe de la jornada había sido don Bonifacio. Cuando vió á su pupilo fuera de la prisión, limpio en su honor y fama, como un armiño, don Bonifacio parecía otro hombre. Sudaba alegría por todos los poros. Celebró el acontecimiento con una *carne con cuero* en las proximidades de Buenos Aires, y ofreció á Ernesto todo lo que le hiciese falta.

Salido de la prisión como Job, pobre y sin esperanzas de próximos recursos, Ernesto aceptó un puesto de tenedor de libros en una *barraca*, que le proporcionó la inagotable bondad de su protector, uno de

los más desprendidos, bondadosos y honrados hombres del país.

En ese puesto, tranquilo, aunque de escasos recursos, Ernesto notó un cambio radical en su carácter.

No podía con sus nervios. Se le rebelaban. Era acometido por accesos de cólera que lo habrían comprometido más de una vez, si no hubiera apelado á su educación y á la reflexión, con una firmeza rara en jóvenes de su edad.

Esa enfermedad nerviosa, —pues era real y verdaderamente una enfermedad, —procedía de los últimos contratiempos sufridos, del desengaño en que le dejara la falsa, hipócrita, malvada conducta de Mentier, quien le había echado en la miseria, en el barro, en la deshonra.

Culto, noble, educado, nunca hubiera creído en tan negra conducta, nunca hubiera soñado en un amigo tan cínicamente malvado.

Y ahora abría los ojos, demasiado tarde ya, cuando había sido destruido su dorado ensueño de felicidad, cuando todo el porvenir se le derrumbaba, como castillo de naipes. Y en el derrumbamiento, veía el tiempo perdido, la severa figura de su an-

ciano padre, los inocentes y acariciadores rostros de sus hermanas que le tendían los brazos, que le esperaban y, encima de todo ese cuadro del hogar, la bella y seductora figura de Elena, que le miraba lánguida y cariñosamente, como en los momentos del idilio, caída ya, y quizás muerta, bajo el cuchillo de la fanática Ida!...

— ¡ Miserable ! — gritaba, golpeando el suelo con el pie derecho — cuando estos vivaces pensamientos le estimulaban y agriaban el espíritu. El tiene la culpa. ¡ Quién sabe ! Todavía hay sol en las bardas. Soy jóven aún. Solo las montañas no se encuentran.

Y calmaba su excitación nerviosa mediante largos paseos, hasta caer extenuado de cansancio y fatiga.

..

CAPÍTULO IX

..

HAY en Buenos Aires una clase especial de individuos á quienes se designa con el nombre de *Tenebrosos*. — Descienden, en buen número, de antiguas familias de Sem, que tanta parte han tenido en la evolución de los destinos humanos. Sus costumbres no son muy diferentes de las muy conocidas de Abraham con su mujer Sara, ante los reyes Abimelech y Faraon; de Loth ante el fulgor de las llamas de Sodoma, que ardía al soplo de la cólera de Jehováh; de Isaac con su bella mujer Rebeca; del padre de Judah con Tamar, viuda de sus dos hijos. El tiempo, en vez de suavizar esas costumbres y de alisar esas asperezas, me-

diante el esmeril de la civilización y de dos mil años de roce con la moral y la cultura de las naciones, que han tomado formas cada vez más humanas y dignas de nuestra especie, ha aumentado la depresión de su dignidad y la depresión de su conciencia.

La conducta de los *Tenebrosos* ha bajado lentamente hasta el último peldaño del vicio, confundiendo la naturaleza del hombre con la del bruto y rebajando la razón, que es el distintivo de nuestra especie, al grado de los sentidos y del instinto, que guían los actos del género de que el hombre forma parte y en que ocupa su puesto privilegiado de rey de la creación.

*
* *

Los *Tenebrosos* no tienen culto por la mujer, esa bella mitad del género humano. No sienten desprenderse ningún perfume de las hermosas palabras *madre, esposa, hija, hermana*. No ven en la mujer ese algo etéreo que la rodea como nimbo esplendoroso y brilla en lo *eterno femenino*, ese *algo* que la religión cristiana ha encarnado en la madre de Jesús, tierna, pudorosa, cari-

ñosa, perpetuamente bella en la gloria de su esplendor, madre de los afligidos, protectora del desvalido, astro que irradia el altar donde el corazón humano deposita las ofrendas de sus cálidos afectos, el homenaje de sus más tiernos sentimientos. No ven en la mujer el heroísmo desinteresado de la madre y de la esposa, el cariño inocente de la hija y de la hermana, en quienes desborda la ternura, en cuyo corazón hierve el amor por sus padres, esposos, hijos, hermanos.

No.

Para esos degenerados, la mujer es artículo comercial, que debe producirles el dinero reclamado por el sustento y hasta por el lujo, exprimiendo el placer hasta de su dolor; es la víctima del capricho, de las tendencias viciosas del hombre, siempre dispuesta á sacrificar su pudor, á derramar gozo y placer en el alma, desgastada por el roce del vicio, de su dueño, de su amo, de su verdugo. Para ellos todas las mujeres han de ser la continuación de Sara y Tamar: la continuación reglamentada, ordenada, prevista en sus más insignificantes detalles.

*
* *

Los *Tenebrosos* tienen su club, su café, su templo. Tienen sus jueces, para arreglar las diferencias que suelen surgir entre ellos, no por asuntos de honor ni de patriotismo, desde que el honor y la patria están sepultados bajo la losa del vicio, sino por las miserias que les inspiran el instinto y los pinchazos de la carne.

Aislados en medio de una sociedad culta, civilizada, cosmopolita, forman una tribu en la nación, con sus leyes, diversiones, costumbres, religión. Su trabajo ¡ay! se se reduce á la depravación de inocentes criaturas y al engaño de jóvenes de corta edad y de mujeres en quienes bulle el pudor: al engaño mediante la hipocresía, la mentira, la seducción, el brillo del oro, la ostentación del lujo. Dedicados á la trata de blancas, á quienes venden ó compran, explotan y embrutecen, viajan por lejanos países, abren agencias en las ciudades populosas de Europa y envían emisarios para ese tráfico indigno, baldón de la moderna cultura, estigma de la civilización y del progreso humano.

*
* *

El lector comprenderá, sin muchos esfuerzos, que los esposos Scheirer eran agentes de ese gremio y se estremecerá al considerar en qué manos habían caído la hermosa y tierna condesa Elena Petroff y las seis inocentes jóvenes, arrancadas á las caricias de sus madres con la perfidia y la promesa de un porvenir sembrado de rosas.

Pero, si nosotros conocemos ya la naturaleza de *Monsieur* Jacob Scheirer y de *Madame*, su digna consorte, nada sospechaban de ella las jóvenes caídas en sus garras. Todas tenían desgraciadamente un concepto elevado y digno de aquel rechazo de la cultura humana. Creían que la Providencia, encarnada en la señora Margarita y en el señor Jacob, se había ofrecido á sus pasos errantes é inciertos, para enderezarlos hacia el norte de sus aspiraciones, hacia el templo de la felicidad soñada en la fiebre de los deseos juveniles.

Desde los primeros días de navegación, Elena y sus acompañantes notaron, sin embargo, un cambio en la dulzura forzada

de la señora y cierto ceño, un tantico adusto, en el padre Jacob. Pero ¡es claro! Todas pensaron en que las fatigas del viaje, las desazones sufridas, el sacudimiento que les infligía el indomable furor de las ondas, en las exigencias de una edad que había alcanzado los primeros crepúsculos de su noche eterna, fueran causa suficiente para enturbiar las alegrías de sus amables protectores.

*
* *

El vapor, entre tanto, surcaba el océano en dirección al poniente. De cuando en cuando, manchas verdes se dibujaban en la vasta, inconmensurable región de las ondas, que el padre Jacob iba mostrando á sus ahijadas y designando con nombres geográficos, desconocidos para ellas. Los rayos del sol bajaban perpendicularmente en la cubierta de la nave y, calentaban el ambiente con bochorno de verano que se anunciaba en el esplendor del cielo y las suaves brisas que jugueteaban entre los bucles rubios de las cautivas. Y Buenos Aires sonaba á sus oídos como la tierra de promisión, como la última etapa del

espinoso camino de la vida, como la meta de los deseos vistos en sueños, entre una lluvia de polvo de oro y una nube de pétalos de rosas.

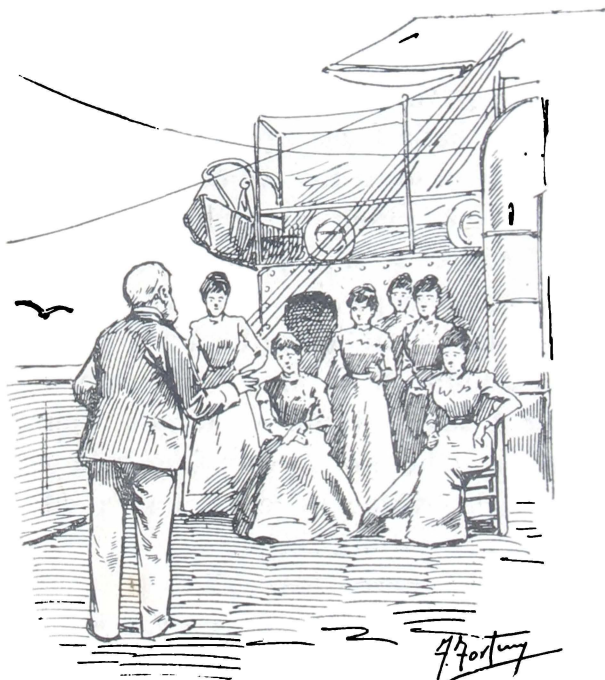
Pero, estos mirajes fueron enturbiados por la voz grave y reposada del viejo semita.

*
* *

Una noche, apoyadas en la borda de la nave, las cautivas aspiraban las frescas brisas del mar y se deleitaban en mirar el brillo de los peces que saltaban sobre las ondas. El anciano Jacob se determinó á darles las instrucciones que convenían á sus planes, sobre las costumbres y los habitantes de Buenos Aires.

— Ha llegado el momento, hijas mías, que conozcais el país á que nos dirigimos, decía el semita, en lengua alemana, conocida por Elena también, y en tono suave y persuasivo. Buenos Aires, en que tengo reservado á todas ustedes el destino más feliz que puedan apetecer jóvenes de su edad, es una ciudad singular y les conviene, antes de desembarcar en ella, que conozcan los pormenores que más directamente puedan afectarlas. Receptáculo abigarrado

de ochocientas mil almas, sus pobladores han acudido á ella desde los puntos más remotos de la tierra. Las naciones europeas, asiáticas, africanas, americanas, han



Ha llegado el momento, hijas mías... (pág. 134)

volcado en la nueva Babilonia argentina todo linaje de elementos. Trabajadores asiduos y haraganes de oficio, comerciantes honorables y ladrones matriculados, nobles y plebeyos, la más refinada aristocracia y

la más burda hez de la sociedad, hombres cultos y asesinos de profesión, han caído en Buenos Aires, confusa y desordenadamente, todos los años, todos los meses, todas las semanas y casi diría todos los días.

. Ustedes pueden comprender en qué condición se hallan las gentes de bien, las personas honradas, los comerciantes é industriales que piden al trabajo el cambio de su fortuna y una justa retribución á los capitales empleados en sus negocios.

La población indígena, los hijos del país, no han tenido el tiempo suficiente para, asimilar á sus costumbres tantos elementos varios y heterogéneos. Ello está solamente en la evolución lenta de la educación y de la cultura social.

Como yo conozco los peligros á que se exponen los recién llegados á la República Argentina, he adoptado todas las precauciones aconsejadas por la prudencia.

— ¿Pero no hay policía en Buenos Aires, ciudad tan populosa como V. acaba de decir? — se atrevió á observar Elena.

— Sí, la hay — hija mía — siguió el semita Jacob — pero no siempre la policía, por diligente que sea, puede prever los

delitos y las agresiones de toda clase que se cometen contra los pacíficos habitantes, ni siempre puede dar con los pícaros de que está cuajada la ciudad. Hay tantos individuos entregados á la rapiña, al asesinato, á las infernales maquinaciones de todo género, que constituyen sociedades secretas terribles.

A estas últimas palabras Elena se estremeció, recordando las sociedades de su patria.

-- Pero no es como para asustarse, continuó Jacob, al notar el estremecimiento de Elena. En nuestra casa de negocio nunca ha sucedido nada, durante una larga serie de años, y en el domicilio particular, donde ustedes se alojarán, se han adoptado medidas particulares que las pondrán á cubierto de toda asechanza.

Ante todo, las ventanas tienen rejas de fierro y persianas siempre cerradas, para que nadie se dé cuenta de lo que pasa en la casa. La puerta de entrada es muy segura y en el fondo del zaguán hay un portón de fierro, de sólidos barrotes, además de una puerta cancel con cristales opacos que no permiten la investigación de los curiosos y garantizan de todo atropello de los pícaros y ladrones.

He adoptado, además, para todas las jóvenes que trabajan en mi negocio y que por primera vez llegan á Buenos Aires, la costumbre de hacer registrar sus nombres y apellidos en la policía y hasta de dejar sus retratos en los *albums* de la misma, á fin de que reciban, en los casos remotos, aunque sumamente difíciles, casi diré imposibles, de algún contratiempo, el auxilio directo de todas las autoridades policiales, en cuyos registros figuren declaraciones de mis empleadas, en que prometan cumplir con las leyes del país y seguir vida pacífica y arreglada á sus disposiciones.

— Es singular — interrumpió Elena — que en una república tan libre, culta y civilizada, deban adoptarse tantas precauciones, cual si sus habitantes fueran bandoleiros ó forajidos.

— Nunca las precauciones están de más, continuaron en coro Jacob y su digna consorte Margarita, que hasta aquel momento había escuchado en silencio el insidioso sermón de su marido. Por otra parte, continuó Jacob, yo he contraído compromiso con estas jovencitas, de velar constantemente por sus vidas y su porvenir. ¿Qué dirían sus padres, y en especial sus

mamás, si yo permitiera, por simple descuido, algún atropello á sus personas?

*
* *

En el largo sermón anterior, el viejo semita había preparado admirablemente el terreno para llegar á la consecución de sus designios y la voluntad de las cautivas estaba totalmente entregada á las arterias que pensaba poner por obra.

Y ¡cosa singular! Elena que había roto los vínculos matrimoniales, para librarse de la servidumbre y del dominio del esposo, volvía ahora á la sumisión y obediencia pasiva, que había sido habitual en ella, durante su permanencia en la familia y en el palacio de Severaïne, acatando todas las decisiones de Jacob, sus consejos, sus instrucciones, la manera particular de vivir y permanecer en Buenos Aires y la adaptación á las costumbres inventadas por el semita, para plegarla á la vida que había destinado á ella y á sus compañeras de cautividad!...

Ello está en la naturaleza humana, que se inclina siempre hacia las primeras costumbres bebidas en la leche materna; que

sigue el carácter formado por la educación y el culto á la moral; que se dirige al fin de la vida trazado por la palabra y los actos de los padres, los maestros y las personas adictas á la instrucción y educación de la juventud.

Así, pues, volvía Elena á manifestar su primitiva naturaleza tierna y dulce, después de la violenta resolución de abandonar la casa conyugal, á consecuencia de pasiones largo tiempo contenidas y de recia presión en su libertad y carácter, que estallaron violentamente, en un momento de exaltación y arranque juvenil.

*
* *

El día 29 de diciembre, el transatlántico arribó al puerto de Buenos Aires. Los esposos Scheirer y sus cautivas se apresuraron á desembarcar y fueron llevados, en tres coches, á la casa tan bien descrita por el viejo semita, situada en una de las calles centrales de la ciudad de Buenos Aires.

CAPÍTULO X

LA situación de Ernesto no era de las más desahogadas, pero le permitía vivir con cierta decencia y hasta le daba para diversiones. Su ocupación en la *barraca* duraba pocas horas vespertinas y le dejaba libres la mañana y la noche. Solo, soltero, joven de conducta ordenada y costumbres irreprochables, no sentía las penurias constantes de los que gastan en un día todo el sueldo del mes y quedan perpetuamente en descubierto. Esta vida sencilla le permitió alquilar un pequeño departamento, en una casa un tanto retirada del centro, alhajarla con decencia y pasar horas tranquilas, sino felices, después de tantos vaivenes que le

habían sacudido todas las fibras de su organismo.

Contribuía á su distracción de los contratiempos la compañía de los varios empleados de la misma casa comercial, quienes vivían en una perpetua algazara, estimulados por la juventud y los mil chismes y anécdotas que volaban de boca en boca, durante el trabajo y en las horas de descanso. Ernesto tomaba parte en la alegría general; pero, al recuerdo de su familia y de la negra ingratitud de Mentier, se reconcentraba bruscamente y estallaba en cólera apenas contenida por un esfuerzo de que él sólo era capaz. La enfermedad nerviosa no le abandonaba: se le presentaba, cuando menos creía, contra su voluntad, repentinamente, con la misma instantaneidad del pensamiento que cambiaba de un momento á otro su rostro jovial en rasgos de locura, el color natural en blanco pálido: sus ojos se extraviaban: era otro. Pero esto duraba pocos minutos, pues al cambiar sus ideas, al suceder un pensamiento risueño á otro triste, la transformación era completa; el Ernesto colérico y temible, se volvía el Ernesto suave, culto, tierno, apasionado, de los mejores tiem-

pos de su vida. Estas alternativas llamaron pronto la atención de sus compañeros de labor; pero, cuando Ernesto confesó que padecía de una enfermedad que él no podía dominar, no pusieron mayor atención en ellas y evitaron contrariarle en los momentos de crisis, para no acrecentar sus sufrimientos.

*
* *

En una de esas expansiones juveniles de la comitiva de Ernesto, se habló de la vuelta de *Madame* y de su esposo Jacob. Por referencias de personas que habían presenciado el desembarque, los dos esposos, conocidos de buena parte de la juventud bonaerense, traían de Rusia, de Austria, de Alemania, de Polonia, no se sabía de donde, pero seguramente de Europa, un lote de reales mozas que—según la expresión hiperbólica del narrador del cuento—*habían anublado el sol*, al tocar tierra argentina. Agregábase que era un lote immaculado, blanco como el armiño, de ojos azulés, tez de rosa, bucles de oro y que dominaba sobre él, como reina y soberana, una hermosa y noble rusa que había aban-

donado á su patria, por el deseo de ver nuevas tierras y nuevos mares.

— Y nuevos hombres — añadió uno de la comitiva.

— ¡Quién sabe! respondió melancólicamente otro, de más edad y más grave en sus apreciaciones. Esas infelices son traídas á nuestro país, por el arte diabólico de los *Tenebrosos*. ¡Cuántas lágrimas cuesta á esas jóvenes la negra traición de los bárbaros que las arrancan á sus padres!...

— Estás enternecidos y filósofo, amigo mío.

— Hablo seriamente. He visto en los hospitales de la ciudad á jóvenes consumidas por la anemia y la tisis, después de uno ó dos años de vida bonaerense, impuéstales por esos verdugos, con saña cruel. Y esas jóvenes traídas de Europa, al desembarcar en nuestro puerto, vendían salud, eran robustas, sanas, rosadas, hermosas. Hay crueldades que no tienen nombre. Los que viven del tráfico indigno, usan de todos los medios para exprimir de la vida juvenil de esas desgraciadas é inocentes criaturas todo el lucro y el placer posibles, convirtiendo sus lágrimas y sufrimientos en dinero. Ellos viven, por

el contrario, holgada y hasta ostentosamente, sin remordimiento de conciencia, sin que un solo rasgo de la cara anuncie la existencia de alma y de corazón en sus cuerpos corroidos por el vicio y la inmoralidad.

— Todo eso está muy bueno; pero, como nosotros no tenemos la culpa de tanta iniquidad, no puede alcanzarnos el remordimiento que los *Tenebrosos* sacuden con toda frescura de sus conciencias.

*
* *

Al relato de este episodio de la vida social bonaerense, Ernesto sintió que los nervios se le rebelaban. La noticia de que venían de Rusia tantas jóvenes engañadas y de que había entre ellas una reina de la belleza, le produjo profunda impresión, no porque creyera que hubiesen venido personas de sus relaciones, que eran todas de la mayor nobleza, sino por cierto sentimiento de patriotismo, herido en su honor, en su moral, por individuos de la más baja clase, que la sociedad rechaza y condena. Terminado el amago de crisis, tomó parte en la conversación.

— ¿Y no podríamos ver á esas cautivas?—preguntó al narrador del desembarque.

— Seguramente. *Madame* ha anunciado que toda la mercadería flamante será es- puesta en el salón, por primera vez, la noche de primero de año, pues quiere es- tñenarla de un modo deslumbrador. Si usted se interesa en conocer á sus compatriotas, tendré sumo gústo en acompañarle.

— Convenido —respondió Ernesto.

— Nosotros también seremos de la par- tida — respondieron otros.

— Está bien — terminó Ernesto— acep- to la compañía de mis mejores amigos. Faltan apenas dos días para satisfacér la curiosidad y conocer *de visu* todas las ma- ravillas que se han contado, elevándolas al cubo.

— Usted verá — concluyó el narrador. Nunca habrá visto nada mejor y más des- lumbrante, en todos los días de su vida.

Hay en el fondo del alma humana una facultad desconocida que se manifiesta por el pensamiento y el anuncio de hechos fu-

turos. Sin saber por qué, poco ó mucho tiempo antes del hecho, del suceso, de la presencia de un individuo á quien nombra- mos, los prevemos, los vislumbramos, los sentimos llegar.

Desde el momento de la conversación anterior Ernesto sintió cierta pesadumbre inexplicable. Preveía un peligro que no acertaba á determinar, una desgracia vaga é indefinida, sin contornos, sin colorido especial, algo así como el derrumbamiento de su felicidad soñada ó de su porvenir acaricia- do entre chispas de luz.

Se sentía mal, sin acertar con el origen y la causa de su desazón.

— ¿Qué diablos tengo yo? — dijo en un arranque de angustia. Sin embargo, nunca he estado mejor en salud y posición social. ¡Bah! Estos nervios son capaces de volverme loco.

Y se esforzó por dar á sus pensamientos una dirección diferente, para evitar el daño que ocasionaban á su espíritu.

*
* *

En los días 30 y 31 de diciembre se dió el último toque á la indigna comedia.

Madame estaba encargada de hacer firmar á sus ahijadas la declaración de costumbre en la Municipalidad y poner en su punto las demás tramitaciones.

Como ignoraban el idioma en que habían declarado el oficio que desempeñarían en la casa de negocio de los esposos Scheirer, creyeron llevar á efecto lo que Jacob les había insinuado en el transatlántico. La única que podía haber comprendido la trama y el engaño, era Elena. Pero, cuando los hechos han de seguir su curso, todos los que intervienen en su realización, pierden hasta el sentido común que es prenda segura de la especie humana. Y así, en esa marcha veloz hacia el abismo, no tuvo ni un momento de reflexión, ni un átomo de juicio, para darse cuenta del camino que iba fatalmente á seguir, con toda la inocencia y tranquilidad de la víctima destinada al sacrificio.

La condesa Elena, descendiente de la aristocrática familia Peteroff, bajo nombre simulado figuraba en los registros municipales, como mujer entregada voluntariamente al vicio.

De dos modos podía calificarla injustamente la sociedad: como *adúltera*, por ha-

ber dejado la casa conyugal y como *mujer de vida airada*, por haberlo así declarado, bajo su firma, en los registros de la Asistencia Pública, destinados al efecto.

Y Elena era tan inocente y pura como la más pura y la más inocente de las mujeres.

*
* *

A pesar de que las ahijadas de *Madame* pedían conocer el negocio de sederías en que habían de trabajar, Jacob evitaba contestar categóricamente. La esposa tomó sobre sí la tarea de allanarlo todo.

— En estos días de fiestas de Navidad y principio de año, ninguna casa comercial trabaja en Buenos Aires. Es una costumbre del tiempo de los españoles.

— Es raro, contestó Elena. En las grandes ciudades europeas, son esperadas con ánsia estas fiestas para las compras, y las casas de negocio venden en pocos días lo que no alcanzan á vender en meses y quizás en años.

— ¿Quiéres hacer usos nuevos? replicó Margarita. Así se acostumbra en América y así hay que hacer. Por otra parte, conviene que todas vosotras conozcais á los

demás empleados de la casa y os divertais, después de tantos días de navegación y de aislamiento forzoso. El primero de año, en Buenos Aires, se celebra con tertulias y reuniones. He invitado á varios clientes y á todos los dependientes del negocio de sederías, para que paseis la noche agradablemente, en conversación con personas que contribuyen al progreso de la casa y nos ayudan á colocar bien la mercancía. Se improvisará un baile, se tomarán refrescos, se hará música...

No había qué objetar. Desde que la dueña del negocio quería hacer la felicidad de sus ahijadas, nada más natural que agradecerle las buenas disposiciones y ayudarla á conseguir el éxito de la fiesta.

*
* *

Había corrido la voz, entre la clientela del negocio de los Scheirer, que la exposición de las piezas de seda europeas, se llevaría á efecto á las 12 de la noche, del día primero de año. Era una exposición simple, con prohibición absoluta de tocar los artículos. Se permitía inspeccionar, llenarse la vista, extasiarse ante el espectáculo,

raro y nuevo, pero sin ajar las piezas con manoseos impertinentes.

Estaba bien al corriente de todo el narrador del desembarque, hiperbólico en sus juicios, amigo de diversiones y el primero en conocer las buenas y las malas noticias. Intimo de Ernesto á quien apreciaba muchísimo por su bellas y nobles prendas, á las 11 de la noche del día primero, fué á buscarle á su casa, con los demás amigos de la barraca, según lo acordado en días anteriores.

— Hola, Alfredo Miller — empezó desde la escalinata del domicilio de Ernesto— ¿duerme V.? ¡Abra hombre! Aquí estamos todos.

Ernesto abrió é hicieron irrupción en el aposento seis compañeros de trabajo, empleados de la misma casa comercial.

— Los esperaba, dijo Ernesto, y creía que se hubieran olvidado del asunto. Estaba por salir.

— ¿Olvidarnos? ¡Pues amigo! En una circunstancia tan especial como la presente ¿quién sería capaz de olvidarse? ¿Está V. listo?

— Sí, señor. Me falta tomar el revólver

y el sombrero. Aquí estoy á la disposición de ustedes.

Y salieron en dirección al negocio de los esposos Scheirer, donde llegaron á las 11 y media próximamente.

*
**

La noche era espléndida. En un cielo profundamente azul, los astros cantaban la gloria del Creador. Un sutil arco de luna resplandecía como nimbo, blanqueando apenas los extremos confines del poniente. De lejos llegaban los ecos de endechas improvisadas por sacerdotes de Baco, que celebraban el principio de año con abundantes libaciones de vino, que hervía en los vasos, despidiendo chispas de rubí. La alegría rebosaba en las calles, refrescadas por una brisa que había acariciado la superficie del Río de la Plata y traía en sus alas perfumes arrancados á las flores que besaba á su paso, alivio á los ardores del sol de enero, que caldeaba la atmósfera y la tierra, en sus días interminables. Todo contribuía á infundir en los ánimos juveniles, esos bríos particulares que estallan en sonoras carcajadas de júbilo.

*
* *

El salón de los Scheirer estaba lleno de conocidos que esperaban impacientes la presentación de las ahijadas de *Madame*, en medio de una algazara inusitada, en la cual se cruzaban expresiones no muy dignas de la cultura juvenil, pero perfectamente explicables y adaptadas al paraje y á las circunstancias. El que menos gozaba en aquel momento, era Ernesto. Sentía sus nervios estirados, próximos á estallar con estruendo, como cuerdas de contrabajo. La hora del espectáculo se apróximaba. Y un ligero rozar de enaguas, almidonadas y tiesas, por las alfombras, anunciaba el momento.

La puerta del salón, que comunicaba con los aposentos interiores, se abrió. Y radiante de belleza, envuelta en tules blancos, apareció Elena, como la diosa Venus al surgir de las ondas del mar, entre copos de blanca é inmaculada espuma. Detrás de ella, seguían las seis alemanas, hermosas, de rubias cabelleras, ojos azules, blancas, rosadas, espléndidas en la sencillez de sus atavios.

Un coro de voces llenas de admiración se elevó de la selecta y numerosa concurrencia, que se levantó para rendir homenaje á la belleza.

*
* *

En aquel mismo instante, Ernesto se abre paso entre sus compañeros y corre hacia Elena. Esta se para, abre los ojos estupefacta y rétrocede.

Los dos se miran un momento como petrificados, la vista extraviada, pálidos, temblorosos. Y suenan contemporaneamente dos nombres :

— ¡ Elena !

— ¡ Ernesto !

Elena quiere echarse en brazos de Ernesto. Este la detiene, la rechaza y en el colmo de la cólera, le grita, sacudiéndole el brazo derecho :

— ¿ Tú aquí ? ¿ Tú en esta casa ?

— ¿ Y qué ? ¿ Dónde estoy ?

— ¡ Desgraciada ! ¿ No sabes donde estás ?

— En casa de los comerciantes Schei-
rer. ¿ No es la casa de estos honestos comerciantes ?

— ¡ Desgraciada ! Estás en la casa del vicio, en una casa de perdición...

Un grito de angustia ahogó estas últimas palabras y Elena se apoyó abatida y consternada en el hombro de Ernesto.

Las demás jóvenes, caídas de rodillas, imploraban piedad, los brazos tendidos hacia los concurrentes, las manos juntas, y cálidas lágrimas surcaban sus mejillas. Fué un momento de estupor, de lástima, de confusión indescriptible.

*
* *

Ernesto, con la rápida intuición del engaño en que había caído su noble y adorada Elena, se yergue, con un brazo sostiene el cuerpo desfallecido de su antigua novia, con el otro, tendido hacia la esposa de Scheirer, empuña el revólver, y el pelo de punta, los ojos fuera de las órbitas, símbolo del dios de la cólera y de la venganza, bello en su furor olímpico, grita, amenazador y terrible :

— ¡ Infame ! ¡ Infame ! ¡ Infame ! ¿ Adónde has traído á mi prima ? ¿ Con qué arte has engañado á la más pura, á la más honrada, á la más noble de las mujeres ? Suéltala, infame. ¡ Eres indigna de besar la suela de

sus zapatos, tu, la más miserable de las mujeres !...

— Sálvame, Ernesto, exclamó Elena. He



— ¡ Infame ! ¡ Infame ! ¡ Infame ! (pág. 155)

sido engañada. Soy pura como el armiño.
Huyamos de esta casa maldita...

Los esposos Scheirer temblaban de có-

lera y de miedo. Veían escaparse la presa. Quisieron oponerse. Pero, ante el revólver de Ernesto, se amilanaron y retrocedieron. Este, rodeado de sus amigos, tomó del brazo á su antigua novia y salió de la casa del vicio, llena el alma de cólera contra los verdugos que habían intentado hundirla en el abismo.

*
* *

Y bajó el telón sobre el escenario maldito, ocultando á la vista pasmada de los concurrentes habituales á aquellas tertulias, las seis jóvenes alemanas, caídas en las uñas tenaces de los pérfidos gavilanes— los esposos Jacob y Margarita Scheirer — baldón de la especie humana, rechazo de la cultura y civilización de las naciones modernas.

CAPÍTULO XI

..

LAS grandes emociones son mudas. Las facultades intelectuales se detienen ante los sucesos repentinos y la sensibilidad entra en un estado de estupor que paraliza sus funciones. El pensamiento corre de una idea á otra, el juicio se extravía y las palabras no se presentan con nitidez y precisión para expresarlo con arreglo á la lógica. Es un momento típico semejante á la brusca detención de las ruedas de una máquina complicada, en el momento de su marcha regular.

Quando la reacción sobreviene, las facultades superiores é inferiores del espíritu compensan su detención con mayor

celeridad en su movimiento. Las ideas se acumulan, los sentimientos se atropellan, las palabras se precipitan, los juicios se aclaran y suceden con rapidez extraordinaria.

*
* *

Este fué el estado de ánimo de Ernesto y Elena al salir de la casa de Scheirer. Se sintieron en un mundo nuevo, caminando en silencio, sin darse cuenta exacta de la nueva posición que les habían creado las circunstancias y estupefactos por encontrarse en país extraño, tan lejano de su patria, sin combinación previa y en un paraje tan contrario á la educación, al nacimiento, á la posición social y á la cultura de Elena. Pero, llegados al domicilio de Ernesto y libres ya del estupor que les causara el encuentro, los antiguos novios recuperaron el pleno dominio de sus facultades. Elena cayó en un sillón y prorrumpió en llanto profuso, durante largo tiempo.

Ernesto asistía mudo á esta manifestación de dolor, necesaria al estado de ánimo de Elena.

Cuando hubo desahogado sus ansias y recuperado la calma necesaria, pudo expli-

car á Ernesto su extraña odisea á través del Atlántico, hasta caer en la trampa de los esposos Scheirer.

— ¡Qué desgracia y qué vergüenza! — dijo al fin.

— Efectivamente, continuó Ernesto. Pero no alcanzo á comprender por qué abandonaste la casa de tu esposo, la casa del conde que es tu misma casa y te aventuraste á un viaje tan arriesgado, en compañía de la hez de la sociedad.

— Por una razón muy sencilla, Ernesto.

Tú sabes que fuí casada contra toda mi voluntad con Severaïne; pero ignoras el odio profundo que ese hombre me inspiraba y el desprecio con que me trató, después que fuí á convivir con él.

— Lo cual no impidió que dieras tu consentimiento para unirte en matrimonio con el más aborrecido de los mortales.

— Y ¿qué más podía hacer?

¡Oh Ernesto! Tú no sabes en qué trance me colocó mi padre, cuando hubo resuelto mi casamiento con Severaïne.

-- Yo te indiqué la forma de evitar el sacrificio y tú obedeciste solamente á la voluntad del conde Peteroff.

— ¿Suicidarme? No, Ernesto. El suici-

dio es la más baja de las cobardías que no tiene ya ni el mérito de ser un rasgo distintivo de personas de la alta sociedad, ni el de probar rectitud de conciencia social y juicio equilibrado.

Se suicida la última escoria social por asuntos de ninguna importancia, ordinariamente por desequilibrios financieros; se suicidan malvados para huir el cuerpo á la justicia; se suicidan individuos que tienen afectadas las facultades intelectuales.

Es fácil dar fin en un momento á todas las penalidades de la vida con un tiro de revólver ó una elevada dosis de veneno; lo difícil es afrontarlas heroicamente y poner por obra todos los medios legítimos y morales para superarlos.

He aquí el mérito.

— Siempre que sea posible. Ya ves ahora los contratiempos que has padecido y que es necesario sobrellevar aún, á tanta distancia de nuestro país y en condiciones que no condicen con tu educación y la familia de que descienes.

— Todo eso es nada, Ernesto, comparado con las angustias que he sobrellevado durante el matrimonio aborrecido con Severaïne.

Soy libre y creo que la libertad vale todo eso y algo más.

— Pero, ¿porqué no te refugiaste en casa de tu padre; al abandonar el domicilio de tu esposo?

— No pude hacerlo, Ernesto. Mi padre, en sus frecuentes accesos de locura, no me reconocía ya y mi esposo reclamaba porfiadamente mi presencia en el domicilio conyugal. Estaba, pues, entre la espada y la pared. Tú conoces, además, el rigor de las leyes de nuestro país. Mi único recurso era huir, huir lejos, apartarme lo más posible de la casa maldita.

— ¡No haber estado yo á tu lado!

— Sí, Ernesto. Hubieras sido mi cerebro, mi guía, mi protector, especialmente en París.

— ¿Mucho tiempo demoraste en la capital de Francia?

— Poco. Mi desgracia fué haber perdido la valija en que llevaba todos mis valores y haber dado con Margarita Scheirer.

— ¡Infame mujer! — ¡Y más infame Jacob! — ¡Oh! Todavía no han recibido el castigo que merecen. ¿Y tú te confiaste á una mujer totalmente desconocida para tí?

— No creía que la sociedad fuera tan

diferente de la que se describe en los libros. ¡Es horrible! Hay mucha maldad en el mundo, al lado, naturalmente, de lo mucho bueno también. No faltan hombres que abusan de su poder y de sus fuerzas en perjuicio de pobres mujeres, sin experiencia del mundo y educadas en los puros principios de la moral. Las mujeres encenagadas en el vicio usan de todas sus malas artes para arrastrar al abismo á las inocentes y vivir de su ignorancia y hasta de su dolor.

Por doquiera se nota el afán de deprimir la honra ajena; tender redes, bajo la máscara de la hipocresía, á personas de bien; engañar, mortificar, causar pena al prójimo. Es una guerra constante al débil, al desprevenido, al inocente, al que carece de experiencia y trato con la sociedad.

¡Y luego la temeridad de los juicios humanos!

Estoy segura de que en la ciudad de nuestro nacimiento, he sido ya juzgada y condenada.

Una mujer que abandona el domicilio conyugal, pierde irremisiblemente su reputación. Casada con un hombre odioso, debe sufrir hasta la muerte la tortura que

el odio inflige á su pobre corazón. Nadie conoce íntimamente la intensidad del dolor de una mujer caída en las penas de ese infierno que sólo desaparecen al bajar sobre ella la losa del sepúlcro.

Tú también me habrás condenado.

Mi paso ha sido realmente extraordinario, pero me ha sido impuesto por la necesidad.

— No, Elena. Te he comprendido y te comprendo; te he admirado y te admiro, y, si en otro tiempo te he amado con pasión, hoy te venero como á diosa del martirio. Aleja de tí esas sospechas. No me confundas con los depravados.

— Gracias, Ernesto. Eres muy bueno. Mucho confío en tí, en estas horas de angustia.

— ¿Puedes dudarlo, Elena? Pero sigue narrándome cómo te decidiste á acompañar á los esposos Scheirer. Las seducciones habrán sido extremadas. ¡Me las figuro!

¿Tú misma solicitaste ser traída á este país?

— No, Ernesto. Ni pensaba en la República Argentina. Como estuviera sin recursos, por la pérdida de mi equipaje y yo hiciera comprender á esa bruja la condi-

ción en que había quedado, ella misma se ofreció á suministrarme todo lo que necesitara, hasta una ocupación en el negocio de sederías que dijo poseer en esta ciudad. Halagada por la perspectiva de poder ganarme el sustento sin recurrir á Severaine, acepté el ofrecimiento, lejos de descubrir ninguna falsía en la hipócrita conducta de aquella mujer.

Y luego Elena fué contando punto por punto lo que sucedió, desde el día del encuentro con Margarita, hasta el momento de la escena en la casa Scheirer; todo lo cual es ya conocido por nuestros lectores.

Al terminar, entre lágrimas que surcaban sus mejillas y profundos suspiros que interrumpían su relato, Ernesto conmovido:

— ¡Pobre Elena! exclamó. ¡Y gracias á la suerte que te ha colocado en mi camino!

— Hay una Providencia, Ernesto. En ella confío y en el alma bendita de mi madre, que ha de suavizar desde el otro mundo las penas de su hija.

— Y en mí — continuó Ernesto.

— Sí. En tí que eres la bondad en persona: tú serás mi hermano desde este momento.

— Sí, tu hermano: te trataré como á mi propia hermana Luisa, tu compañera de infancia.

Y acercando los labios á la frente de Elena, estampó en ella un tierno beso, que tenía todo el perfume del último beso que imprimió en la casta frente de su hermana, al dejar su casa paterna.

El recuerdo de Luisa Walmiki y de las horas de infancia pasadas en su casa, llenó de angustia el ya atribulado corazón de Elena, prorrumpiendo en profundos suspiros.

*
* *

La noche era tibia y serena. Sentados en el patio, por donde corría una ráfaga intermitente de aire fresco, Ernesto y Elena escuchaban en silencio el canto de varios transeuntes que se aproximaban á la puerta de su casa. El cielo, profundamente azul, iba lentamente perdiendo su intensidad. Eran los primeros albos de la mañana, los cuales ahuyentaban las estrellas, que tímidamente pestañeaban allá en la inmensidad del cielo, lanzando de cuando en cuando débiles reflejos de oro.

Elena miraba el fenómeno extasiada. Era la primera vez que veía surgir la mañana de las tinieblas de la noche.

— ¡Qué hermoso — exclamó — es el cie-



A. Fortuny

Y acercando los labios á la frente de Elena... (pág. 166)

lo de este país y qué bello espectáculo ofrece en este momento! ¡Si fuera cierto el refrán: *¡Cambio de cielo, cambio de fortuna!*...

— No desesperemos — contestó Ernesto. Lo más difícil ha pasado. La borrasca no

puede ser eterna. Hemos llegado en tiempo oportuno para evitar el naufragio. Ahora conviene armarse de coraje y caminar con precaución, sin dar un paso, antes de haber tanteado el terreno. El país en que vivimos, no es el que te insinuara el judío Jacob. Es uno de los mejores de América. Salidos á la orilla, sanos y salvos, después de una noche tan angustiada, tratemos de serenarnos y vivir tranquilos, hasta que nos sonrían tiempos mejores.

— ¿Crees tu que llegarán para mí esas horas de felicidad ?

— Así lo espero ; aunque es tan extraordinario lo que pasa, que más de una vez he sentido vacilar la base de mis creencias. Todo conspira contra nuestra voluntad, arrastrada por sucesos que es imposible prever y que, estando en medio de ellos, es muy difícil evitar ó dominar.

Los acontecimientos que te han traído á Buenos Aires ¿ han dependido de tu libre albedrío ?

— No quiero entrar en esas reflexiones, Ernesto. Yo no sé. Creo que hay una Providencia que guía nuestros pasos, y quiere hacernos sufrir para expiación de nuestros pecados.

No me hables nunca de eso, Ernesto. Tengo fe en un Dios que ha de salvarnos de esta situación penosa en que hemos caído.

Dios vela por los pájaros del aire, por la flor del campo, por los más humildes seres de la creación y ¿es posible, que abandone á los que ha redimido del pecado con el sacrificio de su vida en una cruz?

— Bueno, Elena. No quiero conmover la fe que bebiste en la leche materna.

Pero es horrible lo que pasa.

Óyeme bien.

Son muy contados los que se apiadan del desvalido; son muy pocos los que aman á su prójimo; son rarísimos los que hacen el bien por el bien.

La raza de Caín es muy extensa; los egoístas forman legión; los malvados se multiplican con la fecundidad de vibriones; los vividores, los viciosos, los malhechores acechan al hombre honrado, lo despojan, lo corrompen, lo asesinan. Y la mujer es la primera víctima de tanta podredumbre social.

No confíes nunca, créeme, Elena, no confíes en nadie, en nadie, porque el mundo

moderno es vicio, degeneración é infamia.

Ernesto pronunció estas palabras con una excitación tan profunda que alarmó á Elena, la cual exclamó :

— Hay de todo, Ernesto. Hay buenos y malos, virtuosos y viciosos. Lo que conviene, es seguir la virtud y perdonar el vicio. Nadie es perfecto en la tierra, nadie. Ernesto calló. Las palabras de Elena lo habían profundamente conmovido.

*
* *

El día asomaba en los lejanos confines del oriente. El cansancio, las emociones, los varios sentimientos encontrados habían fatigado el débil organismo de Elena, quien pidió permiso á Ernesto para buscar en el sueño el bálsamo que necesitaban las heridas de su espíritu, al mismo tiempo que la aurora iba tendiendo por el cielo una inmensa faja de púrpura.

CAPÍTULO XII

DON Eusebio Chiclana era doctor en derecho y ciencias sociales. Así lo declaraba un diploma de la facultad respectiva. Y era también abogado, á estar al letrado clavado en la puerta de su domicilio. Pero, nunca había hecho uso del título y una sola vez intentó la defensa de un pleito. El escrito presentado al juez contenía artículos de varios códigos: de comercio, de procedimientos, penal, civil y hasta de un proyecto presentado al congreso, pero no sancionado. Tratábase de una multa á un almacenero, por infracción de las ordenanzas municipales. El secretario del juzgado, amigo íntimo de Chiclana, le devolvió amistosamente

el escrito, advirtiéndole que así no podía figurar en el expediente, sin excitar la burla del abogado contrario. No se enfadó por esto, antes bien le dió las gracias por haberle evitado un mal rato.

Desde aquel momento, se convenció de su nulidad, sacó el letrero de la puerta y se dedicó al cuidado de su hacienda.

Este incidente le confirmó en la opinión, en él arraigada, de que el derecho no es una ciencia y que los pleitos se ganan por amistad con los jueces. El de la causa que intentara defender, era uno de sus enemigos personales y creyó que el secretario le había devuelto el escrito por sugestión del juez. Según él, los códigos, las leyes, los decretos, se aplican á los casos particulares, de acuerdo con las relaciones personales que los jueces cultivan con los litigantes.

*
* *

Don Eusebio reconocía y confesaba su falta de preparación. Hasta se asombraba de haber llegado á obtener su título de la facultad de derecho. Tenía sospechas de haberlo conseguido mediante la estrecha amistad de su hermano mayor con el de-

cano de la misma, negando la eficacia de los exámenes como base de la adjudicación de títulos. Y no sin razón. Recordaba no haber cursado ni estudios de segunda enseñanza ni jurisprudencia. No tenía ningún libro de estas materias. Los pocos que adquiriera, cuando era estudiante, se los había regalado á sus compañeros de años inferiores y los del último año de estudios habían servido de juguetes para su hijo único, cuando tenía siete ú ocho años.

Una cubierta del código civil y unas cuantas páginas de un texto de derecho romano, en el fondo de una biblioteca, sigilosamente escondidas á la vista de los curiosos tras cortinas verdes, atestiguaban lo que habían sido en tiempos lejanos y el papel que desempeñaran en la elevación de Don Eusebio á doctor en jurisprudencia.

Pero, ni el título ni el ejercicio de la profesión le hacían falta. Una crecida herencia de padres á hijos, desde los tiempos coloniales, le preservaba de las estrecheces de la pobreza y le producía ampliamente para mantener á su familia, en envidiables condiciones de decencia y hasta de lujo.

*
* *

Don Eusebio no era avaro, pero cuidaba con diligencia sus intereses ; no sabía nada de nada, pero hablaba de todo con una verbosidad que aturdiría ; no era fácil convencerle de ninguna verdad, por más clara que fuese, pero defendía sus opiniones con una terquedad que rayaba en lo inverosímil.

Cuatro pasiones absorbían su atención : la familia, la amistad de don Bonifacio Antera, quien — entre paréntesis — le llamaba, por su verbosidad y la fácil alteración de su apellido, el doctor *Chicana*, — el juego del ajedrez y los discursos.

La familia se componía de *misia* Dominga, su esposa, de proporciones colosales, de una bondad sin límites y cultura nada común, superior en inteligencia é instrucción á su doctoral esposo ; de una hija, cuya edad quedó siempre en el misterio, buena, bien educada y hacendosa, llamada Luisa — retrato fiel de su madre — y de un hijo de veintiun años, *fac simile* de don Eusebio en dotes intelectuales, pero de una perversidad concentrada que no había he-

redado de sus ascendientes, bondadosos y honestos, sino que le había sido inoculada por la hez de la sociedad, con la cual pasaba la mayor parte de su vida. Salvo este lunar, la familia Chiclana era modelo de cultura y honradez y era bienquista por la flor de la sociedad bonaerense. Pero este mismo lunar pasaba casi inadvertido, pues el joven Martín — que así se llamaba el *nene* — gastaba las noches en parajes poco frecuentados por la gente culta y educada y dormía durante todo el tiempo en que el sol ilumina la superficie de la tierra.

Por esta fotofobia, se le había aplicado el apodo de *murciélagos*, que le venía de perilla, por no decir como pedrada en ojo de boticario, pues éste, como ninguno, está obligado á conservar la vista.

El afecto que don Eusebio profesaba á don Bonifacio, estaba fundado en la proverbial bondad de éste y en la superioridad intelectual que aquél le reconocía. Nunca dió un paso don Eusebio, antes de pedir consejos á su amigo, el cual le guiaba con desinterés y cariño de hermano. Podía afirmarse que las familias de Chiclana y Antera formaban una sola, por las

íntimas relaciones establecidas entre ellas, desde tiempos muy remotos y cultivadas con verdadera pasión y empeño amistoso.

Y como don Bonifacio era jugador de ajedrez de mucha fuerza, había infundido á su amigo el amor por ese juego, después de muchos años de trabajo, pues don Eusebio era tan refractario al movimiento de las piezas, que le costó años para aprender su mecanismo, aunque nunca pudo llegar á comprenderlo del todo. El mejor día de su vida era aquel en que don Bonifacio jugaba intencionalmente mal, para que su amigo tuviese el júbilo de ganarle. ¡Hubiérase visto lo verboso que era don Eusebio, al referir á los miembros de su familia el triunfo conseguido sobre don Bonifacio! *Misia* Dominga guiñaba el ojo á Luisa y movía la cabeza con mal disimulada sonrisa de lástima, muy al cabo de la treta del adversario de su esposo, en un juego que aquél conocía con todas las reglas del arte y éste apenas comprendía en sus rudimentos.

— He ganado — decía don Eusebio, con voz de trueno — al mejor jugador de ajedrez que hoy come pan en la capital de la República Argentina. Desde hoy en ade-

lante se abstendrá de considerarme como una nulidad completa. Debe reconocerme esa habilidad, mal que le pese. Hoy el ajedrez es un medio seguro de alcanzar celebridad.



He ganado—decía don Eusebio..... (pág. 176)

No dirán nunca que soy abogado célebre, pero no está lejano el día en que la fama se digne colocarme en el número de los célebres jugadores de ajedrez. ¿Qué dices, Dominga ?

Su esposa se encogía de hombros y de-

jaba sin respuesta la pregunta, para no afeár la inocentada del Dr. *Chicana*.

* *
* *

La pasión por los discursos le había ocasionado ratos amargos. En cuanto empezaba á hablar, estallaba en su auditorio una mal disimulada hilaridad, sea por la incoherencia de sus ideas, sea por los errores de sintáxis, que dejaban constantemente las cláusulas sin concluir.

Un hecho memorable obligóle á olvidar definitivamente la manía de hablar en público.

Había fallecido un coronel de la nación muy vinculado con las principales familias de la capital.

Como los concurrentes á la inhumación no hicieran uso de la palabra, fué requerido para el caso el Dr. *Chicana*, presente al acto y con visible deseo de hablar.

No se hizo repetir la invitación: al instante se puso en actitud oratoria y empezó su discurso de la manera siguiente:

« Señores :

« Muchas, atrevidas y grandes hazañas
« cometió el difunto, cuando todavía era

« vivo, y ahora, como podeis averiguarlo
« con vuestros propios ojos, obligado á
« permanecer inmóvil por voluntad de la
« muerte, no cometerá mayores empresas
« en el mundo. »

« La tumba, señores, es un paraje donde
« reina soberano el silencio y con el si-
« lencio el perpétuo reposo de los inhu-
« mados. »

No le dejaron proseguir.

Los concurrentes al entierro, faltando al respeto debido á la piadosa ceremonia, soltaron la carcajada.

Don Eusebio se estremeció.

Corrido y humillado, juró que « desde
« aquel momento renunciaba á hablar en
« público, fuese cual fuese en adelante la
« necesidad que el pueblo sintiese de su
« oratoria ».

Y así fué en efecto.

Pero se desquitó con aumentar el volumen de sus conversaciones privadas que caían como un huracán sobre sus oyentes, obligados á escucharle en las reuniones familiares ó en pláticas referentes á asuntos de interés.

. . *
* *

Para completar el retrato de nuestro hombre, debemos agregarle un defecto físico que nunca había podido dominar, no obstante las continuas advertencias de *misia* Dominga. Era un pestañeo continuo que aumentaba en velocidad á medida que crecía el calor de la conversación. En los momentos de mayor verbosidad, don Eusebio apretaba los párpados por largo rato, como para compendiar ó hacer el resúmen de todos los pestañeos anteriores y seguía hablando á ojos cerrados.

*
* *

En las frecuentes visitas de la familia Chiclana á la de don Bonifacio, Ernesto había tenido ocasión de tratar y apreciar á *misia* Dominga y á Luisa y las tenía en concepto de lo más granado de la ciudad de Buenos Aires, en cuanto á honradez y bondad. El aprecio que de las mismas hacía la familia de don Bonifacio, era motivo suficiente para prodigarles admiración y confianza sin límites en sus prendas de carácter y trato social.

Fundado en tales antecedentes, cuando Ernesto hubo sacado de la casa del matrimonio Scheirer á su antigua novia Elena y oyó de ella la narración detallada de las varias circunstancias que la habían llevado por el falso camino, pensó en la familia Chiclana, como el más seguro y honrado refugio en que podia colocarla, hasta que tiempos más propicios le proporcionasen los medios de volver á su patria, para ocupar el puesto debido á su rango y á las condiciones sociales de Elena.

El cariñoso respeto que Ernesto tenía por ella, no le permitía alojarla en su domicilio. El mundo aprecia los hechos por el sentido de la vista. Joven y soltero no podía ni debía convivir con Elena, por mas que la declarara persona de su familia, una de sus primas y descendiente de los supuestos Miller. Como la escena del salón de los Scheirer había pasado entre conocidos, que se habían guardado de darle transcendencia, ni la familia de Antera ni la de Chiclana estaban en antecedentes respecto de Elena. Era fácil á Ernesto presentarla como prima, recién llegada de Europa y necesitada de colocarse en casa principal y honrada, para ganarse el sustento.

Esta determinación fué del agrado de Elena, quien se inclinó totalmente á los nobles y caballerosos propósitos de Ernesto que era para ella el único sostén, en tierra extranjera, sin recursos y abatida por la crueldad de las circunstancias.

— Yo tengo, decía Ernesto, más de lo necesario para mantenerte sin trabajar. Gano bastante. Pero, no te conviene ni vivir conmigo, ni establecerte sola.

— Es claro, Ernesto, es claro. Yo deseo colocarme en una familia como maestra de idiomas extranjeros, como institutriz en general y hasta como dama de compañía ó ama de llaves: lo que yo pueda hacer, como tú sabes.

— Sí: es lo que te conviene, al ménos por poco tiempo. Mis ahorros me pondrán en condición, dentro de unos meses, de volver á Rusia y entonces te llevaré como á reina, cual eres, de la bondad y la hermosura.

— Jamás, Ernesto. No volveré á mi tierra, mientras viva mi esposo. Cuando Dios le llame á rendir cuentas de la manera como me ha tratado, entonces, Ernesto, ya sabes: seremos los únicos herederos de la fortuna y del título del conde Peteroff.

Era éste el nuevo sueño acariciado entre chispas de luz: sueño que se revelaba á los dos juguetes de la sociedad como premio á sus sufrimientos, como aureola de gloria á su prolongado martirio, como puerto seguro, mirado desde alta mar, donde las olas se levantaban como montañas y amenazaban hundirlos en las profundidades del abismo.

Era para ellos la misma esperanza que, cual miraje, atrae la vida humana por senderos sembrados de espinas, cuyas punturas son apenas advertidas, ante el espectáculo de la grandiosa magnificencia de la meta, forjada por las exageraciones de la fantasía.

*
* *

Resuelto el punto en la única forma posible, atendidas las circunstancias, Ernesto se determinó á pedir para Elena la protección de la esposa del doctor *Chicana*. La misma noche se presentó en su domicilio. La señora había salido, pero volvería pronto. Le recibió don Eusebio en persona, con un lujo de cumplidos un tanto extremado, en atención al aprecio que por

él tenía don Bonifacio, su íntimo y querido amigo, y con una verbosidad que rayaba en torrencial.

— Entre Vd., señor. Tome asiento. Dominga ha salido un momento. Fué á lo de Antera. No tardará en volver. ¿A qué debemos el honor?... Aquí estoy yo para servirle.... Sea franco, señor. Usted me tiene á su total disposición... Somos viejos amigos de un amigo común, Bonifacio. ¡Qué hombre Bonifacio, señor! ¿Estuvo Vd. anoche con él? Yo no pude ir. Un pequeño dolor de cabeza me lo impidió. Tenía emplazada con él una partida de ajedrez. ¿Pero qué me dice Vd.? Ayer le gané; sí, señor, le dejé con un palmo de narices. ¡Cómo rabiaba el hombre! Hoy no he podido ir: fué Dominga con Luisa. Pero Vd. no me ha dicho en qué podamos serle útiles. Hable con franqueza, señor Miller. Ya sabe...

— Venía, doctor, á pedir un servicio á *misia* Dominga.

— ¿Cómo nó? Dos, tres, diez servicios. Pida Vd.

— Ha llegado de Europa una persona de mi familia, una prima, y deseo colocarla en su casa, aunque sin sueldo, porque co-

nozco la bondad y la honradez de su familia de Vd.

— Gracias, señor. Vd. me llena de elogios, me hunde en un mar de confusión....

— Digo la verdad, doctor. Su familia es la única que podrá convenir á mi prima, siempre que pueda obtener este favor. Deseo para ella el amparo y la protección de *misia* Dominga.

— ¿La protección? Sí, señor. Dice Vd. bien. En mi país no se puede vivir sin protección. Yo siempre lo he dicho y lo sostengo. Vea Vd. lo que me pasó á mí. Yo soy doctor en jurisprudencia. Pues, señor, yo mismo ignoro cómo pude alcanzar mi título. Nadie me quita de la cabeza que fué la amistad de mi padre y de mi hermano mayor con el decano de la facultad, porque yo nunca he abierto un libro y mis exámenes fueron ! ay ! señor, fueron... una atrocidad. Baste decir á Vd. que, si yo salí triunfante de las pruebas de estudios secundarios y de derecho, lo debí á la protección de los profesores y académicos, íntimos amigos de mi familia.

— Es mucha modestia, doctor.

— No, señor. No crea Vd. que exagere. Yo no sé absolutamente nada. Debo mi

título á la protección de los amigos de mi padre y de mi hermano.

Llegado á esta altura del discurso, don Eusebio pestañeaba con una velocidad pasmosa. Luego continuó :

— Digo esto para probar á Vd. que sin protección no se consigue nada en mi país, en todos los órdenes sociales : en política, industria, comercio... ¿ Cree Vd. que los hombres políticos llegan á las alturas sin protección ? Todos los empleos públicos, los puestos más eminentes y encumbrados, los que la constitución ha colocado en manos del pueblo, son entregados á los favoritos bienquistos por los poderes públicos. Esto me lo ha asegurado Bonifacio que está metido en política hasta acá (señalando la frente con el índice de la mano derecha) y Vd. sabe que él no es hombre de mentir. Pues, señor, como iba diciendo á Vd... ¿ De qué estaba hablando ? (Aquí pestañeó mucho).

— De la protección de los poderes públicos.

— Eso es, de la protección exagerada á ciertos individuos bien mirados por...

— Si Vd. me permite, doctor...

— Como no, señor Miller. Hable Vd.

— Creo que los poderes públicos tienen obligación de proteger á los hombres de su partido y de extender la protección á todos los ámbitos del país. Yo, como extranjero, no deseo otra cosa, sino que el gobierno tenga ingerencia en todos los asuntos que tocan de cerca al pueblo argentino y á los extranjeros.

— Permítame que le interrumpa. Soy de la misma opinión de Vd y siempre se lo he dicho á Bonifacio, quien en esta cuestión no está de acuerdo conmigo. Yo creo, señor Miller, que el gobierno de la nación debe tener ingerencia en todo lo que concierna á la administración y dirección de la política, sin restricciones de ninguna clase. Esto asegura la tranquilidad pública. Hay muchos hombres que no quieren aceptar la tutela del gobierno y, según mi modo de pensar, están en error. El gobierno hace bien en reprimir con la fuerza pública los conatos de rebelión contra su ingerencia en la política del país. Así, todos viviremos despreocupados; el gobierno nos nombrará los representantes del pueblo y los gobernadores, y nosotros atenderemos los asuntos de familia, que es lo que más interesa á los hacendados.

Aquí don Eusebio apretó los párpados durante mucho tiempo, como para comendiar todos los pestañeos que habían acompañado su discurso, á guisa de batuta. Estas ideas no eran exclusivas de él, sino herencia común de propietarios retirados en los lindes de sus palacios, con el propósito de gozar de las riquezas rurales que la próspera naturaleza les brindara, multiplicando su ganado y elevando al cubo el valor corriente de las leguas de tierra, conseguidas á precios irrisorios y de abandonar en manos del primer ocupante los derechos que la constitución nacional acuerda á todos los habitantes del país.

*
* *

La verbosidad de don Eusebio no hubiera tenido fin, á no haberla interrumpido la llegada de *misia* Dominga y Luisa, quienes hallaron á *Chicana* con los ojos cerrados, lo que les dió á entender la granizada de palabras que había caído en el infortunado Ernesto Miller. Impuestas ambas del objeto de la visita de éste, aceptaron complacidas su pedido y la misma noche Elena fué presentada á la familia Chi-

clana, la cual quedó deslumbrada por la belleza, elegancia y cultura de la condesa Peteroff, para ellas Elena Miller, prima de Ernesto del mismo apellido.

La joven condesa ignoraba el español, pero *misia* Dominga y su hija hablaban correctamente el francés, por haber sido educadas por hermanas francesas, durante muchos años, en un colegio de esta ciudad. Don Eusebio se desesperaba al ver que su esposa y Luisa seguían con gracia y soltura la conversación en el idioma extranjero y él no comprendía palabra del murmullo que formaban en su oído las largas conversaciones de las tres mujeres. Se creía mucho más ignorante de lo que era, en presencia de un hecho que le avergonzaba. ¡No saber ni lo que sabía su mujer!... Era bochornoso para un doctor en jurisprudencia. Y no podía comprender por qué los *gringos* no hablaban el español — todos, sin excepción — siendo el idioma más fácil y sencillo del mundo.

Recordaba que, cuando era estudiante de segunda enseñanza, le habían obligado á escuchar algunas lecciones de francés y hasta había comprado una gramática de esta lengua, pero hacía de ello tanto tiem-

po' que, ni teniendo la memoria templada en acero, podía recordar las pocas palabras aprendidas. Tenía una vaga reminiscencia de aquella edad juvenil y hasta recordaba que la tapa de la gramática era de color verde. Pero ni pizca del idioma le había quedado en el magín. « Para esto — repetía dolorosamente — no me valieron las relaciones de mi padre y de mi hermano con los profesores de instrucción secundaria ».

. . *
* *

La buena acogida hecha á Elena y la bondad de la familia Chiclana, dejaron plenamente satisfecho á Ernesto, en la difícil situación en que le habían colocado los acontecimientos.

Parecía que al fin la sociedad se hubiera aplacado contra los dos jóvenes, á quienes había ocasionado las mayores heridas morales, con saña y crueldad casi superiores á la resistencia de la naturaleza humana.

CAPÍTULO XIII

EL conde Estanislao Peteroff no había recuperado, durante el tiempo en que ocurrieron los sucesos anteriores, el uso completo de sus facultades intelectuales. En medio de frecuentes accesos de locura, tenía algunos intervalos lúcidos. En estos, pedía insistentemente la presencia de su hija Elena. La servidumbre que le rodeaba, halló en repetidas ocasiones pretextos para eludir la orden del conde. Pero llegó un momento en que fué necesario decirle que Elena había resuelto viajar por Europa y que dentro de algunas semanas volvería.

Quiso ver al marqués Severaïne, quien, desde el día del suceso sangriento no ha-

bía vuelto al palacio Peteroff, por expresa orden de los médicos que asistían al enfermo.

Severaine, trastornado y lleno de confusión por la inesperada fuga de Elena y temiendo la ira del conde, á quien suponía enterado de la causa de la separación del matrimonio, evitó el encuentro con su suegro, pero determinó buscar á su esposa, costase lo que costase, hasta los extremos del mundo y obligarla á volver al domicilio conyugal. Para esto puso en juego todo su poder, sus riquezas y sus relaciones con el gobierno ruso. Halló las puertas abiertas en todas las ramas gubernativas. La policía se puso á su disposición y el gobierno le franqueó la influencia diplomática, en las naciones en que tenía acreditados cónsules, ministros y encargados de la representación del imperio. El mismo se puso en viaje para unirse á su esposa y persuadirla á volver á Rusia ó, en caso de resistencia, apelar á la fuerza.

*
* *

Elena viajaba bajo el nombre di Olga Wilka. Así figuraba en los registros de las

hoteles europeos en que había permanecido y así figuraba también en la municipalidad de Buenos Aires y ante los esposos Scheirer. De manera que no era fácil hallar rastros de su presencia en Europa. Relacionando las fechas, pudo Severaïne orientarse y llegar á saber que una jóven de filiación igual á la de Elena y con determinadas señales, había sido vista en algunos *hoteles*; pero era tal el número de mujeres cuya fisonomía coincidía con las señas particulares de Elena, que difícilmente podían servir de hilo de Ariadna para salir del laberinto.

Mas aún. Elena había recorrido buena parte de Europa con un apresuramiento poco común á pasajeros que viajan por distracción, permaneciendo pocos días y á veces pocas horas en las varias ciudades que había visitado. Sus viajes no habían dejado rastros, empeñada como estaba en despistar al que quisiera conocer su paradero.

Severaïne recorrió, pues, sin resultado varias ciudades europeas. Volvió á París con el desconsuelo de haber perdido miserablemente su tiempo, pero con la esperan-

za de llegar al objeto de su pesquisa, creyendo, como en efecto había sucedido, que Elena permaneciera en la capital de Francia mucho más tiempo que en otras ciudades.

Allí empleó mayor cuidado en rastrear los pasos de su esposa, auxiliado eficazmente por dos empleados de la policía de su país. Después de algunos días, cuando ya había preguntado en la mayor parte de los *hoteles*, el marques Severaïne dió con el mismo en que Elena había permanecido varios días. Halló asentado en los libros del *hotel* el nombre de Olga Wilka. Severaïne pidió todos los detalles de esta mujer de nombre y apellido rusos. Ante las insistentes preguntas del marqués, el hotelero vislumbró la presencia de la policía, cuando menos se lo sospechaba el noble ruso, y cuando más esfuerzos hacía por evitar las sospechas.

Ya fuera por miedo á ulterioridades que presentía, ya por favorecer á la jóven, librándola de posibles contratiempos, el hotelero dió á Severaïne vagas respuestas que no servían para afianzar la creencia de haber dado con la que buscaba, pero que

le servían admirablemente de punto de partida para sus pesquisas.

— ¿Cuándo llegó aquí la jóven Olga Wilka?



Usted mismo puede conocer la fecha (pág. 195)

— Usted mismo puede conocer la fecha de su llegada, en el libro del establecimiento.

— ¿Vino sola ó acompañada de otras personas?

— Sola. Se alojó en el cuarto n. 42. Al

lado, en el departamento de la izquierda, ocupó otro aposento, durante un mes próximamente, un matrimonio americano. Cuando Olga llegó, estaba solamente la señora con la cual trabó relaciones íntimas la joven recién venida. El esposo había salido para Alemania, de donde volvió ocho ó diez días después, acompañado de seis jóvenes al parecer alemanas por el idioma que hablaban.

— ¿No sabe Vd. de qué parte de América era el matrimonio?

— No señor. Hablaban muy bien el francés el marido y la mujer. No pude darme cuenta del país de su origen.

— ¿Cómo se llamaban los dos americanos?

— El esposo se llamaba Jacob Scheirer, y la esposa *Madame* Margarita.

— ¿No sabe Vd. decirme su posición social, su profesión, el objeto que tenía el americano en buscar jóvenes alemanas?

— Creo que tiene allá en América algún negocio de tienda ó mercería, en que emplea esas jóvenes, según me ha parecido oír en varias ocasiones.

— ¿No recuerda Vd. la fecha en que abandonaron el *hotel* los esposos Scheirer,

la joven Olga Wilka y las seis alemanas traídas por el americano?

— Aquí tiene Vd. el libro. El 4 de diciembre me fué abonada la cuenta de gastos por Jacob Scheirer y en la misma noche salieron todos para no sé qué estación. Desde entonces no he vuelto á ver á ninguno de ellos.

*
* *

Fueron estos los únicos datos recogidos por el marqués Severaïne. Resultaba, pues, que Elena,—á estar á la filiación dada por el hotelero, que era aproximadamente segura, á su edad y á la fecha en que se alojó en el *hotel* — había salido en la noche del 4 de diciembre para una de las estaciones de Paris con seis jóvenes alemanas y un matrimonio de edad madura. No era mucho, pero era algo. Y, siendo posible que el matrimonio americano volviese al mismo *hotel*, dado el caso de que tuviera necesidad de permanecer en Paris, resolvió Severaïne, aconsejado por los dos miembros de la policía rusa, dejar uno de guardia en el *hotel*, para vigilar la posible vuelta de los Scheirer, mientras

ellos empezaran la pesquisa necesaria para dar con el puerto en que se habían embarcado los americanos ó con el paraje en que estuvieran, si no habían vuelto aún á su país natal.

Tomadas estas precauciones y practicadas las diligencias del caso, se llegó á saber que, entre el 4 y el 12 de diciembre, varios pasajeros habíanse dirigido á América (del norte y del sur), en los cuatro buques de ultramar que habían zarpado de puertos franceses, pero que ninguno de esos pasajeros tenía apellido Scheirer, y ninguna mujer había tomado pasaje con el apellido de Wilka. Era visible que Jacobo Scheirer, en el caso de viajar con Elena, había tomado pasajes con nombres supuestos, desfigurando los apellidos y borrando todas las huellas que pudieran contribuir al descubrimiento de su paradero.

*
* *

Severaine volvió á Paris sin orientación fija, pero no desalentado. En el mismo *hotel* trazó con los miembros de la policía rusa el plan á que debían ajustar sus diligencias. Era necesario esperar la vuelta de

los mismos buques en que se habían embarcado los americanos ; pedir á Rusia un refuerzo de cuatro miembros de policía secreta ; colocar dos de los nuevos, desconocidos para el hotelero, permanentemente en el *hotel*, por tiempo indeterminado, para vigilar la entrada de los pasajeros y asegurarse de la vuelta de los esposos Schei-
rer ; de los cuatro restantes, embarcarse uno en cada uno de los tres buques que hicieran el segundo viaje á América y el último embarcarse con Severaïne, en el cuarto buque que se dirigiera al mismo destino del viaje anterior.

Este era el plan, madurado y discutido con mucha calma, el cual debía ser aplicado con todo arte, para dar los resultados que de él se esperaban.

*
* *

A los pocos días llegó el refuerzo de los miembros de policía y á fines de enero volvieron los cuatro buques á los mismos puertos de embarque, desde donde habían zarpa-
do en el viaje anterior. Se anunciaba la salida de los mismos, para igual destino, entre 10 y 20 de febrero. Se tomaron las dis-

posiciones del caso; cada uno de los policianos recibió dinero suficiente para viajar un año, al fin del cual, si el resultado fuera nulo, debían todos reunirse nuevamente en el mismo *hotel* de París y, si antes alcanzaran su objeto, debían comunicárselo, mediante cartas dirigidas, *poste restante*, á todas las ciudades de la América del norte y del sur, por los respectivos viajeros, á medida que llegaran á ellas.

El telégrafo, mediante una clave combinada, haría el resto.

Se ponían á contribución los agentes diplomáticos rusos de ambas Américas y todas las relaciones que pudieran cooperar á la consecución del objeto.

A medida que iban zarpando los buques, los individuos designados de antemano fueron embarcándose, hasta que el 21 de febrero todos se hallaron fuera de los confines de Francia, con la esperanza de volver á su tierra natal acompañados del tesoro, en busca del cual se dirigían á lejanas regiones, mientras dos guardianes fieles se alojaban en el *hotel* parisiense, de donde Elena había salido, seducida y engañada por las malas artes de los esposos Scheirer.

CAPÍTULO XIV

ERNESTO frecuentaba la casa del doctor Chiclana con el objeto de darse cuenta de las condiciones en que vivía Elena, no acostumbrada á servir y educada con esmero, en el fausto y la opulencia. Desde los primeros días pudo cerciorarse de que la noble condesa Peteroff era estimada, querida y hasta agasajada por *misia* Dominga y por Luisa, quienes la trataban como á persona de la familia.

Era la primera vez, desde su salida de Rusia, que respiraba real y verdaderamente una atmósfera de honradez y trato cariñoso. Y Ernesto aspiró á plenos pulmones la satisfacción por la tranquilidad que

reínaba en la familia de Chiclana y que refluía en beneficio de su antigua novia, colocada ya bajo su protección, con el cariñoso nombre de prima.

Elena, sin embargo, pasado algún tiempo, no parecía satisfecha de la nueva residencia. Un velo de tristeza cubría habitualmente su semblante y raras veces se entregaba á francas expansiones, en momentos en que las circunstancias reclamaban el trato familiar y la alegría.

Desde que Ernesto notó esta reserva y tristeza, en repetidas ocasiones, se apresuró á comunicar su impresión á Elena:

— Parece que no estás contenta en esta casa. Te veo á veces más triste de lo que has estado en circunstancias peores. Si sientes algún secreto dolor, si te aflige alguna pena que yo pueda alejar ó suavizar, no me la escondas, pues será para mi el mayor de los pesares.

— Oye, Ernesto. La casa en que vivo, no puede ser mejor. Estoy á todas mis anchas en ella, cual si fuera mi propia casa. Lo que me mantiene inquieta, es que...

— Dímelo sin demora.

— Es que... dentro de unos meses... será... madre.

Ernesto se estremeció. Luego dijo con calma :

-- Era de esperar y yo mismo lo había adivinado ; pero, si esto es un contratiempo, no debe darte mayor pena, pues que no es el fruto de la deshonra, sino de un legítimo matrimonio: es el hijo del marqués Severaïne.

Al oír este nombre, Elena palideció y Ernesto cayó en un profundo desaliento.

*
* *

Era realmente un contratiempo.

No queremos hacer á Ernesto la injusticia de creerle interesado en la fortuna de los Peteroff. Pero el sueño acariciado por Elena y Ernesto, dado que por cualquier motivo Severaïne desapareciese y quedase por consiguiente disuelto el vínculo matrimonial, venía á desvanecerse ante la existencia de un hijo del marqués, al cual pasarían título y fortuna de los Peteroff. Probablemente fué esta también la idea de Severaïne.

Si Elena llegaba á fallecer, sin haber dado descendientes al marqués, hubiera éste quedado sin título y sin la opulencia del

conde: fué ésta quizás la única idea que le había inducido á contraer el matrimonio con Elena.

Sea esto ó el odio que Ernesto tuviera á Severaïne, lo cierto es que la revelación de Elena le ocasionó una intensa crisis nerviosa. Se vió colocado entre dos sentimientos opuestos: el cariño por Elena, que no disminuyó nunca y que por el contrario iba cada día en aumento y el odio al hijo de Severaïne, no por él, sino por el padre, que era para Ernesto el más odioso de los mortales, el que le había robado el objeto de su amor, el que le había obligado á salir de su patria, presa de la mayor desesperación.

Estos dos sentimientos luchaban en su alma, se repelían, provocaban lances nerviosos, cuyo efecto era peligroso para la salud de Ernesto.

Vino á aumentar la intranquilidad de éste, la segunda revelación de Elena, que le había sido también ocultada sigilosamente por ella.

Tratábase de que el *Murciélago*, el hijo del doctor Chiclana, desde el día en que vió á Elena, se enamoró perdidamente de ella y empezó á perseguirla con tenacidad y petulancia abrumadoras.

Durante los primeros días, Elena trató de esquivar los requiebros de Martín, pero llegó un momento en que se vió en la necesidad de comunicárselo á Ernesto, para que buscara medios de librarla de tan insensata y molesta persecución. Así es que, siguiendo la misma conversación anterior :

— Hay otra cosa, dijo Elena, que me tiene fastidiada. Es la persecución de que soy víctima por parte del hijo del doctor Chiclana.

— ¿ Y qué ? ¿ Se atreve acaso ese bárbaro á requebrarte ?

— No puedes imaginarte una persecución más abrumadora y fastidiosa. No sé si debo dar conocimiento de ella á su madre y á su hermana ó comunicársela al padre. Tú dirás lo que sea mejor.

— No digas nada á nadie. Esto correrá por mi cuenta. Hoy mismo serás librada de los requiebros del *Murciélagos*. Lo que deseo, es tu permanencia en esta casa, hasta el momento en que debas abandonarla, por lo que acabas de manifestarme. Cuando no puedas permanecer más tiempo en ella, trataremos de salir del trance en la mejor forma posible.

*
* *

Llegó la noche. El *Murciélago*, según su costumbre, salió silbando, un cigarrillo encendido y las manos en los bolsillos del saco. Ernesto se le atravesó en el camino y le llevó aparte. Pocas palabras bastaron para ponerle al corriente del objeto de la brusca interpelación, concluyendo con estas palabras :

— « Estoy cansado de vivir. La primera vez que vuelva V. á fastidiar á Elena, nos iremos los dos al otro mundo. Dos balazos de revólver bastarán para librarnos de las miserias de la vida, »

Martín Chiclana conocía la enfermedad de Ernesto y estaba bien seguro de que en un momento de exaltación le habría hecho saltar los sesos.

Fué un eficaz remedio. El galán prefirió la vida á los importunos requiebros y desde aquel momento juró que nunca más molestaría á la posible causante de su muerte prematura.

*
* *

El juramento que pronunció Martín fué simple efecto del miedo, en un momento

de confusión. Pero, reflexionando bien el caso, pensó en la manera de vengarse de Elena y de Ernesto.

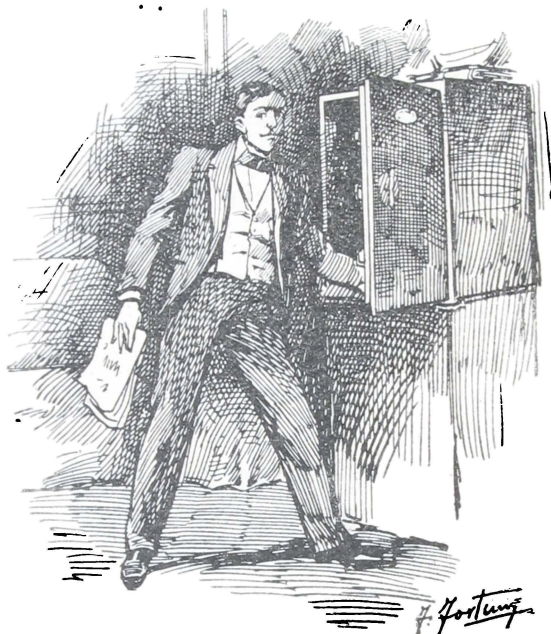
« La *gringa* le había despreciado, á él, Martín Chiclana, el hijo del doctor Chiclana, muy respetado en la más culta sociedad de Buenos Aires, por la autigüedad de la familia y por su posición desahogada y hasta envidiable, en la capital de la república. Esto merecía un castigo. Y él hallaría manera de vengarse, á despecho de las amenazas del loco Miller, que había sido preso por estafador y falsificador. Ya pensaría en la forma de vengarse de él también. Era cuestión de tiempo y de oportunidad. »

El alma del *Murciélagó* era capaz de pensar en todo esto y de ponerlo por obra. Su carácter é inclinación, pervertidos por compañeros nocturnos, hacían de él un sujeto maléfico.

Después de discurrir los medios de la proyectada venganza, aprovechó un descuido del doctor Chiclana y sustrajo de la caja de fierro una cantidad, no muy crecida, de cédulas hipotecarias del Banco Nacional, que fué torpemente á vender en

una casa de cambio, por mucho menos de su valor cotizabile en plaza.

El Dr. Chiclana no advirtió la sustracción en los primeros momentos; pero no



...sustrajo de la caja de fierro una cantidad... (pág. 207)

tardó mucho en notarla. ¡Hubiérase visto la halaraca! Repetía á gritos las palabras *robo, ladrón, saqueo de la caja de fierro*. *Misia Dominga* y *Luisa*, asustadas, trataban de calmarle, preguntando por el monto de la cantidad que le faltaba.

— No es mucho, gritaba don Eusebio, pero no por eso deja de existir el robo. Es necesario descubrir al ladrón. Hoy me roban poco y mañana podrán dejarme en la calle.

— Pero ¿quién se hubiera atrevido, decía *misia* Dominga, á cometer esa torpeza en nuestra casa? La caja de fierro está siempre cerrada, tu tienes la llave, no hay en ella señal de violencia, somos todos de la familia.

— No todos. Hay gente extraña en nuestra casa.

— ¿Cómo? ¿Te atreves á echar sombras sobre la joven que hemos recibido como si fuera de la familia y que sabes muy bien que es la honradez en persona?

— Yo no sé nada, señora. Lo que sé, es que me faltan cédulas.

— Pregunta á Martín, antes de gritar tanto y no hagas juicios temerarios.

— ¿Y qué quieres decir? ¿Crees que Martín se haya robado á sí mismo? ¿No sabe él que todo lo que yo poseo, es suyo?

— Pregunta á Martín y deja de gritar.



Misia Dominga tenía formada de su hijo muy mala opinión, al revés de don Eusebio que le creía incapaz de apartarse de la más correcta conducta, cual convenía á hijo de familia tan respetable.

. Era este un punto de continua discusión entre los esposos Chiclana, que quedaba siempre sin resolver, pues cada uno quedaba con la opinión que tenía del joven Martín.

Don Eusebio llamó á su hijo y le manifestó la sustracción de las cédulas. Martín abrió desmesuradamente los ojos, extrañando que en su casa se hubiera cometido el robo. Ante la actitud de sorpresa é inocencia, expresadas por el joven, don Eusebio se afirmó en su opinión.

Era claro para él que una persona extraña había cometido el delito que él pensaba hacer castigar severamente. Su hijo era inocente, como lo había creído desde el principio. Su mujer y su hija Luisa abogaban por la inocencia de Elena. Pero él tenía ya formada su opinión: sabía perfectamente quien había sustraído las cédulas.

Por primera vez, en su vida de abogado, abrió el código penal, pero lo hizo con tan mala suerte que, en vez de leer el capítulo referente al *robo*, leyó el que trataba del *asesinato alevoso*. Quedó espantado ante la enormidad de la pena y se calmó un tanto, más por un sentimiento de humanidad hacia el delincuente, que por la convicción de la inocencia de Elena, á quien creía real y verdaderamente culpable del delito.

*
* *

Por la noche fué á la tertulia de don Bonifacio.

Su cara mustia y avinagrada reveló el secreto tormento que le tenía inquieto.

— ¿Qué hay, amigo *Chicana*? Le veo de mal humor. ¿Qué le pasa á usted?

— ¡Qué me ha de pasar, hombre! Desgracias...

— ¿Cómo? ¿Qué? ¿Hay desgracias en su familia?

— Es decir, no son desgracias alarman-tes. Todos están bien de salud. Son desgracias de otro orden. ¿Sabe V. que me han robado?

— ¿Robado? ¿Qué dice usted?

— Si señor, robado. Me faltan cédulas hipotecarias, que tenía bien aseguradas en mi caja de fierro.

— ¿Es mucha la cantidad?

— No, señor. Pero no se trata de la cantidad. Se trata de que hay ladrones en mi casa y el día menos pensado, ya sabe V., podrán dejarme en la miseria.

— ¿Ladrones en su casa? ¿Qué dice usted? Ha de estar usted enfermo de la cabeza.

— No señor. Yo no tengo nada en la cabeza.

— Es verdad: ¡cómo que nunca ha estudiado!...

— No digo eso. Digo que mi cabeza está sana y muy equilibrada.

— ¿Pero quién es el ladrón que vive en su casa?

Allí no hay sino tres mujeres y dos hombres: *misia* Dominga, Luisa y la prima de Alfredo Miller; usted y su hijo. ¿Quién es el ladrón?

— Yo no sé. Tengo mis sospechas...

— En todo caso, será su hijo.

— ¿Quién? ¿Martín?

— Es claro. La vida de su hijo no es de las más edificantes y no es extraño que haya

sido llevado á dar ese paso por la necesidad de satisfacer sus vicios.

— No señor. Mi hijo es incapaz de cometer torpezas de este género. La *gringa*...

— ¡ Hombre! No eche V. sombras sobre esa mujer.

Vea, amigo. Estoy tan seguro de que su hijo le ha vaciado la caja á V., como si lo viera.

El Dr. *Chicana*, firme en su opinión, atribuyó á Elena la sustracción de las cédulas.

*
* *

Esta sospecha entró en el ánimo de Ernesto como una puñalada. Conocía á Elena como á sí mismo y vió palpablemente la mano que había esgrimido el arma contra ella.

Elena, por su parte, notó que no era apreciada por el doctor Chiclana, como al principio. Hasta tuvo que soportar desaires mal disimulados. Y, como su estado no le permitía prolongar por mucho tiempo la permanencia en aquella casa, pidió á Ernesto que le buscara donde alojarse, para esperar el día en que viera la luz el descendiente del marqués Severaïne.

Ernesto se apresuró á cederle su departamento y á poner á su disposición una mujer que la cuidase y sirviese hasta el momento en que pudieran emprender viaje para Europa, según tenía irrevocablemente determinado.

Los contratiempos padecidos en Buenos Aires le tenían sumamente aburrido y cansado.

Así, Elena vino á recibir la tercera marca de infamia, la de «ladrona», sin haber tenido ni el más remoto pensamiento de abusar de la confianza y del cariño que le había dispensado la familia de Chiclana, guiada siempre por sus sentimientos de bondad y nobleza.

¡Las garras de la cultura social no dejaban su presa!

CAPÍTULO XV

EL *Murciélago* había cumplido la primera parte de su venganza, haciendo recaer en Elena la sospecha del robo cometido por él. Quedaba la segunda ; es decir, preparar alguna trampa en que Ernesto cayese inadvertidamente.

Le era difícil poner por obra su pensamiento, sin auxilio ajeno, atendida su falta de valor y conociendo el carácter enérgico de Ernesto. Requirió, pues, el auxilio de sus compañeros nocturnos, hijos de la más baja escoria social.

* * *

La casa en que estos se reunían, estaba

allá en los arrabales de Buenos Aires, perdida entre terrenos abandonados.

Componiase de tres piezas, la principal de las cuales servía de sala, comedor, salón de fumar y hasta de dormitorio en trances apurados.

Inútil es agregar que su aspecto era miserable.

Una mesa de pino en el centro, media docena de sillas, cuyos pies probaban el movimiento continuo, una lámpara á petróleo, varias docenas de botellas vacías en los rincones, un vaso de vidrio y una jarra de loza formaban todo el mueblaje y los adornos de la sala.

Un olor acre y penetrante salía del pavimento, de los muebles y paredes y hería desagradablemente el olfato.

Era difícil calificar á primera vista y á punto fijo los habitantes de aquella casa: ninguno de ellos era desconocido á la policía de la capital.

Por otra parte, llevaban marcadas en sus rostros las señales características con que el dios Baco distingue á sus fervientes adoradores.

*
* *

Cuando el *Murciélago* llegó á la reunión — algo tarde ya — sus compañeros estaban hechos una uva.

Un canto ensordecedor de varias voces desentonadas y espasmódicas, que era acompañado del lamento de una guitarra desafinada, llenaba la atmósfera, saturada de humo de tabaco pestilente y del que arrojaba la mecha de la lámpara, que provocaba bascas.

Seis de ellos, de edad y color diferentes, ocupaban las sillas alrededor de la mesa; y dos, sentados en el suelo, á uso árabe, jugaban á los naipes.

Tres chinas desgredadas, con vestes de colores chillones, canturriaban en un rincón y digerían su abundante ración de *ginebra*.

El *Murciélago* abrió la puerta de entrada y retrocedió, sofocado por el aire rarefacto que corrió á su encuentro; pero, una salva de aplausos le animó á entrar.

La algazara le impresionó agradablemente.

Su estado de ánimo necesitaba un derivativo y lo encontraba cabalmente en las locas expansiones de sus compinches.

Las chinas murmuraron algunos dicharachos y el canto cesó.

*
* *

Todos los personajes de la pandilla tenían apodos de animales, sugeridos por sus cualidades prominentes y características.

Un mocetón de color chocolate era llamado *Tigre*, á causa de su cara felina y la costumbre de pelear á mordiscos. Un joven lampiño, flaco y pálido, tenía el apodo de *Mono*, por su rara agilidad en escalar paredes, para asolar gallineros. Un muchacho bajo y rechoncho llevaba el sobrenombre de *Gato*, por unos cuantos pelos rígidos que formaban sus bigotes. Otro mocetón era denominado *Zorro*, por el arte refinado de engañar hasta á sus mismos compañeros.

Y así los demás.

Aquella noche el *Murciélagó* tenía la cara visiblemente triste.

La gavilla lo notó.

El *Tigre* que en aquel momento presidía la reunión, interpeló bruscamente al recién venido :

— ¿Qué tienes, hombre? Alcánzale un

vaso de *ginebra*, seo *Zorro*. Siéntate, *Murcié-lago*, y canta con nosotros.

— Para canto es la cosa — contestó plañideramente Martín.

— Pero ¿qué diablos tienes, pues, amigo?

— Lo que tengo, es que Miller, el de la agencia, me ha amenazado de muerte. Desearía hacerle recordar mi nombre con una abundante dosis de palos. ¿Me ayudaríais á dársela?

— ¡ Hombre! — contestó el *Tigre*, eso será según y conforme.

Ante todo convendrá establecer el precio de la partida, en que posiblemente estará comprometido el pellejo.

— ¿ Entre compañeros?

— ¿ Y que quieres decir con eso? — preguntó el *Gato*, que escuchaba con rara atención el diálogo.

— Quiero decir que no se pide dinero á uno de los compañeros, cuando necesita algún servicio, después de echar mano cotidianamente al bolsillo para pagar los gastos de toda la compañía.

Esto quiero decir.

— Es porque te conviene pagarnos los gastos — replicó el *Tigre*.

Los demás bajaron la cabeza en señal de asentimiento. .

— Pero vamos — concluyó el *Murciélago* — ¿cuánto queréis por acompañarme á satisfacer esta pequeña venganza en un hombre á quien aborrezco de gana?

..

*
* *

Larga y enojosa fué la tarea de ajustar la cantidad, pero, al fin, llegaron á entenderse y establecieron que la agresión se llevaría á cabo la noche siguiente.

El plan era sencillo.

El *Tigre* y el *Murciélago* se esconderían en un terreno abandonado, como hay muchos en los alrededores de Barracas, y el *Mono*, desde las nueve y media de la noche, acecharía de lejos la salida de Ernesto quien todas las noches se dirigía á Buenos Aires á las diez.

Al llegar este cerca del terreno que debía atravesar, el *Mono* daría un silbido, señal de que Ernesto estaba por entrar en el sendero y los dos le acometerían repentinamente y con ímpetu.

*
* *

Llegó la noche siguiente. Toda la gavi-
lla comió en la casa que servía para sus
reuniones. La *ginebra* corrió profusamente,
y la excitación fué extrema. Aquella pare-
cía una casa de locos. Todos celebraron el
futuro éxito de la aventura, imposible de
fallar, según ellos, en atención á la habili-
dad y coraje del *Tigre* y á la astucia y
agilidad del *Mono*.

— ¡Qué palos — dijo aquél — van á
llover en las costillas de Miller !

— ¡Pobre! — continuó el *Mono*, con en-
tonación de lástima.

— Con tal que no le maten — agregó
el *Gato*. Tengo miedo á la justicia y á la
jaula policial.

— No, señor,—concluyó el *Tigre*.— Tra-
taremos de sacudirle el polvo no más.

Una carcajada general acogió estas últi-
mas palabras, que fueron rociadas con el
resto del líquido que había quedado en las
botellas.

*
* *

Eran las nueve.

A la media hora, el *Mono* ya estaba en

acecho, espiando la salida de Ernesto y sus dos compinches se hallaban situados detrás de una pared, á cuya extremidad se abría un sendero por donde aquél debía pasar.

Como el objeto de los agresores era darle una simple paliza, sólo llevaban bastones de *tala*, fuertes y pesados, eliminando las armas blancas y de fuego, por expresa indicación del *Murciélag* que no quería comprometer su libertad. Una paliza podía ser perdonada por la intervención del Doctor *Chicana*, pero una muerte... cambiaba de aspecto. Era cosa demasiado comprometedora.

*
* *

A las diez en punto, según su costumbre, Ernesto se puso el revólver en el bolsillo, empuñó el bastón de fierro que no dejaba nunca y que manejaba con admirable facilidad y destreza, abrió la puerta de calle, hizo girar la llave en la cerradura, encendió un cigarrillo y empezó á caminar lentamente hacia la ciudad.

La noche era intensamente oscura. El cielo, encapotado, amenazaba tormenta. Reinaba una calma completa. La atmósfera pesada se volvía irrespirable.

Ni una hoja de árbol se estremecía. El aire parecía como encerrado entre paredes. El silencio profundo indicaba que los vecinos habían apresurado la hora del descanso.

*
* *

Cuando Ernesto hubo andado un corto trecho, el *Mono* se dispuso á seguirle y, para no perderle de vista, apresuró el paso.

Ernesto sintió que alguien le iba á los alcances. Instintivamente se paró y echó una mirada hacia atrás.

El *Mono* se detuvo también, lo que infundió á Ernesto la sospecha de que aquel fuera un ladrón ó un malhechor, y se fué derecho á él, con el revólver en la mano.

El *Mono* le esperó.

— ¿Es V. un espía ó un ladrón? le dijo Ernesto.

— Ni una cosa ni otra, y mire bien como habla—contestó el *Mono*, sin apartar los ojos del revólver.

— Bien mirado lo tengo. Marche V. adelante: no me gusta tener enemigos á la espalda.

*
*
*

No opuso el *Mono* resistencia alguna y, considerando que, para su objeto, tanto valía preceder como seguir á Ernesto, le tomó la delantera, caminando en dirección á la trampa, á fin de acometerle junto con sus compinches. . .

Había entre ambos la distancia de unos cincuenta pasos.

Al llegar cerca del punto convenido, el *Mono* dió la señal, en forma casi imperceptible para otros, pero muy inteligible para sus compañeros.

Olvidó, sin embargo, un detalle importantísimo, y era que él no debía preceder, sino seguir á Ernesto. Pensó, quizás, en poder comunicar á sus compañeros la transformación que había dado al plan, obligado por fuerza mayor.

El hecho fué que, al oír el silbido, el *Tigre* y el *Murciélago* salieron de su escondite, se arrimaron al extremo de la pared, donde estaba el sendero y en cuanto el *Mono* asomó la cabeza, le asestaron dos garrotazos tan formidables que dieron con él en tierra y le dejaron sin

sentido. Y, creyendo que el *Mono* estaba mas atrás, de acuerdo con el plan convenido, corrieron hacia un individuo, que permanecía inmóvil, y se encontraron con Ernesto que había presenciado la escena y estaba ya apercebido para la defensa.

En la rápida intuición del hecho, á raíz del silbido del *Mono* y de la agresión, Ernesto comprendió que el ardíd había sido preparado para él. Y, al ver que los dos agresores permanecían estupefactos ante él, por creerle ya despachado, no quiso dejar pasar el momento de asombro que los embargaba. Levantó el bastón de fierro y descargó tal granizada de palos sobre ellos, que los obligó, mal de su grado, á salvar su pellejo mediante una fuga precipitada, el *Tigre* apretándose la cabeza que manaba sangre, y el *Murciélagó* pugnando por hacer entrar el ojo derecho en su órbita, horriblemente machucada.

*
* *

En toda esta refriega, que pasó como un relámpago, no se lanzó ni un ¡ay! Fue la única valentía de que diéron pruebas el *Murciélagó* y el *Tigre*.

Pero los *ayes* se sentían, al día siguiente, en otra parte.

Misia Dominga y Luisa estaban inconsolables.

Martín quedaba irremisiblemente tuerto.

El Dr. *Chicana* empezó á revolver sus códigos, á fin de saber qué condena debía pedir para los malhechores que habían dejado tan maltrecho á su hijo único, esperanza de la familia y de la patria é ilustre perpetuador de los Chiclana.

Pero, era el caso que se ignoraba quienes habían sido los agresores. Martín había tenido la nobleza ó el miedo, — no está bien averiguado — de ocultar el nombre de su apaleador, el cual quedó para siempre en el misterio.

— ¡Qué desgracia! — Decía el Dr. *Chicana* á su amigo D. Bonifacio Antera. — ¡Un mozo como Martín, quedar tuerto del ojo derecho!

— ¡No se aflija V. hombre! — contestaba D. Bonifacio.

Como Martín no sale nunca de día, para lo que ha de ver de noche, un ojo le basta y le sobra...

*
* *

El golpe fué decisivo para la gavilla, la cual perdió tres de sus miembros conspicuos en una sola noche. El *Tigre* estuvo largo tiempo en cama, para curarse la herida que le afectó el cerebro. El *Murciélagó* fué obligado por su familia á abandonar su vida desordenada. El *Mono* salvó milágresamente el pellejo, puesto en serio peligro por sus compañeros. Los demás, de escasa figuración y simples instrumentos en manos de los anteriores, se desbandaron.

Nunca fué más provechosa una paliza de mano maestra.

La familia Chiclana recuperó á su único heredero y la sociedad quedó libre de una gavilla de malhechores.

Lo que no pudo alcanzar la fuerza de la razón, lo consiguió la razón de la fuerza.

El *Murciélagó* perdió su nombre de batalla nocturna; pero adquirió otro más largo y sonoro. Se le llamó en adelante *El tuerto Chicana*.

CAPÍTULO XVI

EL vapor en que viajaba Severaïne con uno de los agentes de la policía rusa, debía tocar en los puertos del Brasil, de Montevideo y Buenos Aires. El esposo de Elena se hallaba, pues, sobre la pista, por pura disposición de la suerte. Desde los primeros días trató de averiguar si en el viaje anterior habían hecho la travesía en el mismo vapor los esposos Scheirer y las siete jóvenes mencionadas por el hotelero de París. Pero, la brusquedad de la interpe-lación que Severaïne hizo al capitán, puso á éste de mal humor, no acostumbrado á modos autoritarios. Era el capitán un francés culto y bondadoso, pero sumamente susceptible. No aguantaba ancas de

nadie. Las palabras ágrías y los modales altaneros le irritaban. Al principio, Severaïne pudo saber que efectivamente se habían embarcado en Marsella unas cuantas jóvenes, al parecer, alemanas, bajo la guía y protección de un matrimonio de bastante edad, en dirección á la América del Sud; pero, ante la insistencia inquisitorial y autocrática manifestada al capitán, éste se propuso despistarle y castigarle por su insolente falta de cultura. Ordenó á sus subordinados que no le proporcionasen ningún detalle sobre el viaje anterior y que le contestasen con evasivas ó encubriendo los hechos. Desde ese momento el marqués dejó de tener noticias ciertas y no pudo saber si Elena había desembarcado en el Brasil, en Montevideo ó en la capital de la República Argentina. El aire bonachón del capitán, siempre culto y correcto, no inspiraron desconfianza á Severaïne. Cuando éste quiso saber en qué parte habían desembarcado los esposos Scheirer con sus protejidas, el capitán le puso en un mar de confusiones. «Creía que habían quedado en Bahía ó en Río de Janeiro: no estaba bien seguro: no podía recordarlo por los muchos pasajeros de varias nacionalidades,

que llevaba el buque.» Severaïne pretendió *exigir* la compulsá de los libros de á bordo; pero el capitán le amenazó con encerrarle en el calabozo. El policiano ruso quiso interveñir, con su fina astucia, para dulcificar lo ágrío de la cuestión, pero era tarde. La bondad del capitán corría parejas con la firmeza de su carácter y la impresión que le había producido la pretensión del marqués, no se borró durante el viaje. Severaïne había errado el tiro por una de sus habituales imprudencias.

*
* *

Cuando el vapor entró en la maravillosa bahía de Río de Janeiro, Severaïne bajó con su compañero, para iniciar sus pesquisas y averiguar el paradero de Elena. Ayudado por el diplomático ruso, que en aquella época representaba al imperio en el Brasil, pudo saber por la policía de la capital fluminense que en el viaje anterior del buque en que él había llegado, no habían desembarcado las personas de quienes buscaba noticias. Igual cosa sucedió en Montevideo. De manera que estaba seguro de que Elena se hallaba en Buenos Aires

ó en el territorio de la república, si no en la capital. Reembarcado con tal seguridad, llegó á este puerto á mediados de marzo. Se hallaba, finalmente, próximo á la ciudad en que vivía su esposa. La mano del destino le había guiado directamente al punto donde residía el objeto de sus afa- nes. Un paso más y habría alcanzado la meta de los largos viajes á través de Eu- ropa y del Atlántico.

Pero, un hecho inesperado detuvo sus pes- quisas. El mismo día de la llegada del va- por al estuario del Río de la Plata, falle- cieron á bordo dos enfermos, que la policía sanitaria de Buenos Aires calificó de vícti- mas de la fiebre amarilla. Era necesario hacer una rigurosa cuarentena y la desinfección del buque, prohibiéndose terminantemente el desembarco de los pasajeros, quienes fueron llevados á la isla de Martín García, para cumplir las disposiciones sanitarias.

El marqués Severaïne, que viajaba con nombre simulado, para no despertar la aten- ción de su esposa, temblaba de rabia é im- paciencia, ante un acontecimiento que re- tardaba sus diligencias. Terminada la cua- rentena, se permitió, después de la com- pleta desinfección de su equipaje, la entrada

en Buenos Aires á los pasajeros del transatlántico. Severáine se alojó con su compañero de viaje en uno de los principales *hoteles* de la ciudad.

..
*
* *

Quebrantado por el largo viaje, por la duda de si hallaría ó no á su esposa en la República Argentina, por el contratiempo de la cuarentena y los disgustos sufridos desde el día en que salió de su país, el marqués fué acometido por una fiebre violenta la noche misma de su entrada en Buenos Aires. Tenía accesos de delirio, sentía fuertes dolores de cabeza, una sordera pertinaz le impedía oír la conversación de su compañero, caía en estupor y manifestaba hastío y agitación molesta y pertinaz. El médico calificó la enfermedad de fiebre tifoidea. Tres semanas estuvo en cama, sin poder ni pensar en el objeto que le había traído á Buenos Aires. A la cuarta semana, estando ya convaleciente, recibió de uno de los agentes de policía, que vigilaban el *hotel* de París, una carta sumamente interesante. El agente narraba en ella la vuelta del americano Jacob Scheirer y una lar-

ga conversación tenida con él. El viejo semita confirmaba haber llevado consigo á Olga Wilka, á requisición de ella misma. La filiación de Olga correspondía en un todo á la de Elena. La cicatriz del cuello tenía el supremo carácter de la evidencia en la identificación de Olga con Elena. No había razón para dudar. Según el viejo Jacob, la joven había pedido pasaje para la América del Sud, á fin de colocarse en cualquiera de las grandes ciudades, para ganar el sustento, y él no había vacilado en ofrecerle un puesto en un negocio de sederías que tenía establecido en Buenos Aires. Pero, llegada á la capital de la República y apenas alojada en su casa, un joven llamado Alfredo Miller la había sustraído violentamente del negocio y llevado consigo, sin pagarle siquiera el pasaje y demás gastos ocurridos durante el viaje y después de él. El tal Miller habíale asegurado que Olga era persona de su familia, hermana, prima, ó no recordaba qué. Concluía *Monsieur* Jacob que el nombre de Olga y el de Miller estaban registrados en la municipalidad y policía de Buenos Aires, respectivamente, por diversas razones, y que bastaba diri-

girirse á ellas para saber la vida y milagros de Olga y de Miller.

Esta carta era el hilo de Ariadna. Por ella Severaïne lograría completamente su objeto. Lo que le intrigaba, era la intervención de ese joven Miller, el cual le era desconocido. ¿No sería también un nombre supuesto? Y, cavilando sobre todos los hechos narrados en la carta, esperaba que el médico le diera permiso para abandonar la cama. Ardía en deseos de devanar la madeja, teniendo ya el cabo en su mano. Su imaginación ponía alas al deseo y le mantenía en un estado de excitación indescriptible. Temía una recaída, en las delicadas condiciones de salud en que se hallaba, después de una enfermedad larga y penosa.

*
* *

Elena, mientras tanto, alojada en el departamento de Ernesto y servida con esmero y cuidado por una mujer hacendosa y fiel, pasaba su tiempo en preparar la ropa y cuanto creía necesario para el descendiente de Severaïne, á quien estaba por dar á luz. Desde el día en que abandonó la casa del doctor *Chicana*, no salió más de

la propia, llevando vida austera y retirada.

Ernesto, por su parte, respetando el decoro y la honradez de Elena, fué á vivir en la *barraca* en que estaba empleado y de vez en cuando iba á informarse de las necesidades de su antigua noyia. Los ahorros que había hecho y el sueldo que le proporcionaba su empleo, daban abundantemente para satisfacerlas. Una sola circunstancia enturbiaba la serenidad de Ernesto. Era el fruto del matrimonio de Elena con Severaïne. Le odiaba instintivamente, sin saber á punto fijo por qué, ante el recuerdo tenaz de Severaïne á quien aborrecía y del mal que éste le había ocasionado. Amor y odio, ternura y crueldad, sonrisa y amargura se alternaban en su espíritu al recordar á Elena y al hijo que ella dentro de pocos días daría á luz. Era el único problema que no podía resolver con su habitual bondad y con la guía de la razón.

Era una obsesión tenaz, algo así como un efecto morbosos de los nervios que él no podía apartar, ni suavizar. Elena estaba sumamente afligida, pero de su aflicción no daba nunca señales directas y manifiestas. Lloraba en silencio su situación.

Amaba á Ernesto, apreciaba su corazón grande y noble, estaba agradecida á sus servicios, á su desprendimiento, á su cariño, pero no podía menos que querer al hijo de sus entrañas.

La situación era penosa para ambos y más para Elena que reconocía en el fondo cierta razón á Ernesto para odiar á Severaine y á todo miembro de su familia, como los odiaba ella; pero, al mismo tiempo había injusticia en extremar el odio llevándolo hasta lo absurdo. Y tal se presentaba en la persona todavía futura, que pertenecía á Severaine, pero que también pertenecía á ella, á quien Ernesto apreciaba y amaba, con amor puro, desinteresado, heróico.

*
* *

El 20 de mayo, el médico dió de alta á Severaine. Su extrema debilidad no le permitía grandes esfuerzos ni trabajos de inteligencia. Todo esto le fué terminantemente prohibido. Se le permitía la distracción, el alimento sano y moderado, los paseos al aire libre y todas las pequeñas ocupaciones que no pesaran gravemente en la debilidad de su organismo.

Severaïne cumplió al pié de la letra los consejos del médico, temeroso de la muerte y más aún de provocarla en un país extranjero, lejos de los suyos y con el alma llena de amargura.

Su compañero de viaje empezó entonces á procurarse, con la presentación de sus documentos, las relaciones indispensables para la averiguación de cuanto se refería en la carta de París, por Jacob Scheirer. Se determinó á pedir al juez del crimen allanamiento de domicilio, previa querrela por secuestro de la condesa, con indicación del nombre verdadero de la secuestrada, transformado en Olga Wilka. Los documentos, en forma legal, acreditaban el casamiento de Elena con Severaïne y su fuga de la casa conyugal; el viaje á América estaba probado por la carta recibida de París. Todo este trabajo previo fué llevado á cabo por el agente de la policía rusa, bajo la protección de hombres influyentes del país y extranjeros.

El 24 de mayo Severaïne pudo por fin ocuparse personalmente en el asunto. Se presentó en la casa central de policía y en la Asistencia Pública para obtener datos acerca de Olga Wilka v Alfredo Miller.

Los documentos exhibidos por él, le aseguraron todas las consideraciones á que tenía derecho, y pudo con sus propios ojos leer la declaración de Olga, en la cual ella decía bajo su firma: « ser su intención formar parte de las mujeres entregadas al vicio en la casa Scheirer ».

Ante la enormidad de la declaración, Severaïne dudó de la identidad de Elena. Era imposible que su mujer, la hija del conde Estanislao Peteroff, una de las más educadas, cultas y honradas mujeres rusas, bajara tanto en la escala social, hasta confundirse con el rechazo de la sociedad...

No. No era aquella su mujer ó en el caso de serlo, había sido indudablemente juguete y víctima de una trama infernal.

El exceso de la perversión produjo el efecto contrario, como la carga desmesurada reduce á fragmentos el arma de fuego.

En cuanto á Alfredo Miller, Severaïne pudo inmediatamente conocer domicilio, antecedentes y ocupación de él; pero no sospechó que Alfredo Miller fuera Ernesto Walmiki, antiguo novio de Elena y su enemigo mortal.

*
* *

La mente de Severaïne era un volcán : su imaginación en desorden le ocasionaba vértigos : ardía en deseos de asegurarse de la verdad, en medio de tantas dudas y contradicciones que formulaba, en vista de documentos fehacientes, pero á que él no prestaba crédito por la inverosimilitud y la casi imposibilidad de acontecer en la vida real, tratándose de la condesa Elena Peteroff.

A la grave acusación que resultaba de lo que había declarado bajo su firma en los registros de la municipalidad, debía agregarse la sospecha de robo insinuada por el doctor *Chicana* y ya del dominio de las autoridades policiales, á pesar de la opinión contraria sostenida por don Bonifacio ante sus relaciones.

¿ Elena sospechada de ladrona ? ¡ Imposible ! No. Olga Wilka no era su esposa. Era una aventurera, indigna de ocupar su atención. Sin embargo, la carta de París era terminante. Hasta indicaba la cicatriz, como señal indiscutible de identificación.

Todo esto le trastornaba. Convenía, pues,

allanar el domicilio de Alfredo Miller y conocer la verdad; saber si la mujer secuestrada era ó no su esposa. Debía hacerse la diligencia inmediatamente, para evitar que él, Severaïne, se volviese loco.

Obtenida la orden de allanamiento del juez del crimen, la policía fijó la mañana del 25 de mayo para la diligencia, es decir, el día siguiente á las cavilaciones que habían tenido preocupado y abrumado al marqués Severaïne.

*
* *

La ciudad de Buenos Aires estaba de fiesta. El 24 era la víspera del gran día, en que los argentinos saludan al Sol que vió nacer su independendencia de las brumas coloniales.

La expansión del sentimiento patriótico irradiaba todos los semblantes. Se cernía en el aire, con aleteos de estremecimientos, la alegría que bajaba á los corazones templados en el patriotismo. La ciudad hormigueaba de gente, llegada de los suburbios y de varios puntos de la provincia de Buenos Aires. Todo era movimiento, música, algazara, júbilo. Se olvidaban las

penalidades de la vida. Brillaban, en todo su esplendor, las fiestas patrias, en las calles, en las plazas, en las casas de familia. Nadie recordaba las amarguras del pasado, en la general expansión de las almas que se asociaban á la gran fiesta nacional.

Elena, mientras tanto, como contraste á tanto público regocijo, se retorció en medio de atroces dolores. Se aproximaba la hora de dar á luz al descendiente de Severaïne. Y en sus angustias clamaba por la presencia de Ernesto. Era el momento en que necesitaba una palabra de aliento para soportar la enormidad del dolor. La vieja sirvienta no sabía dónde buscarle. Pero iría indudablemente Ernesto para informarse de la salud de Elena, á quien ella aconsejaba valor, en el trance común á todas las mujeres ligadas por los vínculos del matrimonio. Los minutos parecían horas para la parturienta, las horas se le antojaban siglos. Se aproximaba el alba y el momento del alumbramiento parecía muy cercano. Un golpe seco en la puerta, conocido por Elena, anunció la presencia de Ernesto, quien, guiado por cierto presentimiento, quiso informarse de ella, después de haber

pasado la noche en festejos, con sus compañeros de trabajo, y antes de dirigirse á la barraca, en que fijara su domicilio.

Los gritos de dolor de Elena le provocaron la acostumbrada excitación nerviosa. Cada quejido, cada suspiro de su antigua novia, era para él un pinchazo en su alma tierna y noble. Envió por una mujer de la profesión, que la auxiliara en el duro trance. La sirvienta salió apresurada, casi tropezando con un carro de basura, estacionado en la puerta de entrada, mientras el basurero iba recogiendo los desechos por las casas de ambas veredas de la calle. Una cerrazón como nunca se había visto igual, llenaba el ambiente cual enorme masa deshilachada de algodón. No se veía á dos pasos de distancia.

*
* *

Entre tanto llegó la hora del alumbramiento y Ernesto, excitado por el caso extraordinario y para él sumamente abrumador, un momento después oye un vagido. Las manos crispadas, los ojos fuera de las órbitas, temblando de furor, la mirada fija en la dirección de donde partía el llan-

to, presa de una excitación nerviosa que raya en delirio, corre hacia Elena, agarra nerviosamente al recién nacido, le arranca de la cama, da dos pasos atrás, le levanta en alto y le aprieta la garganta.



...le levanta en alto y le aprieta la garganta. (pág. 243)

Elena, las manos tendidas hacia Ernesto, a boca enormemente dilatada, la palabra ahogada en su garganta, la mirada extraviada, pálida, quiere levantarse y arrancarle las manos de Ernesto á su tierno hijo. Pero es tarde. El niño se estremece un momento, encoge las piernas y los bracitos

y exhala el último vagido. Ernesto envuelve el cadáver en un lienzo y sale á la puerta. Da una mirada á ambos lados y lo arroja al carro de la basura. La cerrazón obstruye la vista. Pero se oyen pasos cercanos. Ernesto cierra la puerta y corre al dormitorio para auxiliar á Elena, desmayada, inmóvil, pálida como un cadáver. A los pocos minutos oye repetidos golpes á la puerta. Se acerca. Cree que la sirvienta vuelve con *Madame* á quien fuera á buscar y grita con voz desentonada :

— ¿Quién es ?

— La policía — responden de fuera.

Ernesto se ve descubierto; se cree sorprendido en flagrante delito de infanticidio y ya en manos de la justicia. Y pierde la calma. Saca el revólver : aplica el cañon en la sien derecha : se oye un tiro y la caída inmediata de un cuerpo.

La policía fuerza la puerta y aparecen en el vestíbulo el comisario, dos agentes del orden público, Severaïne, el agente de la policía rusa, la sirvienta y *Madame*.

Un cuadro de horror se presenta á su vista : Ernesto debatiéndose aún en los últimos estertores de la agonía y Elena sin habla y la razón extraviada.

La condesa no reconoció á su esposo y éste huyó espantado al ver que Alfredo Miller era Ernesto Walmiki, antiguo novio de su mujer. — « Entonces era cierto, « pensó Severaïne, que su esposa había sido « *adúltera, mujer del vicio y ladrona*. Y Dios « había castigado tanta infamia, quitándo- « le el habla y el juicio y obligando á su « amante á truncar su vida con un tiro de « revólver. ¡ Había justicia en la tierra: jus- « ticia divina que se muestra terrible é im- « placable contra los criminales! »



Pocos días después, Severaïne se embarcó para Rusia, con el propósito de vestir luto por su mujer, muerta ya para él y para la sociedad.

Antes de partir, dirigió á los miembros de la policía rusa que viajaban por la América del norte, cartas y telegramas en que figuraban las frases siguientes :

« Suspendan toda pesquisa.

« Elena Peteroff no pertenece ya al mundo de los vivos.

« Allá, donde impera la justicia divina, « purificará su alma profundamente conta-

« minada en un momento de inconcebible
« aberración. »

Fué esta la lápida más pesada que cayó sobre el honor de una pobre mujer, víctima desgraciada de su propio padre, de su esposo y de cuantos elementos sociales tuvieron contacto con ella.

*
* * *

Elena, llevada á un manicomio, vivió algunos meses más, pero sin recuperar ni el habla ni el uso de las facultades intelectuales.

Sentada en su cama, con la miga del pan que le entregaban para el almuerzo y la comida, hacía muñecos, les apretaba la garganta con el índice y el pulgar y los rechazaba, para seguir la misma operación.

¡Tan grabada había quedado en su imaginación y su memoria el horrendo crimen que le quitó, junto con su hijo, los dos caracteres distintivos de la especie humana: la *palabra* y la *razón*!

FIN

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Capítulo primero.....	1
» segundo.....	25
» tercero.....	43
» cuarto.....	61
» quinto.....	75
» sexto.....	85
» séptimo.....	101
» octavo.....	116
» noveno.....	128
» décimo.....	141
» undécimo.....	158
» duodécimo.....	171
» décimotercio.....	191
» décimocuarto.....	201
» décimoquinto.....	215
» décimosexto.....	228
